

SUMARIO

Editorial

El presbítero y su aporte a la construcción del bien común

La legitimidad de la opinión de los pastores sobre cuestiones sociales en una sociedad pluralista.

Pbro. Víctor Manuel Fernández

La “cuestión social” en el magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II

Gerardo Daniel Ramos SCJ

Función terapéutica del asistente espiritual

Pbro. José María Vallarino

Testimonio

Pastoral Penitenciaria

Pbro. Gabriel Carrón

"Cárceles Inadmisibles"

Secretariado Nacional de la Pastoral Penitenciaria Argentina

Alumbrar sin ser visto

Pbro. Gustavo Montini

Presentación del “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia”

Dr. Alejandro Bonet

Semana Social en Mar del Plata

Al servicio de la “pastoral sacerdotal”

Entrevista a Mons. Carlos María Franzini, Obispo de Rafaela, presidente de la CEMIN

Un camino de comunión

La experiencia del Plan Compartir en la vida de una comunidad parroquial

Pbro. Guillermo Vido

Sacerdotes en Dachau: la fuerza de la debilidad

Pbro. Gerardo Rodríguez

El presbítero y su aporte a la construcción del bien común

*“... la Iglesia (tiene) un gigantesco desafío ante la impostergable tarea de proseguir realizando la Nueva Evangelización. Ella nos exige responder con todos los esfuerzos que sean necesarios para lograr la inculturación del Evangelio, que propone una verdad sobre el hombre, que implica un estilo de vida ciudadano **comprometido en la construcción del bien común.**” (Navega mar adentro, N° 95, mayo 2003)*

Sin darnos cuenta, quizás, los sacerdotes realizamos muchas tareas que tienen incidencia en la construcción del bien común como aporte a la sociedad. Desde la tarea como pastores en una parroquia, en la búsqueda de vivir vínculos de comunión, para fortalecer a las familias, animar a los desalentados, crear comunidad, hasta las tareas solidarias de Cáritas y otros emprendimientos que implican un compromiso con el respeto y el valor de la dignidad humana.

La crisis del año 2001, nos llevó a todos a buscar creativamente nuevas estructuras y servicios para acompañar a los excluidos y brindar un espacio de diálogo para recrear los vínculos sociales. Los documentos de los obispos argentinos de aquellos años, insisten en la necesidad de ubicar a la Iglesia como servidora de esta necesidad para reconstruir la Nación y trabajar por el bien de todos.

El documento “*Navega mar adentro*” del año 2003, ofreció en clave pastoral, un camino concreto para toda la Iglesia en Argentina. Por un lado la invitación a recrear los vínculos familiares, sociales y políticos siguiendo el modelo Trinitario, en un camino de “**espiritualidad de comunión**”. Y desde aquí concretar una **misión** específica, la de proseguir realizando la Nueva Evangelización a través de un compromiso en la construcción del bien común.

La aparición del “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia”¹, cuya publicación en Argentina es de principios del año 2005 y la posterior presentación que hicieron los obispos en una carta pastoral² confirman e insisten en la necesidad de profundizar este camino. En este último documento mencionado se desarrollan, en dos capítulos, cinco principios básicos de la doctrina social con sus proyecciones sobre la realidad social argentina, y cuatro valores fundamentales de la vida social. Estos sirven de marco adecuado para discernir e iluminar las opciones pastorales en nuestras comunidades y en toda la Iglesia en Argentina.

Dentro de este marco de referencia que hemos expuesto proponemos en este número de *Pastores*, reflexionar sobre el aporte del presbítero a la construcción del bien común en nuestra patria, a partir de la tarea ordinaria y cotidiana y a través de vocaciones en pastorales específicas.

Presentamos en primer lugar un escrito de Mons. Carmelo Giaquinta, Obispo Emérito de Resistencia, que busca desentrañar el aporte específico del presbítero al servicio del bien

¹Pontificio Consejo Justicia y Paz. Junio de 2004. Edición argentina: Conferencia Episcopal Argentina, Oficina del Libro, abril de 2005.

² “*La doctrina social de la iglesia una luz para reconstruir la nación*”, 90ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina. Pilar, 11 de noviembre de 2005.

común. El Pbro. Víctor Manuel Fernández, de la Diócesis de Río Cuarto y Vicedecano de la Facultad de Teología de la UCA, nos brinda su reflexión en torno a la legitimidad de la opinión de los pastores sobre cuestiones sociales. Esta reflexión ayuda a ubicarnos frente a muchos intentos de “hacer callar” a la Iglesia en estos temas con el argumento que la Iglesia “no debe hacer política” sostenidos por un modelo liberal escondido de limitarnos al lugar de la “sacristía”, y al mismo tiempo nos compromete a asumir más claramente nuestro lugar.

Para terminar esta primera sección compartimos un estudio del Padre Gerardo Daniel Ramos SCJ, Profesor en la Facultad de Teología de la UCA, que recordando la figura de Juan Pablo II, nos presenta las líneas esenciales de su magisterio en referencia a la “cuestión social”.

En una segunda sección compartimos algunos testimonios pastorales en ámbitos específicos. Sabemos que la presencia de sacerdotes a través de distintas tareas que aportan a la construcción del bien común son muchas y de gran importancia, como el acompañamiento de las familias, los ámbitos educativos de la escuela y la universidad, las tareas en comunidades de mayor pobreza, los emprendimientos solidarios, los servicios a través de Cáritas, el acompañamiento a empresarios, la presencia en ámbitos políticos, etc. Hemos tomado cuatro testimonios, como ejemplo, que tienen que ver con la pastoral de la salud, la pastoral de jóvenes, la pastoral penitenciaria y la pastoral social.

Los aportes del Pbro. José María Vallarino, de la arquidiócesis de Buenos Aires y Capellán del Hospital de Agudos E.Tornú, del Pbro. Gabriel Carrón, de la Arquidiócesis de Santa Fe, del Pbro. Gustavo Montini, de la diócesis de Rafaela, del Dr. Alejandro Bonet y los documentos de la última Semana Social organizada por la Comisión Episcopal de Pastoral Social, son una pequeña muestra de las tareas que la Iglesia realiza y en la que participamos los presbíteros.

Terminamos el número con un recuerdo de los sacerdotes muertos en los campos de concentración de Dachau, al celebrarse el año pasado los 60 años de la liberación de los detenidos, ofrecido por el Pbro. Gerardo Rodríguez, de la arquidiócesis de Rosario. Y finalmente los servicios a la Formación Permanente que realiza la CEMIN, en una entrevista a su presidente, Mons. Carlos Franzini, y un testimonio del Pbro. Guillermo Vido, de la diócesis de San Martín y miembro de nuestro consejo de redacción, sobre la implementación del Plan Compartir en una comunidad parroquial.

EL PRESBITERO Y EL COMPROMISO SOCIAL EN LA BÚSQUEDA DEL BIEN COMÚN

+ Carmelo Juan Giaquinta
Arzobispo emérito de Resistencia

La revista “Pastores” me propuso escribir un ensayo sobre el tema del título. Un poco largo, ¿no? Y también una pregunta: “¿*Qué podemos ofrecer como Iglesia al bien común? Específicamente los presbíteros, ¿qué es lo propio?*” Intentaré esbozar una respuesta en el espacio que se me asigna. Ciertamente quedarán muchas cosas en el tintero. Y habrá otras que merecerían ulterior reflexión si escuchase el eco que mis pobres ideas tienen en mis hermanos presbíteros³. Advierto que, cuando diga “presbítero”, estaré refiriéndome proporcionalmente también al obispo y al diácono.

I. El espíritu de vecindad, fruto del amor cristiano

Una experiencia repetida

1. Ante la pregunta propuesta, lo primero que me viene a la mente es una experiencia repetida durante los veintiséis años que llevo de episcopado. A saber: que en un barrio donde se erige una capilla, y mucho más si es sede parroquial, allí crece la relación de vecindad, sin importar que los vecinos sean o no miembros de la feligresía. Lo mismo vale de un barrio donde se inserta una comunidad de religiosas. Esto lo verifiqué tanto en la diócesis de Viedma, donde fui Obispo auxiliar (1980-1986), como también en la de Posadas (1986-1993) y en la de Resistencia (1993-2006). Y, últimamente, despidiéndome de las Hermanas paraguayas de la Vida Evangélica, de Villa Don Alberto de la capital chaqueña. Esta Villa hoy no es el cielo. Pero cuánto se ha humanizado desde que las Hermanas se insertaron en ella.

2. Crear vecindad no es poca cosa. Es mucho más que la simple proximidad física de las viviendas. Es, sobre todo, un espíritu que se crea entre las familias cercanas, las cuales hacen un pacto tácito de ayudarse mutuamente para crecer armoniosamente junto con todos sus miembros. Es lo que llamamos “amistad social”, el germen de la vida política, pero vivida en el nivel que el común de la gente tiene al alcance de la mano. (Soy consciente que omito hablar de las relaciones entre los habitantes de los monobloques de las grandes ciudades). La amistad social nada tiene que ver con el “clientelismo” de los punteros políticos, que recorren los barrios destruyendo la vecindad. Éste es una enfermedad de los grandes partidos, que promueve el “favoritismo”, vuelve cautiva a la persona “clientelizada” y la degrada, crea desconfianza entre los vecinos y fomenta enfrentamientos entre ellos. La amistad social, en cambio, crea vínculos, pues nutre el aprecio por el otro, sinceridad en el trato, fidelidad a la palabra dada, solidaridad con el caído y el postergado, voluntad de esfuerzo común, humildad para pedir disculpas y magnanimidad para perdonar. Y es así porque el espíritu de vecindad o amistad social es fruto del amor cristiano.

Pregunta

3. Aquí cabría una pregunta: si es así a nivel micro, de vecindario, ¿por qué la fe cristiana no incide más a nivel macro, de la gran política?

No voy a responder directamente. Pero una cosa es cierta: cuanto más la amistad social cunda entre los vecinos, anime las instituciones barriales (escuela, centro de salud, club, taller,

³ Para los que quieran hacerme llegar comentarios, mi e.mail es: carmelojuangiaquinta@gmail.com

comercio, empresa, sindicato, etc.), se proyecte a los diversos estratos sociales (trabajadores, profesionales, dirigentes), y se propague a los distintos niveles de la organización política (comuna, municipio, provincia, nación), tanto más justa, pacífica y democrática será la vida de nuestro pueblo.

Espíritu de Vecindad y Bien Común

4. No he definido filosóficamente el Bien Común del que habla el título. Pero la descripción hecha del espíritu de vecindad empalma perfectamente con la definición de Bien Común que el Concilio Vaticano da en *Gaudium et Spes*: “*Esto es, el conjunto de aquellas condiciones de la vida social que permiten a los grupos y cada uno de sus miembros conseguir más plena y fácilmente su propia perfección*” (n.26).

La gente sencilla sabe instintivamente qué es el Bien Común y se organiza para conseguirlo. La fe cristiana la asiste interiormente iluminándola, y la Iglesia la acompaña exteriormente con su presencia y actividades, aun cuando no siempre estén dirigidas expresamente al Bien temporal.

II. El compromiso social del Presbítero y “nuestro compromiso ciudadano”

La proyección social del Presbítero

5. Lo que hemos dicho del influjo que ejerce una Capilla en el barrio, vale especialmente de su pastor. Porque no es la materialidad de la Capilla la que crea vecindad, sino el espíritu que la anima. Lo cual tiene mucho que ver con el sacerdote que la preside. Es un hecho innegable: los Presbíteros juegan un papel social muy importante, especialmente en la educación del pueblo para que éste se asuma como una ciudadanía responsable. Y esto, tanto por la propuesta y el cultivo de auténticos valores sociales, como por la denuncia y extirpación de vicios que nos impiden a los argentinos llegar a ser una comunidad política armoniosa⁴.

Ello es así por la cosmovisión que los pastores tenemos gracias al misterio cristiano, referido todo él a la comunión de los hombres con Dios, entre ellos y con la naturaleza. Y, también, por la ubicación que tenemos en la Iglesia. De allí, la identificación que se hace de nosotros casi espontáneamente como personas capaces de contribuir a la salvaguarda de la concordia, y no sólo en el plano eclesial, sino también en el temporal. Esto es en sí positivo, aunque, como veremos, puede ser ocasión de tentaciones, equivocaciones y reduccionismos.

6. “Jesús autor de nuestra fe y de nuestro compromiso ciudadano”

Hace apenas dos años, en todas las iglesias de la Argentina rezábamos: “*Padre Dios..., que el Xº Congreso Eucarístico Nacional, a celebrarse en Corrientes, sea el acontecimiento de gracia que nos devuelva a Jesús como autor de nuestra fe y de nuestro compromiso ciudadano*”. Poco tiempo antes hubiese sonado extraña esta fórmula de oración. Y, sin embargo, la rezamos cientos de miles de veces, quizá millones. Y todavía el año pasado repetimos lo mismo en preparación del III Congreso Nacional de Laicos. Y posiblemente lo sigamos haciendo en vista del Bicentenario.

“Compromiso ciudadano” y “amor al prójimo-colectivo”

⁴ Sobre valores sociales a cultivar y vicios a extirpar, puede verse: C. J. Giaquinta, “Sugerencias para una pastoral social en La Argentina de hoy”; en revista CIAS LII (2003) 619-633; “Para una conciencia ciudadana responsable”, en Criterio LXXVII (2004) 280-285; 381-383.

7. ¿Qué es esto de “nuestro compromiso ciudadano”? ¿Tiene algo que ver con nuestra fe? ¿Jesús es su autor? ¿Es lo mismo que “compromiso social”?

Para responder a estas preguntas, deberíamos traer a colación toda la enseñanza de Jesús sobre el amor al prójimo. Y canalizarla hacia el “prójimo colectivo”, que es la sociedad terrena. Pero no es éste el momento. Una escena de la vida de Jesús, acaecida en su última Pascua, nos da la respuesta. Se trata de su entrada en Jerusalén, triunfante, pero a la vez transida de dolor por su patria: *“Cuando Jesús se acercaba a la pendiente del monte de los Olivos, todos los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios en alta voz... Cuando estuvo cerca y vio la ciudad, se puso a llorar por ella...” (Lc 19,37.41)*. No se podría haber dicho mejor cuán grande era el “compromiso ciudadano” de Jesús. La obra redentora que lo vincula con toda la humanidad, no le impidió tener lazos profundos con su patria terrena. Un compromiso ciudadano bien sólido.

8. A ejemplo de Jesús, nosotros los pastores no podemos contentarnos con enseñar al Pueblo de Dios a amar al “prójimo-individuo”, sino que hemos de enseñar a amar también al “prójimo colectivo” o sociedad terrena de la que formamos parte. Y ello porque ambos prójimos están profundamente relacionados. No existe un prójimo-individuo sin el prójimo-colectivo que lo envuelve y defiende. Y viceversa. No existe el prójimo-colectivo sin el compromiso ciudadano de los prójimos-individuos que lo conforman. Amar al prójimo-individuo sin amar al prójimo-colectivo, haría que el amor al prójimo, a la larga, fuese imposible. Pues son muchas las situaciones de postración del prójimo que superan las capacidades personales para socorrerlo. De la misma manera, si cada prójimo se encerrase en su individualidad, la sociedad, o prójimo-colectivo, perecería. Y con ella perecerían también los prójimos-individuos que la conforman. De modo que amar a uno exige necesariamente amar al otro.

“Compromiso ciudadano” y “Bien común”

9. A pesar de lo dicho arriba sobre “espíritu de vecindad y bien común” (cf. pf 4), un hecho fácilmente constatable es que los argentinos, apenas traspasamos el umbral del vecindario, nos comportamos con frecuencia en forma no civilizada. Incluso se advierte que se van deteriorando rápidamente las normas de conducta dentro del vecindario. Por ejemplo, antes no se robaba a los vecinos, ahora sí. Incluso se le hinca la chuza para robarle el dinero a la enfermera que viene al centro de salud a curar a los hermanitos del ladrón. Cuántas escuelas he visitado en mis giras pastorales donde escuché el triste lamento por los destrozos del edificio, y por los robos de ventiladores, computadoras y sillas. Y esto no pocas veces a cargo de los mismos alumnos, incluso instigados por sus padres. Lo cual equivale a decir que la base primigenia de la convivencia social-política en la Argentina está muy erosionada. Esta patología no es nueva. Los mayores recordamos cómo al poco tiempo de la compra de los ferrocarriles a los ingleses, los asientos de cuerina de los trenes aparecían tajados, “porque ahora son nuestros y hacemos lo que queremos”. Pero la cosa se va agravando. Nadie puede quedar indiferente, y mucho menos los presbíteros que somos los pedagogos de la fe del pueblo cristiano. Hemos de comprometernos más a fondo en educar la conciencia individual y colectiva de que todos somos ciudadanos comprometidos con la búsqueda del Bien Común. Por ello los Obispos, en nuestra última carta pastoral colectiva sobre *“La Doctrina Social de la Iglesia. Una luz para reconstruir la Nación”* (11-11-2005), planteábamos la siguiente pregunta:

“¿Cómo medir nuestra voluntad de reconstruir la Nación desde la perspectiva del bien común? Proponemos a la reflexión sólo dos cuestiones. Primera, la defensa de los derechos adquiridos y el reclamo de los nuevos. Si al defenderlos o reclamarlos lo hacemos dentro del respeto de los derechos esenciales de los demás, estaremos construyendo la Nación. De lo contrario la estaríamos dañando, porque estaríamos

actuando en contra del bien común. Segunda, el comportamiento con los bienes públicos. Aun cuando “bien público” y “bien común” no son sinónimos, el primero está referido al segundo, porque es obtenido con el aporte de todos y para el servicio de todos. Es de lamentar que, para algunos, “público” adquiera un sentido totalmente contrario. No sería ya lo de todos, para el servicio de todos, adquirido con el aporte de todos, que por todos debe ser custodiado y defendido, sino lo de nadie, puesto allí para apropiarnos de él, dañarlo, destruirlo, o distribuirlo discrecionalmente entre amigos y clientes. Educar en el respeto de los bienes públicos es uno de los grandes desafíos que han de enfrentar la familia, la escuela, la catequesis y los medios de comunicación social. Sin este respeto sería muy arduo convivir armónicamente y muy difícil construir una república” (n. 8).

“Compromiso ciudadano” y “Participación”

10. Si bien los principios de la Doctrina Social de la Iglesia son todos importantes y están concatenados, quizá el más relacionado con el “compromiso ciudadano” sea el de “la participación”. Y porque fallamos en ésta, falla también nuestro compromiso social. Por ello que en la carta pastoral recién citada, los obispos preguntamos:

“¿Cuál es el grado de participación del argentino en la vida social, y, particularmente, en la defensa y el progreso de la sociedad política? (Si bien) hay muchos signos positivos,...también hay señales negativas. Se exigen derechos, pero no siempre se conocen ni cumplen los deberes. Que el pueblo no interviene en el gobierno sino por sus representantes: es un principio que muchas veces se interpreta mal. Se piensa que los deberes del ciudadano se agotan en el acto electoral. Cumplido éste, muchos se despiden de su ciudadanía hasta la próxima elección. No son conscientes que a la salida del cuarto oscuro los aguarda la vida cotidiana con una multitud de otros deberes ciudadanos, de diverso grado, pero todos necesarios para actuar como ciudadano y construir la República: desde no cruzar el semáforo en rojo, no hacer ruidos molestos, cuidar la limpieza de los espacios públicos, realizar bien el trabajo, pagar los servicios e impuestos, exigir cuentas de su recta administración, hacer con responsabilidad la propia opción partidaria, respetar la ajena, entablar un diálogo democrático con ella. Y así, hasta el cumplimiento de deberes más graves, como postularse para un cargo público, y, si fuere el caso, hacer juicio político a la autoridad constituida, etc. Olvidan que el cumplimiento de estos deberes es la respuesta necesaria a la sociedad, la cual defiende y promueve los derechos de los cuales gozan. No sin razón se ha dicho que los argentinos somos 37 millones de habitantes, pero no logramos ser 37 millones de ciudadanos. El habitante usufructúa la Nación y sólo exige derechos. El ciudadano la construye porque, además de exigir sus derechos, cumple sus deberes” (n. 20).

“Compromiso ciudadano” y “compromiso social”

11. En lo que llevamos dicho, no hemos definido todavía si ambos términos, “compromiso ciudadano” y “compromiso social”, se corresponden. Las palabras valen por su génesis y por lo que queremos decir con ellas. Mi lector dirá qué entiende por cada uno de estos términos.

“Compromiso social” es históricamente anterior. Con esta fórmula se ha significado de ordinario toda la acción de asistencia y promoción social de los pobres, débiles y sufrientes que la Iglesia realiza desde siempre, a ejemplo de Jesús y de los Apóstoles. Es parte integrante

de la evangelización, pues es ejercicio del mandamiento del amor. Pero el término se ha recubierto también de otros significados, incluso ideológicos. Algunos hoy suenan raros, pero se han dado. El más extremo, en boga en América Latina en las décadas del 60-70, decía que la Iglesia debía tomar partido por la lucha armada de los pueblos oprimidos para su liberación. O bien, se piensa sólo en la denuncia de las injusticias, que se vuelve retórica cuando no se basa en sólidos argumentos o no respeta los diversos fueros (civil y eclesiástico).

“Compromiso ciudadano”, en cambio, es una fórmula más reciente, que tiene gran difusión en la Argentina. Su significado es, sin embargo, todavía impreciso. Para unos significa la organización de un microemprendimiento para generar trabajo. Para otros, la participación de “Cáritas Parroquial” en el consejo consultivo del municipio para controlar que la distribución de los planes sociales del gobierno se haga con justicia; etc. Pero se va imponiendo un significado más profundo y abarcativo. “Compromiso ciudadano” expresa una conciencia profundizada de lo que ha de ser la vivencia del cristiano en el mundo. No cuenta sólo lo que él hace por los otros, en especial por los pobres, sino sobre todo lo que él está llamado a ser en medio de los otros y con los otros conciudadanos, para que la sociedad sea cada día más laboriosa, pacífica, justa y equitativa. Y ello, en razón del mismo bautismo recibido. Se tiene conciencia más clara de que el cristiano, para vivir plenamente su vocación a la santidad, no puede contentarse con ser miembro activo de la Iglesia. Ha de vivir también como ciudadano honrado y participativo de la sociedad terrena.

12. La crisis moral de la Argentina, que la ha llevado de tumbo en tumbo, tendría mucho que ver con la ausencia del “compromiso ciudadano” por parte de los cristianos; y, muchas veces, con la existencia de conductas sociales no conformes al Evangelio. Lo que al apóstol San Pablo achacaba a los judíos tenidos por piadosos, vale hoy de muchos católicos practicantes: *“¡Tú, que enseñas a los otros, no te enseñas a ti mismo! Tú, que hablas contra el robo, también robas. Tú, que condenas el adulterio, también lo cometes. Tú, que aborreces los ídolos, saqueas sus templos. Tú, que te glorías en la Ley, deshonoras a Dios violando la Ley”* (Rm 2,21-23). De nosotros los cristianos, que conformamos la mayor parte de la población argentina, vale lo dicho antes: *“Somos 37 millones de habitantes, pero no logramos ser 37 millones de ciudadanos”*. Como habitantes usufructuamos la Nación cuyo suelo pisamos, pero no construimos la República como ciudadanos. De allí, las crisis político-sociales recurrentes que hemos padecido. De allí, también, que la solidaridad en la Argentina sea superficial. En los momentos de catástrofe, mostrada por los medios, nos compadecemos del pobre y donamos pilas de mercaderías, pero no emprendemos políticas serias que lo saquen de su postración, reconociendo de veras su dignidad humana y promoviendo sus capacidades para enfrentar la vida. Por lo mismo, podríamos multiplicar al infinito la ayuda a los pobres, pero si no nutriésemos una conciencia ciudadana madura, que lleve a todos, ricos y pobres, a reconocer y cumplir los propios deberes ciudadanos, la ayuda social sería como echar agua en un barril sin fondo. Y en vez de salir de la crisis moral que nos ha destruido, nos quedaría esperar una peor que la padecida en 2001.

III. El Presbítero, pedagogo de la fe, y el compromiso social del cristiano

El compromiso ciudadano, fruto de una fe adulta

13. “Nuestro compromiso ciudadano”, lo mismo que el amor al prójimo-individuo, “brota de la fe. Es uno de sus frutos y garantía de su autenticidad. Una fe que no condujese al cristiano a vivir en la santidad todo su quehacer mundano, no sería íntegra ni adulta. Así lo podríamos

observar en la predicación de los Apóstoles. Recomiendo leer en la carta del apóstol San Pablo a los romanos los capítulos 12-13. El sacrificio que los cristianos hemos de ofrecer a Dios no consiste ya en animales seleccionados, sino en una vida santa, vivida y ofrendada no sólo en el templo de la Iglesia, sino también en el de la sociedad civil. Igualmente, la primera carta de San Pedro. En ella el apóstol se hace un planteo de fe integral. A la vez que mira a la salvación en el “momento final”, mira también a las consecuencias terrenales o sociales que la fe tiene para el creyente. La vida santa, a la que los cristianos son llamados, ha de ser vivida no sólo en la comunidad cristiana, sino en el Imperio romano, siendo parte de él, aunque esté gobernado por Nerón.

14. Puebla puso de manifiesto la contradicción que existe entre un pueblo mayoritariamente católico y el grado de grave injusticia reinante en la sociedad latinoamericana:

“Se ha señalado la incoherencia entre la cultura de nuestros pueblos, cuyos valores están impregnados de fe cristiana, y la condición de pobreza en que a menudo permanecen retenidos injustamente. Sin duda las situaciones de injusticia y de pobreza aguda son un índice acusador de que la fe no ha tenido la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos” (P 436-437).

Una fe que no impregnase la vida del cristiano en la sociedad sería una fe “infantil”, como la que denuncia la carta a los Hebreos⁵.

Pregunta a los Presbíteros

15. El principal compromiso social que tenemos los pastores es el de ser pedagogos de los fieles cristianos para que asuman desde la fe su vocación y misión en el mundo. Por ello debemos preguntarnos si somos los pedagogos que nuestro pueblo necesita para lograr una fe adulta. O si, con nuestra predicación y catequesis, contribuimos a afianzar una visión infantil de la vida cristiana en el mundo. De hecho, no siempre los fieles comprenden que la vocación a una vida santa en la sociedad consiste en vivir santamente la vida civil. Me resulta llamativo que algunos movimientos, al hablar de compromiso laical en el mundo, ponen su máximo esfuerzo en la realización de actos de culto en público. Parecieran anclados en la mentalidad, ya antigua, de querer “ganar la calle”. No apuntan tanto, a “ganar el corazón de la sociedad” con la vida civil de los cristianos vivida en la santidad. Es decir: con justicia, verdad, laboriosidad, fortaleza, honestidad.

La fe adulta huye de los mesianismos

16. Vale la pena advertir desde ya que los cristianos, y sobre todo los presbíteros, no hemos de ser niños pensando ahora al revés, como si la fe se redujese al compromiso ciudadano. La advertencia es válida, pues la experiencia enseña que los presbíteros, llamados a ser los

⁵ “Aunque ya es tiempo de que sean maestros, ustedes necesitan que se les enseñen nuevamente los rudimentos de la Palabra de Dios: han vuelto a tener necesidad de leche en lugar de comida sólida. El que se alimenta de leche no puede entender la doctrina de la justicia, porque no es más que un niño. El alimento sólido es propio de los adultos, de aquellos que por la práctica tienen la sensibilidad adiestrada para discernir entre el bien y el mal” (Hb 5,12-14; ver 1 Co 3,1-3).

ancianos o sabios de la comunidad cristiana, no por ello están exentos de bandearse de un lado a otro⁶.

“Fe” y “compromiso ciudadano” no son sinónimos. Ésta es al “compromiso” lo que el árbol a uno de sus frutos. La fe es mucho más amplia que el “compromiso”. Es el horizonte en el cual el “compromiso ciudadano” adquiere su verdadero sentido. Creemos firmemente que “*no tenemos aquí abajo una ciudad permanente, sino que buscamos la futura*” (Hb 13,14). Pero no por ello los cristianos nos fugamos de la patria terrena.

17. Por ello, a la vez que nos dedicamos con entusiasmo a esta tarea, evitamos caer en mesianismos de cualquier color: liberalismo, socialismo, nacionalismo. Y sentimos el llamado a luchar contra la divinización de todo poder y de todo sistema socio-económico-político; lo cual constituye el meollo de una cultura auténticamente democrática.

A este respecto, Juan Pablo II, en la encíclica *Centesimus annus*, hace una advertencia que vale para tirios y troyanos, para socialistas y liberales. Y para los adherentes a cualquier “tercera posición”:

“Cuando los hombres se creen en posesión del secreto de una organización social perfecta que haga imposible el mal, piensan también que pueden usar todos los medios, incluso la violencia o la mentira, para realizarla. La política se convierte entonces en una “religión secular”, que cree ilusoriamente que puede construir el paraíso en este mundo” (n. 25).

La fe adulta alienta a construir modelos sociales posibles

18. Los ciudadanos marchamos penosamente hacia un ideal social, que concebimos entre todos, y entre todos lo vamos plasmando y reformando permanentemente, respondiendo a las necesidades y posibilidades históricas que tenemos, sabiendo que en el tiempo presente nunca lograremos un estado social perfecto. La patria terrena nunca será la patria del cielo.

Por lo mismo, la Iglesia, si bien ofrece su luz, que es su doctrina social, no tiene un modelo propio de sociedad a proponer. Corresponde a los ciudadanos, incluidos los cristianos, construirlo pacientemente día a día. Según enseña Juan Pablo II en la encíclica *Centesimus annus*:

“La Iglesia no tiene modelos para proponer. Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo, la Iglesia ofrece, como orientación ideal e indispensable, la propia doctrina social, la cual – como queda dicho – reconoce la positividad del mercado y de la empresa, pero al mismo tiempo indica que éstos han de estar orientados hacia el bien común. Esta doctrina reconoce también la legitimidad de los esfuerzos de los trabajadores por conseguir el pleno respeto de su dignidad y espacios más amplios de

⁶ Puebla, hablando de “Evangelización, ideologías y política”, advierte: “*Los pastores, por el contrario, puesto que deben preocuparse de la unidad, se despojarán de toda ideología político-partidista que pueda condicionar sus criterios y actitudes*” (P 526). Y agrega: “*Los sacerdotes, ... si militaran en política partidista, correrían el riesgo de absolutizarla y radicalizarla, dada su vocación a ser ‘los hombres de lo absoluto’*” (P 527).

participación en la vida de la empresa, de manera que, aun trabajando juntamente con otros y bajo la dirección de otros, puedan considerar, en cierto sentido, que 'trabajan en algo propio', al ejercitar su inteligencia y su voluntad" (CA 43).

Cualquier nuevo modelo político-social surja, será -como toda obra humana - falible y perfectible. Sometido, por tanto, a la clave del discernimiento evangélico: el respeto de la dignidad del hombre. Y merecedor también de que se lo aliente a despojarse de lo caduco y a ser cada día más perfecto. Por lo mismo, el presbítero, en cuanto pastor de todos, no puede hacer un guiño a favor de un partido político u otro. Ni tampoco permitir que nadie, - persona o grupo social - reclame ser la encarnación plena de la de la Doctrina Social de la Iglesia.

La fe en Dios: potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre

19. Ante la gravedad de la crisis argentina, los cristianos, y en especial los pastores, no podemos contentarnos con diagnosticar que la raíz más profunda de nuestros males es moral. La crisis interpela nuestra fe. Ésta contiene riquezas morales enormes que nos capacitan para hacerle frente, y los pastores hemos de saberlas mostrar. Cuanto se dice en las "Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización" (1990) sobre la fe en Dios, que es "*un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre*" (pf. 16): tiene hoy especial vigencia, pues nos permiten enfrentar el desafío de "*el escándalo de la pobreza y la exclusión social*", descrito en "Navega Mar adentro" (cf. pfs. 34-39). A pesar de que han pasado 16 años, los párrafos de LPNE donde se insiste en que el anuncio de la fe cristiana "*ha de estar clara y explícitamente vinculado con la dignidad del hombre*" (pf. 19; ver también pf. 20), no han perdido actualidad. Los pastores tenemos aquí un criterio fundamental para revisar nuestra catequesis y predicación.

Catequesis integral de la fe profesada

20. Pero para catequizar a los fieles, los pastores no necesitamos acudir a documentos episcopales que, por sencillos que sean, son ajenos al sentir de la mayoría de nuestro pueblo. Acudamos mejor al Símbolo de los Apóstoles, que todos aprenden para la primera comunión, y que, a partir de él, hagamos una buena catequesis sobre la vida cristiana, comprendida en toda su dimensión: en la Iglesia y en el mundo.

"Creemos en un solo Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra"

21. La fe en Dios Creador es muy iluminadora para entender el "compromiso ciudadano"; e. d., el quehacer del hombre en este mundo y en la sociedad. Y ello, en primer lugar, porque Dios creó al hombre como ser social: "*Lo creó varón y mujer*" (Gen 1,27). En segundo lugar, porque lo creó con capacidad para enfrentar y solucionar los problemas de la vida: "*El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara*" (Gen 2,15).

La fe cristiana en Dios creador no consiste sólo en la aceptación intelectual del poder exclusivo de Dios de hacer las cosas de la nada. Hasta ahí llega también la fe del diablo. La fe en Dios creador induce al hombre a reconocer su naturaleza social y los dones con que Él lo dota para enfrentar los problemas de la vida: inteligencia, voluntad, dos manos, tierra bajo sus pies, amor a la familia, sentido de solidaridad.

Por lo mismo, esta fe ha de llevar a superar una actitud mágica, hoy muy común en la Argentina, como si la solución de los problemas cotidianos pudiese venir desde arriba o desde afuera del hombre.

En la catequesis deberíamos parafrasear el primer artículo del Credo, y decir: *“Creo en Dios que me ha creado. Le creo y le agradezco inmensamente porque me ha hecho un ser social, y no un ser solitario. Y porque me dotado con sus dones, con los que soy capaz de enfrentar los problemas de la vida. Y en señal de gratitud, siento la dulce obligación de cultivarlos para servir con ellos a mi prójimo”*.

A la luz de esta fe, cobra una perspectiva muy importante la parábola de los talentos que Dios concede a todo hombre, para que los multiplique (cf. Mt 25,14-30; Lc 19,12-27). Lo mismo que la doctrina cristiana sobre el Desarrollo humano.

“Creemos en un solo Señor Jesucristo..., que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”.

22. *La fe en la encarnación del Hijo de Dios plenifica la fe en Dios Creador, pues permite entrever que Dios ama en grado sumo todo lo humano creado por él. Y tanto, que lo quiso para su propio Hijo. No sólo lo dotó de una verdadera naturaleza humana, sino que lo hizo nacer en un pueblo, con su propia historia y cultura. Vale la pena recordar cuanto dijimos los Obispos en la carta mencionada sobre el misterio de la encarnación del Verbo de Dios como fundamento de la dignidad humana, y, por tanto, de toda la Doctrina Social de la Iglesia:*

“(1). El tiempo de Adviento, ya inminente, nos invita una vez más a la reflexión y compromiso. En él contemplaremos el misterio del Hijo de Dios que “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”. Su nacimiento y vida entre los hombres es Evangelio, anuncio de salvación que confirma el amor de Dios al hombre y la sublime dignidad con que lo reviste”.

(2).” De esta dignidad brotan los derechos fundamentales e inalienables de todo ser humano, que no lo abandonan nunca, desde su concepción hasta su muerte natural. Y esto, no importa su condición: varón o mujer, rico o pobre, sabio o ignorante, inocente o reo, y cualquiera sea su color. Esta dignidad es la clave y el centro del misterio del hombre y de todo lo que lo atañe. Desde ella todo problema humano puede ser iluminado y hallar solución. Esta dignidad nos ilumina también para apreciar la grandeza sublime de la vida terrena y de los esfuerzos con que el hombre procura hacerla más plenamente humana. No por ser peregrino del cielo, el cristiano descuida la construcción de la patria terrena”.

(3). *De la contemplación del misterio de la encarnación y nacimiento de Jesucristo, surge espontáneamente el anuncio del Evangelio aplicado a la vida social considerada en todos los planos: familiar, cultural, económico, ecológico, político, internacional. Esto es lo que se llama Doctrina Social de la Iglesia”*.

“Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a vivos y muertos”.

23. Según nuestra fe, mientras esperamos al Señor que vuelve, el tiempo presente es el momento del servicio al prójimo, que ha de ser hecho bien y con amor. Y tanto se trate del prójimo-persona, como del prójimo-sociedad. De ningún modo este tiempo es para perderlo, para fugarnos de la vida, y menos para maltratar al prójimo (cf. Lc 12,35-46).

Ante una interpretación equivocada de la enseñanza de Jesús sobre la vida en el mundo como si fuese sin significación alguna (cf. Lc 9,25), el Concilio enseña:

“Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo, no obstante la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (GS 39).

Y, hablando de la actividad humana, el Concilio afirma que ésta es conforme al plan divino:

“Una cosa hay cierta para los creyentes: la actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios... Los cristianos, lejos de pensar que las conquistas logradas por el hombre se oponen al poder de Dios y que la criatura racional pretende rivalizar con el creador, están, por el contrario, persuadidos de que las victorias del hombre son signo de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia es su responsabilidad individual y colectiva. De donde se sigue que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, al contrario, les impone como deber el hacerlo” (GS 34).

“Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida...”

24. La fe nos dice que toda la historia, desde la creación del mundo hasta la vuelta del Señor, está conducida por el Espíritu de Dios: Gen 1,2; Ap 22,17. Él no es carne, pero se manifiesta en la carne de Jesucristo y en toda carne humana que se deja vivificar por él. También en la sociedad humana.

“Esperamos la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”

25. La fe nos enseña que las fatigas y dolores de esta vida no son en vano: *“Fue necesario que el Mesías soportara esos sufrimientos para entrar en su gloria” (Lc 24,26)*. Si bien *“los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura” (Rm 8,18)*, ésta tiene una profunda relación con los primeros. Creemos que *“nuestra angustia, que es leve y pasajera, nos prepara una gloria eterna, que supera toda medida” (2 Co 4,17)*.

Nada, por tanto, de lo que hacemos en este mundo, conforme a la verdad y a la justicia, es intrascendente. Con mayor razón cuando va encaminado a suscitar entre los hombres una convivencia pacífica y armoniosa. En la carta colectiva, los Obispos exhortamos a cuestionarnos *“si tomamos en serio el mandamiento del amor que nos dejó Jesús”*. Y osamos decir:

“Si lo hacemos, descubriremos cada vez con mayor claridad que, después del acto de adoración a Dios, la construcción de la convivencia social, en verdad, libertad y justicia, es la obra máxima del hombre sobre la tierra. Y que Dios Padre providente en nada se complace más que en ver a sus hijos esforzándose por construirla” (38).

IV. Las tentaciones del Presbítero y de la Iglesia en lo social

26. Me he referido, al pasar (cf. pf. 5), a la proyección social del Presbítero: a lo positivo que ello tiene, y también a las tentaciones que de allí pueden sobrevenir, incluso equivocaciones y reduccionismos del ministerio sacerdotal y del misterio de la Iglesia.

La encíclica “Deus caritas est”: una luz para discernir las tentaciones

27. La primera encíclica de Benedicto XVI, “Deus caritas est”; en especial, su segunda parte, es muy iluminadora para discernir las tentaciones que puede sufrir el pastor, y la misma Iglesia, en su compromiso social. Sólo transcribo un párrafo:

“Para definir... la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad, hay que tener en cuenta dos situaciones de hecho:

a) El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política...La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige renuncias, no puede afirmarse ni prosperar.

b) El amor –caritas – siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa... Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de la subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas” (n. 28).

A continuación me referiré sólo a algunas tentaciones propias de la Iglesia en la Argentina.

La Iglesia concentrada en la asistencia social

28. Jesús conoció la tentación desde la primera hasta la última hora de su ministerio. Y con frecuencia ésta fue sobre el papel social que debía jugar. San Mateo cuenta así la primera tentación que soportó Jesús: “*El tentador, acercándose, le dijo: ‘Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes’” (Mt 4,3).* San Juan nos recuerda cómo ésta tentación se concretó en el intento del pueblo de hacer rey a Jesús después que multiplicó los panes (cf. Jn 6,15).

Hoy puede suceder algo semejante. No son pocos los que piensan que la Iglesia ha de hacerse cargo de la asistencia social en la sociedad. Es una tendencia que creció en la Argentina durante la década del 90, aunque ya está en merma. La tendencia era impulsada desde afuera de la Iglesia y desde adentro.

Desde afuera, por dos frentes. Primero, por la ideología ultraliberal Ésta quiere privar al Estado de una de las funciones que le es propia y para la cual es constituido por los ciudadanos: la protección del débil. En segundo lugar, esgrimiendo razones prácticas: en especial, la corrupción reinante en las estructuras del Estado, que hace que los fondos para la ayuda social se evaporen en sueldos y gastos administrativos y no lleguen a los sectores necesitados. Entonces, en vez de reformar al Estado, se pretende echar mano de la Iglesia “porque es confiable”⁷.

⁷ Agrego algunas anécdotas al respecto, que pueden ser ilustrativas.

* Recuerdo una visita que me hicieron directivos del Banco Interamericano de Desarrollo, convencidísimos de que la asistencia social debía estar en manos de la Iglesia. Lejos de halagarme, eso me abrió los ojos a una tendencia que debía esforzarme por frenar.

* En otra ocasión, el director de un hospital muy importante vino a pedirme que, en mi calidad de presidente de Cáritas diocesana, firmase un proyecto junto con él, “porque así obtiene mayor puntaje y es más fácil que salga”. “No, amigo, le respondí. Ud. es todo un señor director de un importantísimo hospital. Si quiere le hago una carta solidarizándome con el proyecto, pero no firmo con Usted, pues su autoridad es harto suficiente para avalar el proyecto, y mi firma lo desvirtuaría”.

* Los Consejos Consultivos provinciales y municipales, que se pusieron en marcha en enero de 2002, después del derrumbe de 2001, donde se reunía a la Iglesia católica y a diversas Iglesias cristianas con otros grupos

29. La tentación proviene también desde adentro de la Iglesia, y por varios capítulos. Porque a veces los mismos cristianos tienen una visión imperfecta de la misión de la Iglesia, y pretenden centrarla en la acción social, descuidando la predicación y la celebración del culto divino. Es triste que la gente sencilla distinga a veces entre el Culto evangélico, donde se enseña la Biblia, y la Iglesia (Católica) donde dan la leche. O no se tiene idea de la complejidad de medios que la asistencia social exige hoy, que sólo puede ser enfrentada por el Estado gracias a los impuestos que recauda de los ciudadanos⁸.

La Iglesia puede y debe poner signos concretos de servicio a los hombres que sufren, y organizar instituciones adecuadas al efecto, donde ha de brillar el amor al prójimo. Pero nunca podrá desplazar al Estado, ni a otras instituciones benéficas.

La mediación de la Iglesia en los conflictos sociales

30. Otro tipo de tentación es la pretensión de que la Iglesia medie como institución en los conflictos sociales. Le sucedió al mismo Jesús. En una ocasión *“uno de la multitud le dijo: ‘Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia’.* Jesús le respondió: *‘Amigo, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre ustedes?’* (Lc 12,13-14).

Esta tentación proviene también tanto desde afuera como desde adentro de la Iglesia. Se piensa que la mediación eclesial, realizada alguna vez con éxito, constituye el camino normal de proceder en todo conflicto político-social. Así sucede en la Argentina a partir de los buenos oficios que el Cardenal Caggiano interpuso para que se solucionase un largo conflicto ferroviario que paralizó al país en los primeros años de los 60. Esta convicción se alimentó, sobre todo, por la larga y exitosa mediación papal, realizada por el Cardenal Samoré, en el conflicto de límites con Chile. Desde entonces en la Argentina hay un empleo abusivo de la palabra “mediación”. Casi siempre que hay un conflicto social, cualquiera sea su envergadura, alguien sale a sugerir la “mediación” de la Iglesia, así sea para pedir una oración. Recientemente algunos pretendieron alentar la mediación de la Iglesia por el conflicto de las “pasteras” de Fray Bentos. No se percataban mucho de lo que ello significa, ni reparaban en que para dirimir la cuestión existen ya dos caminos: el mutuo entendimiento entre las dos naciones a través de los respectivos representantes, o los tribunales internacionales establecidos por ley.

Otra cosa es la acción pastoral de la Iglesia para fortificar el espíritu de concordia entre los dos pueblos y evitar que, a raíz del conflicto, se deteriore la relación, como fue la Jornada de Oración concertada entre los dos episcopados para el domingo 28 de mayo. Pero la Iglesia debe cuidar mucho que una acción indiscreta de su parte venga a debilitar las instituciones civiles. Sería un clericalismo anacrónico, que nada tiene que ver con “la sana laicidad del Estado”, de la que hace años habló Pío XII.

La Iglesia y el Diálogo político

31. También puede darse una falsa comprensión del Diálogo Político. Y esto por parte de eclesiásticos y también de civiles. Que en circunstancias socio-políticas hipercríticas, estando en peligro la paz de la República, se le pida a la Iglesia que preste sus buenos oficios, o que

sociales de todo tipo, eran tributarios de la ideología de los entes internacionales de crédito. Estos prestaban dinero para la asistencia social sólo si el Estado “corrupto” se dejaba fiscalizar por otras fuerzas sociales confiables, como la Iglesia. Sin negar que a veces tales Consejos funcionaron bien, sucedía muchas veces que la Iglesia debía concurrir con otros entes de diverso pelaje, los cuales no pretendían controlar la diaphanidad de la distribución de los fondos sociales, sino discutir la cuota de poder correspondiente. Un remedio que agravaba la enfermedad.

⁸ Cuando en diciembre de 1997 visité a la Iglesia de los Estados Unidos, varias diócesis estaban estudiando cómo desprenderse de sus Hospitales, dando el alto costo de la aparatología moderna.

ésta los ofrezca, para que las partes gravemente enemistadas restablezcan el Diálogo interrumpido, es admisible. Que ello sea función ordinaria de la Iglesia, es otro cantar. Si así se hiciese, se contribuiría a debilitar las instituciones de la República, y a formar una concepción clerical de la política, en la que ambos, sociedad civil e Iglesia, terminarían perdiendo.

Para el Diálogo político existen los instrumentos instituidos por la sociedad, especialmente: los partidos políticos, el parlamento, la prensa. La Iglesia ha de contribuir con su luz a que estos sean auténticamente democráticos y estén al servicio del Bien Común de la República. Siempre lo propio de ella para fomentar el Diálogo será exponer con claridad su doctrina social, sea sobre el Diálogo, sea sobre los diversos temas que atañen a la vida terrena, y no sólo sobre las cuestiones que afectan gravemente la conciencia del cristiano.

También puede alentar a los fieles laicos a organizarse e intervenir en el Diálogo ciudadano bajo su propia responsabilidad, sin arrogarse éstos la representación de toda la Iglesia. Y siempre, ha de evitar ponerse a dialogar como un grupo más en discordia, o adhiriendo a un sector que enfrenta a otro.

Conclusión

32. He esbozado algunas ideas sobre el Compromiso Social del Presbítero. Habría otros temas más a reflexionar. Algunos que mirarían más a evaluar el pasado: los aciertos y fracasos del Clero en el Compromiso Social. Y otros, más proyectados al presente y al futuro. Por ejemplo, el papel del Presbítero en su papel de pedagogo de la fe de los fieles cristianos en una sociedad cada vez más pluralista.

Para concluir, la mejor recomendación que doy a mis hermanos Presbíteros es que asuman con más empeño aún el rol de maestros del pueblo cristiano. Y que para ello se compenetren cada vez más de la Doctrina Social de la Iglesia. A tal fin cuentan con un instrumento precioso: el Compendio publicado por el Consejo Pontificio Justicia y Paz. De él, en la carta pastoral de noviembre de 2005, los Obispos dijimos:

“La riqueza intrínseca del Compendio y la autoridad que dispuso su composición, nos permiten considerarlo como un hecho eclesial y pastoral de magnitud. Y, aunque redactado primeramente para uso de los Pastores, recomendamos su estudio y aplicación a todos los miembros del Pueblo de Dios, en particular a los miembros del clero encargados de exponer la doctrina cristiana, a los catequistas, a los docentes católicos y a los fieles laicos que tienen especiales responsabilidades en la construcción de la sociedad” (pf. 4).

La legitimidad de la opinión de los pastores sobre cuestiones sociales en una sociedad pluralista.*

*Pbro. Víctor Manuel Fernández
Diócesis de Río Cuarto
Vicedecano de la Facultad de Teología
de la UCA*

Nos preguntamos por qué los pastores de la Iglesia, además de hablar de Dios, tienen derecho a emitir públicamente una opinión sobre situaciones concretas de la sociedad civil, donde se pone en juego la ética pública, tanto en el orden de la economía como de las diversas políticas del Estado. Intentaremos aportar breves argumentos racionales y razones de conveniencia que no sólo puedan iluminar a los católicos, sino también dialogar con sectores de otras confesiones o no creyentes.

1. La necesidad de un pensamiento creyente acerca del ser humano, la sociedad y la ética pública

Si bien reconocemos que la sociedad puede y debe prescindir de los fanatismos y fundamentalismos religiosos, eso no significa que pueda prescindir de la religión.

a) La estructura religiosa de la mente humana.

Creemos o no que existe Dios, podemos reconocer que en el ser humano hay una ineludible dimensión religiosa inserta en su propia naturaleza espiritual, por lo cual desde los comienzos de la humanidad hay manifestaciones religiosas.⁹ La religiosidad nunca puede ser extirpada del todo, siempre reaparece de formas variadas.

Eso explica que, en un lugar donde no se cultiva la fe en un Dios trascendente con sus signos y prácticas, de diversas maneras se carguen con notas religiosas ciertas realidades de este mundo. El neoliberalismo actual ha preñado la idea del libre mercado con características religiosas: se habla de la mano invisible del mercado o del fin de la historia; determinados principios económicos exigen un sometimiento religioso porque de otra manera vendrá el apocalipsis; los shoppings tienen aspecto de catedrales. En la economía neoliberal abundan creencias dogmáticas y mágicas, como si el mercado libre pudiera resolver automáticamente todos los problemas. En esta línea se sitúa la teoría del "derrame", como si los pobres se beneficiaran proporcionalmente cuando los ricos prosperan (cosa negada de hecho por la desigualdad creciente en la distribución de la riqueza mundial).

Al menos hay que reconocer que, donde no se adora sinceramente a Dios, es fácil caer en alguna idolatría. Cuando desaparecen las expresiones religiosas dirigidas a un Dios trascendente, esa inclinación suele convertirse en alguna forma de adoración o de absolutización de realidades terrenas. Vuelven los ídolos.

b) La fe en Dios como resguardo de la ética

* Desarrollaré esta cuestión de un modo más amplio y concreto en una obra titulada: *Valores argentinos o un país insulso*.

⁹ Cf. M. ELIADE, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona 1994.

Recordemos, además que, para la escuela filosófica de Frankfurt (desde Horkheimer hasta Habermas), "sin Dios es imposible salvar un sentido incondicional para nuestros deberes: los convertimos en meras conveniencias o en mera cuestión de gustos subjetivos, respetabilísimos, por supuesto, pero incapaces de ser universalizados"¹⁰.

No cabe negar que los ateos puedan tener una ética, y vivirla con admirable coherencia; pero no podrán encontrar un fundamento incondicional a los valores que defienden. Sólo si detrás de la realidad hay un Dios creador que ha insertado en esa realidad determinados principios, podemos decir que esos principios son permanentes y universales, que no están sujetos a los cambios de mentalidad o a las conveniencias circunstanciales. La historia nos ha enseñado hasta dónde podemos llegar a caer cuando las circunstancias y las conveniencias contingentes son las que determinan los principios éticos. Allí está el nazismo, por ejemplo, para demostrarlo.

Esto no significa que sólo podrá haber una ética universal imponiendo una determinada religión. Una religión no puede imponerse públicamente porque siempre implica una opción íntima y profundamente personal. Lo ha reafirmado recientemente el Benedicto XVI diciendo que la libertad de religión debe entenderse como "una necesidad que deriva de la convivencia humana, más aún, como una consecuencia intrínseca de la verdad que no se puede imponer desde fuera, sino que el hombre la debe hacer suya sólo mediante un proceso de convicción"¹¹.

Sin embargo, no es irracional suponer que exista un Dios que creó y sostiene el universo. Aunque no pueda ser demostrado con métodos empíricos, puede ser deducido de la existencia misma de las cosas. Al menos así lo han sostenido numerosos filósofos (no sólo creyentes) desde la antigüedad, y estas corrientes filosóficas tienen derecho a existir. Esto puede discutirse, pero al respecto hay dos cosas que nadie puede negar: por una parte, que nunca se ha podido demostrar la no existencia de Dios o que sea irracional aceptar su existencia (eso sería un dogmatismo más); por otra parte, que sin Dios no se puede dar un último por qué a la existencia del universo, con lo cual la razón muestra su límite, y al evidenciar ese límite no le queda más que reconocer que la vida actual se sostiene también con realidades que la mente científica no puede captar. Por eso no es legítimo tratar de irracional a quien ha decidido vivir, pensar, opinar y proponer valores éticos a partir del supuesto de la existencia de Dios. Esa actitud cerrada sería una forma más de fanatismo agnóstico, disfrazado de una supuesta "racionalidad".

c) La legitimidad de una propuesta ética a partir de la fe

Si un estudioso y seguidor de un determinado sistema filosófico tiene derecho a opinar, ¿por qué no puede hacerlo un seguidor de Confucio, de Buda o de Jesucristo? En esta línea cabe recoger la perspectiva hermenéutica del filósofo H. G. Gadamer, quien sostiene que en realidad todos, aun los más racionalistas, piensan a partir de determinados presupuestos. Nadie piensa con una mente en blanco. Los "prejuicios" de la propia experiencia -aun religiosa- no deben ser entendidos como meros estorbos para un pensamiento serio y respetable, sino como verdaderas *posibilidades* intelectuales de acceso a la verdad. Son un trasfondo que nos capacita para percibir aspectos de la realidad y de la vida social que otros, que no poseen esa experiencia, no pueden percibir tan fácilmente.¹² Hay muchos caminos para alcanzar la verdad y para reconocer los grandes valores éticos. La religión es, al menos, uno de esos caminos.

Si bien es cierto que una religión no puede ser impuesta a todos, y *en ese sentido* no puede tener pretensiones de universalidad, también es cierto que "de hecho, las filosofías son

¹⁰ J. I. GONZÁLEZ FAUS, "Carta a José Antonio Marina", en VARIOS, *Cartas Cruzadas*, Maliaño 2003, 169.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22/12/2005.

¹² Cf. H. G. GADAMER, *Wahrheit und Methode*, Milán 1972, 340 y 347.

tan poco universales como las religiones, a pesar de la innegable pretensión universal de nuestra razón".¹³ Nadie me puede obligar a aceptar las propuestas éticas derivadas de la filosofía de Kant o de Rousseau, que de hecho no convencen a todos. Sin embargo, yo respeto que los seguidores de estos filósofos enseñen sus doctrinas en un aula y las propongan públicamente. De la misma manera, tengo derecho a pedir que, a la hora de buscar los fundamentos últimos de la ética, se escuche a quienes reflexionan a partir del substrato de sus convicciones religiosas.

2. El aporte real de la religión al pensamiento ético social

Ahora, siendo realistas, preguntémonos de dónde pueden surgir, en el contexto actual, las motivaciones para un comportamiento moral y para desarrollar una democracia con compromisos solidarios. No podemos negar que las religiones, con sus diversas corrientes espirituales, sus modelos y sus valores, ofrecen un inmenso aporte en este sentido cuando son fieles a ellas mismas.

No olvidemos que la noción de persona tiene su origen en el cristianismo, y que la aceptación del diferente como un "tú" tiene hondas raíces en el pensamiento judeocristiano.¹⁴ Todas las religiones, de un modo o de otro, invitan y motivan a la solidaridad, a prestar atención a las necesidades del otro, a la compasión. De esta manera, ayudan a evitar la disolución de la sociedad en una mera suma de intereses individuales en pugna. Muchos valores que todavía subsisten de algún modo en nuestra sociedad, no sólo en la mayoría cristiana sino también en los no creyentes, proceden básicamente de la predicación cristiana.

Por eso, sin necesidad de disminuir en modo alguno la legítima autonomía de la sociedad civil ante la religión, y sabiendo que no es ni posible, ni deseable, retornar a un régimen de cristiandad medieval, es conveniente para la sociedad valorar y aprovechar el potencial humanizador de la religión, que en definitiva enriquece y beneficia a la democracia, porque "una democracia sin valores se convierte en un totalitarismo encubierto".¹⁵

En esta línea, señalaba J. Habermas que las religiones aportan a su modo argumentos y aportes reflexivos a favor de los valores fundamentales de la vida en sociedad;¹⁶ por lo tanto, el Estado "debería adoptar un comportamiento que preservara las fuentes culturales que alimentan la conciencia de las normas y la solidaridad de los ciudadanos".¹⁷ Las religiones no son las únicas fuentes culturales de valores, pero son ciertamente muy importantes, junto con otros aportes, para evitar una creciente degradación ética.

Los grandes valores sociales, que son racionales, y por ello son aceptados también por los ateos, pueden ser reforzados gracias a los valores religiosos. Estos agregan nuevas y profundas motivaciones a su cumplimiento, ya que una opción religiosa toca la intimidad de las personas y sus convicciones más personales. Las creencias religiosas otorgan al cultivo de los valores una fuerza peculiar, porque los conectan con el sentido último de la existencia. En ese sentido, cuando las religiones transmiten esos valores en una determinada cultura, y la impregnan con esos valores, están prestando un servicio inmenso a la sociedad. Si los valores sociales son transmitidos por las religiones, y si las convicciones religiosas los potencian,

¹³ J. I. GONZÁLEZ FAUS (cit), 171.

¹⁴ Cf. los estudios del filósofo judío H. COHEN, *El prójimo*, Barcelona 2004; *La religión de la razón desde las fuentes del judaísmo*, Barcelona 2004.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor* 101

¹⁶ J. HABERMAS, "Crear y saber", en *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?*, Barcelona 2002, 133ss.

¹⁷ J. HABERMAS, "Pluralisme et moral", en J. HABERMAS - J. RATZINGER, *Les fondements prépolitiques de l'État démocratique*: número de *Esprit* (juillet 2004) 16.

¿tiene sentido incomodarse por la presencia de esas convicciones religiosas, como si fueran irracionales o dañinas, y pretender relegadas al ámbito de la intimidad secreta?

Pensemos por ejemplo en la dignidad y en la libertad de cada persona humana. Un filósofo como Hegel ha destacado que el origen de esta convicción, indispensable para entender el fundamento de los derechos humanos, está en el pensamiento cristiano, que atribuye al individuo un valor infinito: "*Partes enteras de la tierra, África y Oriente, no han poseído nunca esta idea y no la tienen todavía. Los griegos y los romanos, Platón, Aristóteles e incluso los estoicos, tampoco la han tenido [...] Esta idea ha venido al mundo por el cristianismo, según el cual el individuo en cuanto tal tiene un valor infinito*" (Enc § 482 N).

Si Hegel atribuye al cristianismo esta convicción de que "el sujeto tiene una importancia infinita" (Rel III, 134, 1124), Juan Pablo II lo ha expresado claramente, refiriéndose a los discapacitados, al decir que "Dios nos ha mostrado de modo insuperable cómo ama a cada hombre, y con ello le confiere una dignidad infinita".¹⁸ No puede despreciarse la importancia de este aporte para fomentar en los ciudadanos -al menos en la mayoría creyente- el respeto que exige la inmensa dignidad de cualquier individuo humano.

A partir de las convicciones humanistas que brotan de la fe, los cristianos podemos reflexionar acerca de situaciones donde la dignidad humana, por diversas razones, está en riesgo o es avasallada, y tenemos el derecho y el deber de emitir públicamente nuestra opinión al respecto.

Por otro lado, un mensaje creyente puede tener un fuerte valor simbólico que hable también a los agnósticos. Cabe destacar cómo Umberto Eco (supuestamente agnóstico) ha mostrado que los símbolos cristianos pueden ser motivadores también para un no creyente: "*Acepte, aunque más no sea por un instante, la hipótesis de que Dios no existe [...] En ese caso, el hombre tuvo en determinado momento la fuerza religiosa, moral y poética de concebir el modelo de Cristo, del amor universal, del perdón a los enemigos, de la vida ofrecida en holocausto para la salvación de los demás [...] Y admita que, aunque Cristo no fuera más que el sujeto de una gran leyenda, el hecho de que esa leyenda haya podido ser imaginada y querida por estos bípedos sin plumas que sólo saben que nada saben, sería tan milagroso (milagrosamente misterioso) como el hecho de que el Hijo de un Dios real se hubiera encarnado verdaderamente. Este misterio natural y terreno no cesaría de turbar y hacer mejor el corazón de quien no cree.*"¹⁹

El progreso tecnológico, las teorías económicas, la medicina y otras ciencias, pueden en determinadas circunstancias parcializarse y volverse contra el mismo ser humano, y entonces necesitan el correctivo crítico y humanista de la religión. Existe un riesgo de fundamentalismo autoritario tanto en la religión como en la razón científica. Por eso, el auténtico pluralismo del Estado implica favorecer el encuentro de ambas formas de considerar la realidad, sin pretender excluir ninguna de las dos del debate público y sin ridiculizar a ninguna de las dos.

De hecho, la misma fe en Dios como el único Absoluto debería evitar todo fanatismo o fundamentalismo religioso, ya que para un creyente nada en este mundo puede ser considerado absoluto: ni un país, ni una opción política, ni una raza, ni siquiera una religión. Sólo Dios.

Pero la doctrina social brinda particularmente un espacio de encuentro entre la fe y las ciencias, ya que, sin dejar de acoger la luz de la Revelación, "argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano",²⁰ y "se sirve de todas las aportaciones cognoscitivas provenientes de cualquier saber"

¹⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje a los discapacitados*, en el *Angelus* del 16/11/1980.

¹⁹ U. ECO (y C. M. MARTINI), *¿En qué creen los que no creen?*, Bs. As. 1997, 96-97.

²⁰ BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est [DCE]*, 28.

(*Compendio*, 76). Es más, “la apertura atenta y constante a las ciencias proporciona a la doctrina social de la Iglesia competencia, concreción y actualidad” (*Compendio*, 78).

3. Más que principios generales

Pero algunos todavía opinan que los pastores, en un lugar concreto de la tierra, deben limitarse a enunciar ciertos principios generales, sin entrar en las concreciones históricas, en las situaciones concretas que vive el país.

La CEA pareció contradecir esa postura cuando, al emitir opiniones sobre situaciones concretas, dijo que lo hacía “dentro de su propia misión” (*Dialogar para reconstruir la Patria*, 2003, 6). Pero ha aclarado que lo hacía “respetando plenamente las instituciones de la República” (*ibid*), sin pretender “reemplazar a ningún actor ni responsable social o político” (*La Nación que queremos*, 2002, 3). La reciente encíclica de Benedicto XVI remarca igualmente este doble aspecto de la intervención de la Iglesia en materia de doctrina social. Por una parte, de ninguna manera implica “imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas” ni pretender “hacer valer políticamente esta doctrina” (DCE 28). Por otra parte, sí implica “aportar su propia ayuda para que lo que es justo, *aquí y ahora*, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica”, de maneras “políticamente realizables” (*ibid*).

Por cierto, no sólo la CEA ha emitido juicios concretos sobre aspectos bien precisos de la realidad social. También lo ha hecho la Conferencia Episcopal de USA, al hablar sobre la utilización de armas atómicas y sobre la economía de su país. Del mismo modo, en un nivel internacional, la Pontificia Comisión “Justicia y Paz”, de la Santa Sede, tomó posición sobre la deuda externa.

De hecho, el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* afirma que “los primeros destinatarios de este documento son *los Obispos*, que deben encontrar las formas más apropiadas para su difusión y su correcta interpretación” (punto 11), ya que pertenece a su ministerio enseñar que “las mismas cosas terrenas y las instituciones humanas se ordenan también a la salvación de los hombres”.²¹ Pero indica que es necesario mostrar las consecuencias *prácticas* de los principios para que “puedan incidir *eficazmente* también en las complejas situaciones actuales” (*Compendio*, 9).

Estas opiniones sobre situaciones contingentes están sujetas al error o a la parcialidad, y pueden ser objeto de discusión, pero esperan una acogida sincera de parte de los católicos como orientaciones para su propia reflexión acerca de la realidad nacional, particularmente cuando se destaca el carácter moral social de una situación crítica. Pero, escuchando los aportes de las ciencias, no se puede evitar ser concretos –sin pretender entrar en detalles– para que los grandes principios, que pueden tener aplicaciones muy variadas, no se queden en meras generalidades que no interpelan a nadie.

Los pastores tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. Ya no se puede decir que la religión está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, porque él creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1 Tim 6, 17). La predicación del Evangelio plantea claras exigencias en ese sentido, interpelándonos a evidenciar que la fe es inseparable de la promoción humana integral. Por eso Juan Pablo II ha dicho con claridad que en América Latina la conversión cristiana exige revisar “especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común”.²²

²¹ CONCILIO VATICANO II, *Christus Dominus*, 12

²² JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 27.

Por consiguiente, ya no puede sostenerse que la religión debe vivirse en la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional. Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. Por eso los Obispos argentinos han dicho que la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia "no se orienta sólo al conocimiento de valores y principios sociales, sino también a la transformación de la sociedad" (NMA 97c).

Esta enseñanza social no sólo se difunde y se aplica pensando en el bien de los fieles católicos, sino en todo compatriota, que participa de la misma dignidad humana que Dios ama. Por consiguiente, tampoco es una enseñanza exclusiva de la Iglesia católica, que "une en particular el propio compromiso al que ya llevan en el campo social las demás Iglesias y Comunidades eclesiales, tanto en el ámbito de la reflexión doctrinal como en el ámbito práctico" (*Compendio*, 12).

4. Integralidad de la propuesta moral cristiana

En la difusión de su enseñanza moral, la Iglesia tiene derecho a decir su verdad entera, y no sólo limitarse a determinados temas que no molesten, ya que *todas* las cuestiones éticas sociales "exigen ser tomadas en consideración con una *visión de conjunto*, porque son cuestiones que están caracterizadas por una *interconexión* cada vez mayor, que se condicionan mutuamente y que conciernen cada vez más a toda la familia humana" (*Compendio*, 9).

Hay convicciones irrenunciables que brotan de la misma antropología cristiana. Por ejemplo, que la vida de un inocente es un valor sagrado, y debe ser siempre defendida, bajo cualquier circunstancia. De lo contrario, se pone en peligro permanente cualquier vida humana, se la somete al manoseo y al descuido. Es decir, creemos que nunca se puede quitar la vida a un inocente, en cualquier momento de su desarrollo, sea que recién se haya formado en el seno de su madre, o se trate de un discapacitado o de un anciano. Porque si hay alguna posible excusa para matar, entonces siempre podrá haber nuevas excusas.

En este sentido, es fácil advertir cómo la oposición al aborto se sustenta en los mismos fundamentos que nos llevan a defender en toda circunstancia la vida humana y los derechos humanos, sobre todo los derechos de los que no tienen voz. Porque o la vida inocente es sagrada siempre, o ya no sabremos nunca con seguridad cuando lo es y cuando no, y habrá siempre alguna supuesta razón para eliminar al que molesta. Se trata de estar convencido de que, si la vida de un inocente se defiende siempre y en cualquier circunstancia, o nos exponemos a que algún día los centros de poder decidan cuándo alguien tiene una dignidad inviolable y cuándo se lo puede eliminar, cosa que de hecho sucede en el mundo con demasiada frecuencia.

Pero, por la misma interconexión que mencionamos, hay que decir con la misma claridad que la enseñanza sobre el aborto –y también las diversas cuestiones de bioética– tampoco debe aislarse del conjunto de la enseñanza social de la Iglesia, para que pueda ser adecuadamente comprendida. En este sentido, no podemos negar que la oposición al aborto de Menem o de Bush no ayuda demasiado a percibir correctamente la propuesta de la Iglesia.

La “cuestión social” en el magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II

Gerardo Daniel Ramos SCJ

Profesor en la Facultad
de Teología de la UCA

1. El “legado” de un Pontífice (1978-2005)

Ha transcurrido ya un año de la muerte de Juan Pablo II, y su figura nos viene hoy a la memoria con espíritu agradecido. Su deceso, y con él lo que su persona significó, fue acompañado y seguido de cerca por una ingente multitud de personas, no sólo del mundo católico o cristiano, sino incluso por miembros de otras tradiciones religiosas o, en general, por hombres y mujeres “de buena voluntad”. Evidentemente, la “pascua” del Pontífice le permitió a la Iglesia revivir un “nuevo triduo”, en momentos en que justamente iba concluyendo la celebración de la octava de resurrección.

Pero además, la repercusión y alcance universal del “tránsito” de este testigo del siglo XX, que invitó a “navegar mar adentro” en los albores del nuevo milenio, fue puesto elocuentemente de manifiesto en esa indescriptible mezcla de dolor, paz y agradecimiento de tantos millones de rostros concretos, que desde las más diversas procedencias y desde los más remotos puntos del planeta acompañaron en silencio el anuncio de su muerte.

Esto habla, entre otras cosas, de una incidencia indiscutible del querido Pontífice en el imaginario colectivo de nuestro mundo, y de un cariño y merecida autoridad que fue ganándose con el transcurso de los años. Su fidelidad hasta el fin -como lo había destacado el Cardenal Jorge Bergoglio al presidir la celebración de las exequias de Juan Pablo II el 4/4/05 en la Catedral de Buenos Aires-, de algún modo unió a toda la humanidad en la pascua de Jesucristo, e hizo, incluso gracias a los modernos medios de comunicación social, que al menos por unos momentos nuestro mundo se congregara en torno a sus templos y catedrales; pero también al nuevo “areópago” de la televisión, a modo de nuevo Pentecostés.

Con este trasfondo testimonial de quien “no pretendió engañar a nadie”, quisiera recoger y hacer memoria de su legado específico en relación a la cuestión social.

2. En el contexto de su magisterio teológico-pastoral²³

La consternación por la muerte del Pontífice patentiza una incidencia innegable de su vida y ministerio en el mundo contemporáneo. Es lógico pensar, entonces, que su misma actividad pastoral como sucesor de Pedro ha estado cargada de una inocultable carga social. Esta constatación final no hace sino explicitar la profunda repercusión y significado que cada acto de su ministerio y magisterio ha tenido para las personas y pueblos de nuestro tiempo. Creo que la fuerza de su mensaje radicó en haber estado fuertemente concentrado en torno a dos polos: Cristo y el hombre, “Cristo que revela el hombre al hombre” (GS 22), que sigue el camino del hombre e invita a la Iglesia a realizar otro tanto. Desde esta perspectiva, todo su magisterio pastoral responde a la “cuestión social”.

²³ Pueden profundizarse estas apreciaciones generales en mi libro *Juan Pablo II: Veintisiete años de magisterio teológico-pastoral*, Guadalupe, Buenos Aires 2005.

2.1. El hombre, camino de la Iglesia

En efecto, para Juan Pablo II, “el hombre es el camino de la Iglesia” (RH 18). Esta recurrente afirmación del pontífice tiene su principal fundamento en la (por él insistentemente citada) referencia conciliar de GS 22, sobre todo cuando afirma que “por su encarnación el Hijo de Dios se unió en cierto modo a todo hombre”. Esta convicción es la que lo llevará a lo largo de veintisiete años a procurar acercarse de diferentes modos al “hombre concreto, histórico y real” (cf RH 13-14) de nuestro mundo, tratando de “llegar a todos”; lo que queda elocuentemente puesto de manifiesto en sus numerosos viajes y encuentros pastorales, desplegados en diferentes geografías y circunstancias, valiéndose de su innegable originalidad carismática colmada de impredecibles gestos simbólicos, difíciles de tipificar aquí a causa de su diversidad y riqueza.

El intento de acercamiento a las personas queda también puesto de relieve en sus numerosísimas cartas pastorales y encíclicas. Cabe recordar de un modo especial las dirigidas a las familias (además de la *Familiaris consortio*), a los jóvenes (además de los congresos internacionales celebrados cada dos años con ellos), a las mujeres (incluyendo la *Mulieris dignitatem*), a los niños y ancianos, y sobre todo, a los que sufren (en especial, la *Salvifici doloris*). A esto habría que añadir una cantidad innumerable de alocuciones, homilías, saludos y mensajes a destinatarios mucho más específicos y concretos.

Con estas actitudes y textos, el Papa fue personificando el estilo pastoral y misionero que reclamaba para todo el pueblo de Dios, y que desarrolló particularmente en *Redemptoris missio*. Sobre todo a partir de su recurrente exhortación: “¡No tengáis miedo!”, presente desde la primera homilía al comenzar su ministerio petrino, y más significativamente desmenuzada en su libro *Cruzando el umbral de la esperanza*. Pero también del llamado a una Nueva Evangelización que dignifique al hombre, puesta de manifiesto últimamente en su insistente invitación a “navegar mar adentro” en el océano inmenso del nuevo milenio, cargado de evidentes incertidumbres (NMI 58). En todo caso, el trasfondo trinitario de esta navegación (explicitada en su trilogía *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia* y *Dominum et Vivificantem*), y no una conveniencia de frío cálculo humano, es la que animó al Papa a proponerla con confianza y decisión, centrándola en Jesucristo “el mismo ayer, hoy y para siempre” (Hb 13,8).

2.2. El camino de la Iglesia en los pueblos del mundo

El deseo de seguir el camino del hombre queda también puesto de manifiesto en los *Sínodos continentales* celebrados en el itinerario de preparación al Gran Jubileo del 2000. En los documentos postsinodales, que procuraron recoger entre 1996 y 1999 lo trabajado por las respectivas Iglesias continentales, se percibe el esfuerzo por asumir las inquietudes propias del pueblo de Dios socio-culturalmente situado (“sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias”, según GS 1).

De ahí que en estas exhortaciones, las propuestas pastorales procuren inculturarse en las preocupaciones y desafíos característicos de cada continente: a partir de la pobreza y diversidad étnica de África (*Ecclesia in Africa*); de las milenarias tradiciones religiosas del continente asiático, donde tuvieron su origen las grandes religiones del mundo (*Ecclesia in Asia*); de los desequilibrios, religiosidad popular y natural capacidad de encuentro en América (*Ecclesia in America*); y del patrimonio cristiano occidental, pero también de la actual desesperanza (por “desgaste”) del Viejo Mundo (*Ecclesia in Europa*). La sensibilidad por procurar acompañar estos procesos de encarnación de la Iglesia en los pueblos del mundo responde también, en sentido amplio, a una preocupación por la cuestión social.

Más específicamente hemos podido visualizar la preocupación del Pontífice por seguir el camino del hombre en los discursos introductorios a las conferencias generales del episcopado

latinoamericano en *Puebla y Santo Domingo*. En el primer caso, el enunciado y desarrollo de la “triple verdad” sobre Jesucristo, el hombre y la Iglesia responden a la preocupación del Papa por el crecimiento de ideologías reduccionistas en el subcontinente (y especialmente las relacionadas con corrientes marxistas). En el segundo caso existe más bien la intención de integrar, en el marco celebrativo de los quinientos años del comienzo de la evangelización en América Latina, las diferentes vertientes que corresponden a la actividad pastoral de la Iglesia: el anuncio, la promoción humana y el desafío de propiciar una más significativa e incisiva cultura cristiana.

En nuestro país, sobre todo la segunda visita realizada por el Pontífice en 1987, da también cuenta de la diversidad de destinatarios a los que Juan Pablo II se dirige y por los que se preocupa: clero, políticos, hombres del campo, enfermos, familias, consagrados y agentes de pastoral, inmigrantes, empresarios, jóvenes, hombres de la ciencia y la cultura. Todos estos destinatarios reflejan el variado abanico de la problemática social.

2.3. La “cuestión social” como camino privilegiado

Sin embargo, la cuestión social es abordada por el Papa de un modo sistemático específicamente en tres grandes documentos, cada uno dotado de su propia originalidad: *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*²⁴. En el primero se detiene en el tema del trabajo, que es el núcleo de la cuestión social, pero que sin embargo se topa hoy con la dura realidad del desempleo estructural. En el segundo, analiza la temática social en un mundo de interdependencias, donde el gran desafío es el de promover la solidaridad (ante la insidiosa carga negativa del pecado estructural). En el tercero, vuelve sobre algunas cuestiones referentes a la dignidad de la persona, sobre todo desde una perspectiva político-religiosa, y en consideración de los por entonces recientes acontecimientos de 1989.

Antes de detenerme en cada uno de estos documentos, convendría aclarar que el “camino” de la Iglesia por la cuestión social, va acompañado por otras dos preocupaciones pastorales transversales, fáciles de visualizar a lo largo de los veintisiete años de pontificado: la temática de la “verdad” (desarrollada respectivamente en *Fides et ratio* y *Veritatis splendor* en relación a los relativismos gnoseológico y ético) y la de la “vida” (abordada especialmente en *Evangelium vitae* en relación al flagelo del aborto y la eutanasia). Una trilogía convergente, que retoma creativamente el versículo joánico referente a Jesucristo como “camino, verdad y vida” (*Jn* 14,6).

También cabría aclarar que la misma preocupación y celebración jubilar del 2000 -horizonte de peregrinación en el magisterio de Juan Pablo II, según quedó puesto de relieve incluso en su “testamento”- está marcada, entre otros elementos, por su dimensión social. Así, por ejemplo, son insistentes desde *Tertio millennio adveniente* los pedidos de condonación de las deudas externas de los países pobres, o también la exhortación a una eficaz caridad para con los que viven “en la pobreza y la marginación” (como lo sugiere la *Bula* de convocación al gran Jubileo *Incarnationis mysterium*, en su número 12).

3. El trabajo, clave de la cuestión social: *Laborem exercens* (1981)

La encíclica, que considera de un modo decisivo que el trabajo es la clave de la cuestión social (nº 3), estuvo en parte motivada por el nonagésimo aniversario de la *Rerum Novarum* (nº 1). Pero también respondió de un modo oportuno a dos factores emergentes y novedosos en el escenario mundial de aquella época.

²⁴ Cf mi citado libro, pp.148-156. La revista *Cias* dedicó su número monográfico 542-543 (2005) al “Legado social de Juan Pablo II”.

3.1. El contexto socio-económico

Por un lado, la *LE* se enmarca en el renovado fenómeno de una progresiva deshumanización del trabajo, a causa de una excesiva competencia y tecnificación en los países del llamado primer mundo; o de una notoria centralización y burocratización en los ex países comunistas. Esto había conducido a que la preocupación de las empresas (privadas o estatales) se fuera concentrando cada vez más en el producto o rédito objetivo que podía generar cada trabajador, deteriorándose muchos de los beneficios conseguidos en occidente en el marco del llamado “Estado de bienestar” en las décadas precedentes (incluso en los países periféricos); o también perdiéndose el valor de la persona en el marco de un Estado megalómano, que la reducía a un mero engranaje del aparato público.

Pero para comprender la *LE*, es preciso detenerse también en los vaivenes que agitaron la economía mundial a causa de la crisis del petróleo en el primer lustro de los 70’, y que aniquiló por la base el anteriormente más o menos logrado “pleno empleo”. En efecto, la inundación del mercado con la “plata dulce” de los petrodólares, ofrecida dadivosamente en préstamo por los bancos del norte -en los que fueron depositados por los nuevos multimillonarios jeques árabes- a países del tercer mundo, produjo una fuerte recesión productiva; la cual, combinada con una dirigencia política corrupta, acabó condenando a países como el nuestro (casi como los dioses a Sísifo) a tener que cargar con el pesado lastre de una deuda externa en la práctica impagable.

3.2. La dimensión humana del trabajo

Ante este orden de cosas, y en continuidad orgánica con la enseñanza social de la Iglesia puesta de relieve por sus predecesores (nº 2), el Papa propone una distinción entre dos acepciones de trabajo: el trabajo en sentido objetivo, es decir en cuanto “técnica” y producto (nº 5), y el trabajo en sentido subjetivo, es decir en cuanto realizado por el hombre que se dignifica (y dignifica) a partir del mismo (nº 6). Sin embargo, hoy día y por diferentes motivos, existe -según el Papa- una amenaza al justo orden de valores (nº 7), lo que ha generado acciones solidarias de los hombres del trabajo (nº 8).

Por eso, ante el renovado conflicto entre trabajo y capital, constatable en la presente fase histórica, Juan Pablo II reafirma la clásica doctrina de que hay que dar prioridad al primero respecto del segundo (nº 12; cf 9 y 14). Por su dimensión personalizante, es importante que el trabajador sienta que trabaja en algo propio, y que no solamente se perciba como rueda de un engranaje (nº 15). Por este motivo, y pensando en las distorsiones que a respecto se habían ido produciendo tanto en el sistema soviético como en el capitalismo del mundo occidental, el Papa inserta el trabajo en el más amplio contexto de los derechos humanos (nº 16).

3.3. Incidencia del empresario indirecto

La complejidad del mundo económico ya a comienzos de la década de los 80’ hace que se torne inevitable el análisis de los factores que indirectamente afectan la vida de la empresa y el mundo del trabajo. A esta variada gama de factores el Papa los denomina “empresario indirecto”. En el mismo, “entran tanto las personas como las instituciones de diverso tipo, así como también los contratos colectivos de trabajo y los principios de comportamiento, establecidos por estas personas e instituciones, que determinan todo el sistema socio-económico o que derivan de él” (nº 17).

Pero dado que en el concepto de “empresario indirecto” entran componentes no solamente específicos y definibles en el marco de los países individualmente considerados, sino también

variables y consideraciones transnacionales, se abre para las naciones el desafío de revisar la eficacia de los organismos internacionales vigentes, para que apunten a promover un orden más equitativo y contrarresten los efectos negativos de las impersonales fuerzas del mercado (*ib.*).

3.4. El flagelo del desempleo estructural

Uno de los problemas más graves en relación al trabajo es el del desempleo estructural, que en las últimas décadas ha venido afianzándose en nuestro mundo, y frente al cual ya por los 80' era necesario establecer planificaciones racionales. Las observaciones que hacía entonces el Papa hoy se han agudizado aún más a causa del desarrollo de la informática y la robótica, que ha venido produciendo en términos absolutos un desplazamiento permanente de trabajadores del sector formal al informal, o que ha provocado el desempleo de millones de personas. Este orden de cosas invita a una planificación global justa y racional, “en cuyo marco debe ser garantizada la iniciativa de las personas, de los grupos libres, de los centros y complejos locales de trabajo” (nº 18).

El Papa concluye la Cuarta parte del documento hablando en concreto del salario y de otras prestaciones sociales (nº 19), de la importancia de los sindicatos (nº 20), de la dignidad del trabajo agrícola hoy tan relegado (nº 21), del trabajo de los minusválidos (nº 22) y del problema laboral vinculado a la emigración (nº 23); consideraciones todas ellas que manifiestan una profunda capacidad de observación y respuesta a algunas problemáticas más específicas vinculadas con el mundo del trabajo. Finaliza con una apreciación teológico-pastoral, sosteniendo que un particular cometido de la Iglesia es ayudar a descubrir que el trabajo es participación de la obra del Creador (nº 25), y que fue redimido por Cristo que lo asumió con sus propias manos (nº 26).

4. La solidaridad en un mundo interdependiente: *Sollicitudo Rei Socialis* (1987)

La nueva encíclica surge con motivo del vigésimo aniversario de *Populorum progressio* (cf capítulo II), y se propone a sí misma como una actualización de ésta. El documento contempla cómo en el lapso de veinte años las percepciones de Pablo VI de un mundo dual, “con ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres”, se ha incrementado. A su vez, percibe un nuevo dinamismo de inequidad en el mundo de finales de los 80': un norte cada vez más desarrollado (incluso hasta llegar a puntos de riqueza inhumana) y un sur subdesarrollado (carente de muchos de los recursos más básicos para la subsistencia).

4.1. El verdadero sentido del desarrollo

La constatación de fondo es que sin la virtud de la solidaridad no es posible resolver los acuciantes problemas que padece el mundo hoy. Y ésta sólo es posible en el marco de una noción más amplia y humana del verdadero desarrollo, el cual consiste en “ser más” y no tanto en “tener más”. En este sentido, y cuando recrudecía la tentación de la violencia y el armamentismo, también como para Pablo VI “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”.

Por eso después de echar una mirada al mundo contemporáneo (III), Juan Pablo II se detiene en la fundamentación del auténtico desarrollo humano (IV), el cual “no es un proceso rectilíneo, casi automático y de por sí ilimitado” de crecimiento meramente económico (nº 28). Por esto mismo, “no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara ni promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos” (nº 33).

4.2. Interdependencia y solidaridad

El Papa realiza una lectura teológica de los problemas modernos (V); constata la existencia de “una conciencia creciente de la interdependencia entre los hombres y entre las naciones”, e insiste de cara a las situaciones de inequidad que revelan un “pecado estructural” en el cultivo de la virtud de la “solidaridad”, que consiste en “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos” (nº 38).

Pero además, ante problemas específicos como “el afán de ganancia exclusiva”, o el imperialismo hegemónico (que excluye, oprime y anula a los demás), el Pontífice propone algunas orientaciones particulares en clave de esa misma solidaridad (VI), sobre todo considerando la escasa incidencia en la vida real de los pueblos de muchos organismos internacionales. En ellas es de destacar el grado de asesoramiento técnico que tales apreciaciones debieron haber supuesto (si observamos, por ejemplo, el nº 42).

En orden a promover su propio desarrollo, el Papa insiste recurrentemente en que un cometido específico corresponde a las mismas naciones interesadas. Son éstas las que deben “individuar sus prioridades y detectar bien las propias necesidades”, ya recaigan las mismas en los planos económico, político o cultural (nº 43). Seguirá siendo válido, no obstante que “cuanto se ha dicho no se podrá realizar sin la colaboración de todos, especialmente de la comunidad internacional”, y que “las mismas naciones en vías de desarrollo tienen el deber de practicar la solidaridad entre sí y con los países más marginados del mundo” (nº 45).

5. El carácter trascendente de la persona humana: *Centesimus annus* (1991)

Esta encíclica se ve motivada por los cien años de la *Rerum novarum* (I). Como anteriormente con *Populorum progressio*, también en esta oportunidad el Papa propone una relectura actualizada de las “cosas nuevas”, tal como las discierne a lo largo del capítulo (II). Dentro de estas “cosas nuevas” sobresale la inesperada caída del muro de Berlín, símbolo del sistema soviético que parecía firmemente asentado desde 1917. Es sobre todo este evento, que da el título a la tercera parte de la encíclica (“El año 1989”), la que merece una atención particular por parte del Papa; el cual había transcurrido gran parte de su vida -e incluso todo su ministerio episcopal en Polonia- bajo “la cortina de hierro”.

5.1. Rol del Estado y dignidad del hombre

Comparativamente hablando, *CA* es el documento de Juan Pablo II en el que más analiza y describe el rol del Estado. Una convicción de fondo parece guiarlo a respecto, y es la de la función solidaria y subsidiaria del mismo en relación a la sociedad civil o tercer sector (nº 16); evitando tanto el ausentismo alentado por algunas corrientes liberales, como una excesiva intromisión en las instancias menores de organización social (como acontece en el caso de los totalitarismos).

Es a raíz de esta convicción que, al analizar los eventos del año 1989, más que en cuestiones socio-económico, insiste sobre todo en la inconsistencia de un sistema político ideológico que no se había centrado en la verdad sobre el hombre, o al menos no en el hombre respetado según esa dignidad que solo Dios puede garantizarle.

5.2. Desarrollo de los pueblos e integración internacional

Analiza a continuación el tema de la propiedad privada y del destino universal de los bienes (IV); como así también el desafío vinculado al desarrollo de personas y pueblos que actualmente quedan excluidos de toda posibilidad de crecimiento. Esta observación es novedosa respecto a *LE*, donde el problema del desempleo parecía fácilmente resoluble con políticas adecuadas.

Sin embargo, cuando la tentación experimentada por algunos pueblos en orden a un mejor desarrollo y crecimiento social había sido la del aislamiento (clara referencia a lo que aconteció con los países del bloque comunista), el Papa percibe que hoy se hace imprescindible para los mismos una integración internacional; porque de hecho, los países que han alcanzado un cierto grado de desarrollo, lo han logrado gracias a una sabia integración al mundo. De ahí que “el mayor problema está en conseguir un acceso equitativo al mercado internacional, fundado no sobre el principio unilateral de la explotación de los recursos naturales, sino sobre la valoración de los recursos humanos” (nº 33).

5.3. Libertad y trascendencia de la persona humana

Frente a la ideología neoliberal el Papa afirma que “la libertad económica es solamente un elemento de la libertad humana” (nº 39); y frente a la ideología marxista sostiene que esta libertad sólo se ve salvaguardada por “la obediencia a la verdad sobre Dios y sobre el hombre” (nº 41), cuya vertiente trascendente impide que éste último caiga en reduccionismos ideológicos (nº 44). Así, por una parte, “la libertad económica es solamente un elemento de la libertad humana” (nº 39); pero en contrapartida, “si no existe una verdad trascendente, con cuya obediencia el hombre conquista su plena identidad, tampoco existe ningún principio seguro que garantice relaciones justas entre los hombres” (nº 44).

Por eso el Estado debe garantizar, a la vez que un pleno reconocimiento de la dignidad de la persona humana, un marco institucional seguro y confiable; que beneficie a quien trabaja, evitando a la vez “la proliferación de fuentes impropias de enriquecimiento y de beneficios fáciles” (nº 48). Esta última observación sigue siendo válida especialmente para los países que hoy detentan un menor grado de desarrollo.

5.4. Nuevamente, “el hombre, camino de la Iglesia”

Hacia el final de la Encíclica (VI), el Papa vuelve a repetir -como en *RH*- que “el hombre es el camino de la Iglesia”; y que la “única finalidad [de ésta es] la atención y la responsabilidad hacia el hombre” (nº 53). En función de este servicio de la Iglesia de promover al hombre en la plenitud de su verdad trascendente está la doctrina social por ella esgrimida; la cual constituye un “instrumento de evangelización” que busca la promoción integral del hombre.

Así, “la doctrina social, especialmente hoy día, mira al hombre, inserido en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna” (nº 54). Sin embargo, lo hace desde la convicción de que “solamente la fe le revela plenamente su identidad verdadera” (*ib.*). Por esto mismo, el Papa concluye constatando que “el mundo actual es cada vez más consciente de que la solución de los graves problemas nacionales e internacionales no es sólo cuestión de producción económica o de organización jurídica o social, sino que requiere precisos valores ético-religiosos” (nº 60).

6. Conclusión

Si bien nos hemos detenido de un modo particular en los documentos *LE*, *SRS* y *CA*, los cuales hemos recorrido de un modo sucinto en sus núcleos fundamentales; y si bien en ellos hemos percibido cómo ante los problemas sociales de: a) la deshumanización, precarización o escasez del empleo; b) la polarización creciente en el desarrollo desparejo de nuestro mundo; y c) el influjo de modelos economicistas que conllevan visiones antropológicas restringidas; el Papa propone: a) una mayor creatividad y solidaridad por parte de los Estados, de los organismos internacionales, y sobre todo de los mismos interesados; y b) una apertura a la verdad trascendente del hombre; no obstante todo esto, no podemos olvidar que la “cuestión social” impregna, de algún modo, el conjunto del magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II; ya que éste parte de la convicción de que el hombre concreto, histórico y real es el camino

de la Iglesia. Por lo tanto, el hombre situado en su dinámica social y abierto a la verdad profunda de su ser y de su vida, tal como sale de las manos de su Creador.

Procurando realizar ahora una apreciación final de conjunto, podemos decir que seguramente a causa de su propia experiencia personal, el Papa, sin negar una necesaria actitud crítica frente al “capitalismo salvaje” (acentuada, por ejemplo, en *Ecclesia in America*²⁵, en el marco de un continente en el que los efectos de la globalización económica se hicieron sentir de un modo particular), pareció subrayar de un modo más firme y condenatorio las evidentes restricciones del modelo comunista. Este fue como el “fantasma” que su mismo ministerio petrino contribuyó en gran parte a desestabilizar y hacer caer²⁶.

En contrapartida, después de 1991 no ha habido ningún otro documento magisterial por él promulgado que aborde explícitamente el tema de la cuestión social (a no ser el *Compendium de la Doctrina Social de la Iglesia* [2004], pero que asume características de manual, y emana de la *Comisión Justicia y Paz*). Esto constituye aparentemente una pequeña deuda del último Papa, ya que el mundo ha sufrido una transformación vertiginosa a partir de los 90’, al multiplicarse el volumen de información, comercio y movimientos financieros globales en el marco de políticas neoliberales prácticamente “sin controles ni contrapesos”; y cuyas consecuencias en el plano social se han hecho sentir sobre todo en los países más pobres y en la clase media mundial, a la vez que han sido una de los principales ingredientes en la actual perturbación de la paz y seguridad de nuestro mundo.

Tal vez esta pequeña deuda, que no opaca los méritos anteriormente elencados respecto al aporte de Juan Pablo II a la cuestión social, quede como una asignatura pendiente para el nuevo Pontificado de Benedicto XVI, que seguramente tendrá que ofrecernos en breve una reflexión actualizada sobre “las cosas nuevas” de hoy.

²⁵ Por ejemplo, EA 20 y 56; pero también en CA 35 y 42..

²⁶ Cf *Texto del “Rogito”, acta que recuerda la vida y la obra del Papa Juan Pablo II*, L’Osservatore Romano (edición española), 25/04/05, 7.

Función terapéutica del asistente espiritual

*Pbro. José María Vallarino
Hospital de Agudos E.Tornú.
Arquidiócesis de Buenos Aires*

La tarea pastoral con los enfermos pone en juego todas las funciones salvíficas y evangelizadoras de la Iglesia, "sin saberes desde arriba" sino "desde abajo". La Iglesia ejerce así su función profética de testimonio de un Dios que *"siendo rico se hizo pobre por nosotros a fin de que nos enriquezcamos con su pobreza"* (2 Cor 8, 9).

El mundo del dolor convoca al mundo del amor, que debe ser tanto amor *"al"* enfermo que sufre, que le hace bien, como amor *"del"* enfermo que sufre, que nos hace bien. En ambos casos el amor nos redime y redime al mismo sufrimiento, como Jesús en la Cruz.

Hablando de la misericordia, Paul Claudel dirá: *"No es un don difuso de algo que se tiene de sobra, es una pasión"*. En este sentido, se puede decir que, el corazón de Dios está devastado por la pasión de la misericordia.

Por eso la miseria y los sufrimientos del hombre ejercen sobre el corazón de Dios un atractivo que lo empujan a encarnarse en Jesús para revelarnos su rostro más misterioso: el de su Misericordia. El misterio de la misericordia es el de la herida del corazón de Dios ante el dolor del hombre.

ACOMPañAR: actitud pastoral básica de la IGLESIA

Cuando se habla de acompañamiento pastoral se trata de una relación personal. Nuestro objeto no es *"hacer algo nosotros"*, sino *"relacionamos con alguien"* y, si acepta, acompañarlo.

Nuestra presencia cristiana al lado de la persona enferma y de su familia, tiene como misión ser transparentes de la presencia que Cristo ha prometido: *"No teman ... Yo estaré con ustedes todos los días"* (Mt 28, 20).

Cristo quiere, por medio de nosotros, ofrecerle y manifestarle su presencia. Una presencia que, como nos lo muestra el Evangelio, es, acogedora del otro tal cual es. Este *"tal como es"* significa muchas cosas: estado de salud, contexto familiar, historia personal y, por supuesto, la situación de su fe.

Como Cristo se unió a los discípulos de Emaús y caminó a su paso, al paso de su desilusión, para encaminarlos progresivamente a la fe en la Resurrección, así el acompañamiento requiere humildad y disponibilidad. El texto de Emaús sirve para graficar nuestro acompañamiento pastoral: (Lc 24, 13-35) *"El mismo Jesús se acercó e iba con ellos"* (Lc 24, 15).

Es un largo proceso que no siempre llega a la plenitud en el enfermo. No le toca a él acompañar nuestro lenguaje teológico o nuestra vida espiritual. Nos corresponde a nosotros juntarnos a él allí donde está (sea donde sea; una devoción profunda a San Cayetano, o una creencia vaga en un Dios creador) y, andando a su paso, al ritmo que le es posible, caminar con él hacia el reconocimiento y la aceptación de Jesús Resucitado.

A veces el agravamiento de la enfermedad o la muerte vienen a interrumpir el camino en curso; algunos nos dirán que deberíamos haber ido más rápido.

Existe la tentación de una cierta precipitación sacramental, pero ésta puede encubrir el miedo al compromiso en la fe. Esta precipitación no se encuentra en la acción de Cristo.

El respeto que debemos al enfermo debe ser profundo. Se trata de aceptarlo a él. Nuestra aceptación tiene como misión reflejar la aceptación que Dios le ofrece.

Este respeto profundo es el que nos hará capaces de percibir los llamados que nos haga el enfermo, a menudo en forma indirecta. Para percibir estas llamadas, frecuentes y dirigidas casi siempre de improviso, necesitamos escuchar mucho más que hablar.

Este mismo respeto que nos hace escuchar nos pide que hablemos, que nos revelemos como somos, profundamente, que revelemos, sobre todo, al que nos envía, al Señor.

Esconder sistemáticamente en el bolsillo nuestra fe en Cristo sería un falso respeto; sería ofrecer al otro una persona que no somos y por lo tanto, le haríamos trampa a él, a nosotros mismos y al Señor.

Por lo demás, muchas veces, sin que se exprese formalmente; se percibe en el enfermo, y una espera intensa de que alguien se atreva a hablar en el plano de la fe; hablar y, sobre todo, rezar con una oración que aborde el acontecimiento que se está viviendo.

Se necesita mucha humildad para poder acercarse con pobreza a acompañar al misterio del hombre doliente. No se puede ir con recetas o fórmulas pre-elaboradas. Ante la intimidad sagrada del enfermo hay que descalzarse. Descalzarse de nuestra ciencia, saber, prejuicios, palabras, como Moisés ante la zarza ardiente (Ex 3, 5). Sólo así podremos escuchar qué nos quiere decir la persona enferma desde su ser más profundo. Hay que aprender a estar y amar.

El saber ponerse en el lugar del otro, el intentar comprender lo que está padeciendo para que la ayuda que se brinda sea útil, es un arte. ¡Que importante es estar disponible y saber callar! "Comprometerse con las manos". ¡Cuánto se agradece a una amiga que en vez de venir al hospital "para enterarse de la última noticia" se lleva a los chicos a jugar o prepara una comida al enfermo o a su familia para la noche.

Un extraño, puede prestar mucha ayuda escuchando las confidencias de los distintos miembros de la familia, sus deseos y preocupaciones tiene a la enfermedad. Voy a poner un ejemplo que se me repitió varias veces, con variantes, en mi experiencia como capellán de hospital. Un hombre muy grave me dijo: "*Sé que me queda muy poco tiempo de vida, pero no quiero decírselo a mi mujer porque sé que no podría aceptarlo*". Ese mismo día la mujer en un pasillo me dijo casi las mismas palabras: "*Le queda poco tiempo, pero es mejor que no lo sepa porque no sé cómo reaccionaría si lo supiera.*" Los dos lo sabían y ninguno tenía la fuerza para compartirlo. Lo único que hice fue animarlos a decírselo el uno al otro. Una vez compartido fue como una liberación. Comenzaron a hablar como una catarata compartiendo sus temores, sus angustias y comenzaron a tomar decisiones prácticas que cada uno solo no podía tomar. La mayoría de los sacerdotes en nuestra vida pastoral somos testigos de muchas experiencias de este tipo, muchas veces hacemos de catalizadores.

"Vemos por todos los medios para favorecer el entendimiento entre el enfermo y los suyos. No tomemos apresuradamente posición y evitemos todo juicio. Las situaciones son a veces muy complejas. Si acaso los parientes parecen carecer de comprensión, sobre todo porque ven que el enfermo obstaculiza su vida de familia, también puede ocurrir que el enfermo, agriado y replegado sobre sí mismo, se vuelva más y más exigente, hasta el punto de que los suyos se encuentren física y psicológicamente agotados, y la vida de la familia se ve gravemente perturbada. Entonces nuestras visitas, que inicialmente se centraban en el enfermo, pueden ser igualmente esperadas y deseadas por su familia".²⁷

Hay que saber valorar la importancia de las pequeñas cosas. Gestos y actitudes de delicadeza. No se necesitan muchas palabras ante el enfermo. Muchas veces los familiares o

²⁷ BUREAU DE PASTORAL DE ENFERMOS DE BRUSELAS, "La comunidad cristiana y los enfermos", Marova, Madrid, 256-257.

las visitas no saben ponerse en el lugar del enfermo: los ruidos a los que una persona sana no presta ninguna atención o cierto tipo de conversaciones pueden irritar o hacer sufrir al enfermo.

Un enfermo advierte enseguida, porque tiene la sensibilidad muy despierta, quién se acerca, a él sólo para cosas necesarias, para aparentar, por “cortesía social”, como deber o simplemente para estar un rato con él, para estar a su disposición y escucharlo.

“La respuesta que di a una enfermera al final del día en que recibí muchas visitas, puede ilustrar esto: Muchas visitas hoy..., me dijo. Sí, pero pocos encuentros”²⁸.

Hay estadios en una larga enfermedad, sobre todo en las fases terminales, en que la familia sufre más que el propio enfermo. Si el enfermo tiene necesidad de acompañamiento, lo mismo le ocurre a la familia. El poder hablar abiertamente de los problemas y dificultades causadas por la enfermedad, aligerará el sufrimiento. Hay que saber crear el ámbito para que la familia pueda hablar, dar rienda suelta a su impotencia y vuelque su rebeldía.

El agente pastoral normalmente se convierte para la familia en la persona ideal a la que lanzar los interrogantes que surgen en las largas horas de sufrimiento. Una escucha atenta, el ofrecer comprensión sin intentar nunca ni defender a Dios ni convertir esos momentos de angustia en ocasiones para predicar sobre el valor del sufrimiento, pueden ser de gran ayuda para la familia.

Para las personas que sufren, los argumentos teológicos y pastorales sólo tienen un alcance muy relativo frente al impacto emocional del sufrimiento y de la angustia. Ante la sensación de desamparo, y de un sentimiento real de pérdida, hay una gran necesidad de paternidad-maternidad; de ser amparado, cobijado, de sentirse cuidado y protegido.

El agente pastoral intentará dar “hogar” con sus actitudes. Dar amparo, iluminar la situación con prudencia. Fortalecer, nunca imponer. Respetar. Dar testimonio con su presencia de que Dios es Padre y abraza. No intentar que se “comprenda” intelectualmente la situación. Lo importante es no negar los sentimientos que son manifestados.

Según mi experiencia, lo más difícil es “contener” el dolor de la familia en los últimos momentos y, sobre todo, después de la muerte del familiar. Es mucho más difícil que acompañar al moribundo. Es fuerte la tentación de refugiarse tras el rol, tras la máscara; decir alguna frase hecha, hacer algún gesto sacramental, y... salir corriendo, porque todos huimos del dolor.

Lo voy a graficar con una anécdota: estaba en la capilla del hospital un domingo a la tarde antes de la Misa acompañando a un grupito de jóvenes en la oración, antes que ellos comenzaran la experiencia de visitar enfermos en una sala de tuberculosis. De repente, entran a la capilla tres personas que me abrazan, literalmente “se me cuelgan”, y comienzan a llorar desesperadamente. Eran la mamá, el papá y la hermana de Gustavo, un muchacho de 22 años que acababa de morir, a quien yo había preparado para tomar su primera comunión y que la había recibido el domingo anterior, domingo de Pascua. Yo, totalmente impotente, ni siquiera podía abrazar, “maniatado” por los brazos que me aprisionaban. Empecé a llorar con ellos. Así estuvimos hasta que se calmaron. Mi sentimiento era querer irme del hospital. Me quedé porque tenía que celebrar la Misa del Domingo y con conciencia que lo que Jesús quería de mí en ese momento es que celebrara ahí el Misterio de la Pascua, que Su Presencia sacramental era lo más importante. Una presencia así, pobre, vulnerable, sin palabras, me parece que es el signo sacramental de la presencia de Jesús junto al doliente. Sólo así la Vida de Jesús da respuesta a la muerte. “Estando”, y amando.

²⁸ J. F. RIBEIRO, “Dolor y Gracia”, San Pablo, Buenos Aires, 1994, 34-35.

LOS AGENTES DE LA PASTORAL DE LA SALUD

Los agentes de pastoral de la salud, que hoy constituyen un verdadero ministerio eclesial-laical, ejercido por mujeres y hombres, adultos y jóvenes cada vez más preparados, realizan una verdadera pastoral misionera. La presencia de este ministerio laical tiene una fundamentación eclesiológica y no tanto psicológica o por ausencia de clero.

Estamos acostumbrados a identificar "presencia de la Iglesia" con la presencia de sacerdotes o religiosos/as; todavía hoy nos asombra escuchar a profesionales católicos de salud afirmando: "*Aquí no hay presencia de la Iglesia*"; como si ellos no fueran la Iglesia... La Iglesia, en la pastoral de la salud, son los profesionales, los voluntarios y agentes de pastoral laicos, junto con la jerarquía. La presencia laical es una magnífica expresión del sacerdocio común de Jesús.

El profesional católico de la salud debe ser no sólo una buena persona, experta en su materia; también debe ser un profeta. Ha de mostrar su identidad haciendo *pastoral explícita*, dando aliento y esperanza en nombre de Jesús.

El enfermo mismo se constituye también en agente pastoral; no sólo es destinatario o receptor de nuestros cuidados y atenciones, es "miembro activo" de la evangelización. Cuántas veces después de visitar a un enfermo que transita la fase final de su vida, salimos enriquecidos, humanizados, evangelizados. Hemos de escuchar la voz y el silencio de quien sufre y procurar que se integre como miembro activo de la comunidad cristiana para, de este modo, ejercer su propio apostolado: "*evangelizar desde su experiencia de sufrimiento*".

Hay que "*considerar al enfermo no simplemente como término de amor y de servicio de la Iglesia, sino más bien como sujeto 'activo' y 'responsable' de la obra de la evangelización y salvación*" (ChL 54). El enfermo es *paciente*, pero no *pasivo*.

En este difícil acompañar, como ya dijimos, nos adentramos en el misterio del dolor del otro, tierra sagrada, en donde no hay "peritos" ni títulos. La persona doliente es un misterio único al cual uno se acerca con mucha ternura pero con pudor y humildad.

El enfermo se confía a uno porque tiene confianza en él. Muchas veces, y no hay que sorprenderse, puede ser la persona que limpia la habitación o una enfermera. De esto se sigue que toda persona, llamada a estar al lado de un moribundo, debe estar disponible y preparada para ser interpelada. La persona elegida tendrá la ventaja de la confianza. No esperemos a no tener miedo; eso no existe. No esperemos tampoco a estar perfectamente formados y a ser perfectos creyentes; tampoco existe eso. Es preciso atreverse: Aterverse a tomar la mano que se nos tiende, atreverse a devolver la mirada que se fija intensamente en nosotros, con confianza; atreverse a proclamar nuestra fe en Cristo, aunque sea débil. La fe se fortalece compartiéndola (1 Jn 4, 17-19).

Vamos a ir viendo las actitudes evangélicas más importantes que los agentes de pastoral deben tener frente al enfermo, siguiendo el ejemplo de Cristo en el Evangelio. Que Él sea nuestro espejo y nuestro ideal.

1 - Presencia

Si uno toma los Evangelios, lo primero que observa, según la cantidad de páginas dedicadas a ello, es que la prioridad pastoral de Jesús, su opción primera, es estar junto a los enfermos y al dolor en todas sus formas.²⁹

²⁹ Cfr. C. M. MARTINI, "*El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal*", En "*Espiritualidad sacerdotal*", EDICE, Madrid, 1989, 175-191.

Frente al hombre que sufre, Jesús dice muy pocas palabras. Jesús no vino a explicar el dolor, no dio una clase de filosofía sobre el sufrimiento, sino que vino a asumirlo, vino a cargarlo sobre sí.

"El hombre contemporáneo se pregunta el porqué del sufrimiento y de la muerte. Cristo nos ha enseñado cómo sufrir y cómo morir. "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (Lc. 23, 26). Mientras el hombre intenta alcanzar una comprensión, Cristo no nos ha dejado una filosofía especulativa".³⁰

Ante el misterio del hombre que se debate en medio de grandes dolores físicos, o a veces más terrible, anímicos o existenciales, no podemos ir con argumentos teóricos o frases hechas.

Cuando un hombre que está padeciendo mucho nos hace la gran pregunta sobre el "por qué": '¿Por qué tengo que sufrir tanto?', '¿Por qué tengo que morir tan joven?', la mejor respuesta es la falta de respuesta. Es asumir nuestra pobreza. Nuestra respuesta es la presencia silenciosa, cálida, compasiva.

Como me decía hace muchos años, en el Hospital Durand, un religioso. Camilo, el Padre Martín Puerto, quien fue el que me introdujo en este mundo de la pastoral de la salud:

"El mejor sacramento ante un enfermo que sufre mucho es el sacramento del gesto, de la ternura. Poner la mano sobre el hombro o acariciar el cabello vale más que el mejor argumento teológico, que suena a hueco ante el misterio del hombre doliente, ante el que hay que descalzarse (Ex. 3,5). No caigas en la tentación de los curas que cuando no saben que decir hablan mucho"

El Padre Martín me decía que ante el enfermo en el hospital había que ser como Dios.

"De todas las definiciones que hay de Dios en la Biblia hay dos que ilustran nuestro modo de presencia:

** La primera se encuentra en el libro del Éxodo. Cuando Dios se le manifiesta a Moisés en el desierto, en la zarza que ardía sin consumirse y lo envía a presentarse al Faraón para sacar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto.*

"Moisés dijo a Dios: Si me presento ante los israelitas y les digo que el Dios de sus padres me envió a ellos, me preguntarán cuál es su nombre. Y entonces, ¿qué les responderé? Dios dijo a Moisés: "Yo soy el que soy" (en otras traducciones se dice: "Yo soy el que está") (Ex. 3, 13-14)

** La segunda gran definición de Dios en la Biblia está en la primera carta de Juan. Cuando el autor de la carta habla con el corazón de su experiencia personal con Jesús, en un arrebato dice: "Dios es amor" (1Jn 4,8;4,16).*

Ante el enfermo que sufre hay que ser como Dios: estar y amar. En la sinceridad de su relación con la persona que está muriendo, el agente de pastoral, que en este momento está representando a la Iglesia, es el signo que apunta y remite implícita o explícitamente a un horizonte y a un contenido de fe y esperanza. Será su función fundamental ser mensajero de vida y resurrección. Con sus actitudes más que con sus palabras. El paso a la esperanza cristiana es ciertamente obra de la gracia, pero está condicionado

³⁰ T. O'CONNOR, "El hombre contemporáneo ante la muerte", en AA VV, "Morir con dignidad", Marova. Madrid, 1976, 32.

no sólo por la fe del paciente sino también por la calidad de la presencia del agente de pastoral".³¹

Un elevado porcentaje de personas viven la enfermedad y se enfrentan a la muerte sin asistencia pastoral o con una asistencia mínima, mucho más baja de lo deseable.

El hecho no puede desmerecer la atención y la preocupación de la Iglesia, porque Jesús le confirió una misión explícita: *"curen a sus enfermos y díganles: El Reino de Dios está cerca de ustedes"* (Lc 10, 9). *"Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente"* (Mt 10, 8).

La experiencia muestra que nuestra presencia, como sacerdotes, es cada vez más requerida para visitar a los enfermos y estar junto a los moribundos.

"A menudo, los sacerdotes y los religiosos, no son conscientes del valor simbólico inherente a su identidad. Es cierto que algunos se hallan tan imbuidos de la identidad simbólica que la utilizan para cubrir una carencia de madurez humana y religiosa... Una anciana le decía al capellán: "Padre" vuelva usted; su visita me hace más bien que la del médico. Usted me recuerda que Dios está conmigo en la enfermedad".³²

Toda la historia de la salvación presenta a un Dios inclinado sobre su pueblo, sobre el hombre concreto. Dios siempre toma la iniciativa, se hace presente al hombre, lo visita, se inclina sobre él, escucha su dolor y se hace compañero de su caminar.³³

Las visitas de Dios tienen su máxima expresión en la Encarnación. En Jesús, Dios *"ha visitado y redimido a su pueblo"* (Lc 1, 68).

El primer gesto de Jesús en su vida pública fue hacer suyo el texto de Isaías (61, 1-2), Y con él anunciar que es el enviado de Dios para hacer presente Su salvación-sanación. (Lc 4, 18) Esta iniciativa está motivada por la gratuidad del amor.

Ahora ¡Cuántas veces se puede ser una presencia negativa! Cuando se entra a la habitación del enfermo terminal, rápidamente se realiza el gesto sacramental, o una bendición, y uno se retira *"porque tengo tantos enfermos que ver!"*... o *"tantas cosas que hacer!"*... y se deja al enfermo peor que antes; más solo, más angustiado por no haber podido sacar afuera sus miedos, sus preguntas; se lo reafirma en que no es persona, sino alguien que puede ser manipulado en el hospital.³⁴

Jesús se hizo presente a los discípulos de Emaús y se les fue revelando gradualmente (Lc 24, 13). Lo mismo hizo con la Samaritana, tras un diálogo inicial cargado de generalidades, evasiones y defensas (In 4, 1-41).

Es preciso respetar los ritmos del otro y empezar la visita privilegiando el encuentro humano, en la certeza de que Cristo está ya presente, aunque no se le reconozca todavía...

Jesús va más allá de la curiosidad de Zaqueo para captar su actitud de apertura y de disponibilidad; y le propone un encuentro más personal y más radical: *"Hoy tengo que alojarme en tu casa"* (Lc 19, 5).

"La compañía espiritual consiste en adentrarse en las profundidades del otro, allí donde se encuentran sus valores, sus convicciones y su fe, con el fin de encontrar en él la presencia de Dios...."

³¹ Cfr. D. MANSO, *"El capellán y los moribundos"*, en AA VV, *"Morir con dignidad"*, Marova, Madrid, 1976, 238.

³² A. PANGRAZZI, *"Creatividad pastoral al servicio del enfermo"*, Sal Terrae, Santander, 1988, 29.

³³ Cfr. Dt 1, 31; Ex 3,7-9; Gen 18, 1-15

³⁴ Cfr C. GUARISE, *"La visita pastoral"*, En AA.VV, *"El mosaico de la misericordia"*, Sal Terrae, Santander, 1990, 11.

*Pertenece al secreto de este mundo que el paciente vive, a menudo inconscientemente, su experiencia particular de Dios; una experiencia que el agente de pastoral puede ayudar a iluminar y descubrir. El camino para llegar a ese mundo es, con frecuencia, largo... "*³⁵

El hombre de hoy se siente muy solo, aún rodeado de personas, en la gran ciudad. El enfermo hospitalizado se siente aún más solo, rodeado de un mundo extraño y que se le presenta hostil, reducida la visita de sus seres queridos a un horario limitado, se experimenta maniatado con sus miedos, con su angustia y sus preguntas. ¡Qué importante es hacerse presente al lado de la cama de un enfermo así: "Vivir el Evangelio significa amar a los pobres de manera privilegiada; estar con ellos". (Card. Pironio).

"Presencia que se define como 'estar con' el enfermo, estar de su parte; como Jesús que se puso de parte de la mujer sorprendida en adulterio: 'Mujer, ¿nadie te ha condenado? Tampoco yo te condeno' (Jn. 8, 10-11).

*Es la presencia que significa 'darse a sí mismo' y no dar cosas y, menos, activismo. Ejemplo eminente el de María al pie de la cruz: de pie, serena, silenciosa, contemplativa (Jn. 19,25)".*³⁶

Esta imagen es tan honda y tan profunda. La cama representa tantas veces la cruz, donde se extienden y se retuercen tantos Cristos dolientes... Estar presente junto a esta cruz, contemplando y orando, fuertes como María; imagen de la Iglesia servidora.

*"La presencia pastoral dice más de contemplación que de acción; más de silencio que de conversación; se manifiesta más en la escucha que en la palabra, más en el aprendizaje que en la enseñanza. La vive aquel que se coloca a sí mismo en disponibilidad para ser evangelizado más que para evangelizar".*³⁷

No se puede huir del enfermo. Para ayudado, es preciso estar presente. Estar con él, estar de su parte. En todo el Antiguo Testamento, Dios es el que se hace presente en medio de su pueblo, en toda circunstancia: amándolo, bendiciéndolo y protegiéndolo. Jesús es el Emanuel de Dios, "Dios con nosotros" (Mt 1,23). Él es la presencia visible del Dios invisible (Col 1, 15).

Para poder convertirse en presencia para otros, es necesario ponerse, cada mañana, en la presencia del Otro. Poner delante de Su Presencia los rostros de quienes me voy a encontrar. Es muy lindo lo que dice el Padre Martín en su artículo; él le pide al Señor la gracia de tocar Sus heridas Resucitadas, como Tomás, en los enfermos con quienes se va a encontrar.

*"En medio del silencio y en la paz de esos momentos, pido el consuelo y la fuerza de esa Presencia que esta siempre con nosotros".*³⁸

2 - Humildad - pobreza

Volvemos a repetir que estamos situados ante un misterio, no ante un problema. Por eso dar una respuesta al hombre que muere, iluminar su dolor desde el evangelio, no significa resolver con palabras fáciles algo que en realidad no pertenece a las cosas "que se entienden",

³⁵ C. GUARISE. Ib. 15.

³⁶ M. PUERTO, "La presencia", en AA.VV, "El mosaico de la misericordia", Santander, Sal Terrae, 1990, 47.

³⁷ M. PUERTO, Ib.

³⁸ cfr. M. PUERTO, Ib. 55-56.

sino a las cosas "que se experimentan". No hay frases que resuelvan mágicamente el misterio. El misterio no es develado por Jesús. La muerte sigue siendo muerte, después de la Pascua, tiene un sentido pero "no se explica." "*Tan incomprensible como Dios mismo*" como dice Rahner.

*"El Dios al que Job se dirige en busca de una respuesta pone de manifiesto la imposibilidad de que la criatura alcance, en su contingencia, una explicación al dolor (Job 38, 1; 42, 6). Lo único que desde la fe cristiana sabemos es que Dios no da ninguna respuesta explicativa, sino una respuesta solidaria: la cruz de Jesucristo. Desde la perspectiva cristiana, la pregunta por el origen, la etiología del sufrimiento, pasa a un segundo plano frente a la solidaridad con los que sufren."*³⁹

El agente de pastoral ante el moribundo debe sentir una pobreza radical que nace de la falta de respuesta.

*"La enfermedad - y la muerte que aquella anuncia - son el signo, el recuerdo realista, el memorial de una pobreza fundamental en la que se insertan las otras pobreza."*⁴⁰

La Iglesia tras los pasos de Cristo debe vivir esta pobreza ante el hombre muriente. A partir del espíritu de las bienaventuranzas, empezando por la primera, clave para comprender las demás (Mt 5, 3; Lc 6, 28), el cristiano es invitado a vivir en un espíritu de pobreza, concebida como expresión de desapego y de confiada dependencia de Dios.

El agente pastoral que se acerca al enfermo terminal tiene que confrontarse con su propia pobreza. *Pobreza entendida como conciencia de las propias limitaciones.* El ministerio pastoral está esencialmente fundado en la aceptación consciente de la propia pobreza, más que en la pretensión de la propia autosuficiencia y seguridad.⁴¹ Esto alivia el complejo de aquellos que tienden a asumir el "*papel de salvadores*" ante el dolor y los problemas humanos, y promueve la conciencia de servicio como presencia y espera.

3 - Disponibilidad – Servicio

La Iglesia sólo será creíble si continúa en la historia la "diaconía" de Cristo. Si es sacramento hoy de Jesús Siervo; signo visible y eficaz de Aquel que dijo a los discípulos en la última cena: "*Yo estoy entre ustedes como el que sirve*" (Lc 22, 27). Si sigue siendo servidora del hombre, en especial del hombre menos querido, menos amado, del desahuciado, de "*aquel ante quien se oculta el rostro*" (Is 53, 3) porque "*no tiene apariencia ni hermosura*" (Is 53, 2).

En el lavatorio de los pies (Jn 13, 1-17), Jesús realiza el gesto profético. Gesto que da la clave de toda su vida y de su muerte próxima. Gesto revelador de lo que es Dios. Gesto de esclavo. Gesto que manifiesta que Jesús, siendo Hijo de Dios, toma entre nosotros los hombres la forma de siervo, poniéndose a entera disposición de los hombres, entregándose totalmente en sus manos, hasta el extremo.

Jesús se pone a nuestra entera disposición, se pone en nuestras manos, para ser Dios entre nosotros, Dios con nosotros y Dios por nosotros. Jesús con este gesto revela a un Dios que está al servicio del hombre, a un Dios que se hace esclavo por amor a nosotros. En la revelación de Jesús que se pone al servicio de la humanidad dando su vida, se manifiesta lo

³⁹ D. MIETH, "*¿Futuro con SIDA? Un desafío*", en "*Concilium*", 218 (1988), 159.

⁴⁰ J.M.R.TILLARD, "*En el mundo, sin ser del Mundo*", Sal Terrae, Santander, 1982, 127; citado por J.C.BERMEJO, "*SIDA, vida en el camino*". Paulinas, Madrid, 1990, 164.

⁴¹ Cfr. A. PANGRAZZI, Ib. 54-60.

que somos nosotros mismos, creados por Dios y amados por Dios; destinados a realizarnos - a ser nosotros mismos - en la disponibilidad total para con los demás.

Toda la acción cristiana nace de un misterio contemplativo: ella tiene su origen en la disponibilidad radical de Jesús a nuestro servicio, de la que nace nuestra disponibilidad radical para con los demás.⁴² En cuanto nos sabemos amados por Dios, nos hacemos capaces de ponernos, respecto a los demás, en actitud alegre, sencilla, disponible para el servicio.

El poder de Cristo se manifiesta en el servicio. El poder de la Iglesia está en el servicio. Una Iglesia que no se pone al servicio de los hombres, se arremanga y lava los pies a los hombres, curando sus, heridas, no es la Iglesia de Cristo.

En este punto también se podría hablar de la disponibilidad total de la Virgen María, modelo de la pastoral de la Iglesia. Totalmente vacía de sí, para hacer lo que Dios quiere de ella. María no le dijo al ángel Gabriel: "está bien, lo haré". Dijo en pasivo: "hágase" (fiat) "haz en mí lo que tu quieras" (Lc 1, 38).

4 – Escucha

Es muy difícil escuchar al enfermo en 'el hospital' A él mismo le resulta difícil encontrar espacios para comunicar su interioridad. Los médicos están muy poco tiempo. Lo ven; ven como evoluciona la enfermedad; le preguntan sobre sus síntomas físicos; recetan lo que tienen que recetar y se van. Las enfermeras, que están bastante tiempo en contacto con el enfermo, tienen tantos pacientes, tanto ir y venir; casi siempre hay alguno grave que requiera mucha atención; tampoco pueden. Los familiares, muchas veces, están tan afectados, tan dolidos por la enfermedad de su pariente, tienen también tantos interrogantes y temores, que hablan de trivialidades y no le dan al enfermo espacio para que pueda manifestar su mundo interior.

Llega entonces la gente de la parroquia, con ruido y buena voluntad; buenas mujeres, chicas simpáticas que, a veces incluso, tocan la guitarra. Las señoras van de cama en cama repartiendo estampas o rosarios o medallas o folletos, dando buenos consejos, preguntando si hace mucho que no se confiesan, o si han recibido la unción. Están un buen rato, dan algún reto amistoso y se van. Muy satisfechos. Dejando papelitos para el capellán de "varias confesiones y otras tantas unciones y comuniones".

El enfermo se queda en su sala con un rosario al cuello, una estampa de la Virgen en la mano y un folleto de cómo se reza el Rosario en la mesa de luz, medio perplejo y con la misma angustia de antes. No se lo va a decir a nadie, pero lo que él quería, en lo más profundo de su corazón, es que alguien se acercara a él, lo "*reconociera*" como persona que está sufriendo mucho, se sentara a su lado y lo escuchara. Escuchara su historia, su miedo, su bronca. En verdad, en ese momento, a él no le interesan las estampas ni las medallas. Necesita hablar, o, por lo menos, sentirse comprendido por alguien.

La actitud de escucha se coloca entre la bondad y el arte. Saber escuchar significa no sólo escuchar las palabras del otro, sino su lenguaje no verbal: el modo como está en la cama, su gesto exterior, su mesa de luz. Es saber ponerse en el lugar del otro para valorar su mundo interior, viéndolo desde su perspectiva. Escuchar al otro es respetado como persona.

Un detalle muy importante es que, para escuchar, se necesita tiempo; en especial con los moribundos. En el hospital, con los voluntarios siempre decimos que uno sabe cuando entra al hospital, pero no sabe cuando sale. Es necesario saber escuchar con toda la persona. No basta "*ponerle el oído*" al enfermo mientras mi mente está en "*mis mil preocupaciones*".

"Se escucha con la mirada, sabiendo copiar expresiones, reacciones y preocupaciones. Se escucha con el "toque" humano, aprendiendo a descubrir

⁴² Cfr. C. M. MARTINI, "El Evangelio de San Juan", Paulinas, Bogotá. 1986, 187-193.

dónde hay necesidad de afecto y de calor. Se escucha con el oído; discernir, por el tono de voz, la intensidad de los sentimientos y el significado de los mensajes y del lenguaje usado".⁴³

"El sentirse escuchado... alivia la soledad, confirma el valor de los propios sentimientos, promueve la introspección y la autocomprensión".⁴⁴

En el hospital, mi acción pastoral más frecuente y eficaz, es la de escuchar: "*Gracias, Padre, no sabe lo bien que me ha hecho, me siento mucho mejor*"; lo único que había hecho era escuchar, y no había pronunciado una sola palabra.

"Ciertamente el enfermo tiene necesidad de escucha. Con todo, existe la tendencia a encerrarlo en el papel de necesitado... En realidad el enfermo tiene una contribución vital que ofrecer, especialmente para el que sabe leer su lenguaje y recibir su mensaje:

- Él es el testimonio de la condición humana y de la necesidad que el hombre tiene de Dios. Su contribución es la de revelarnos nuestra naturaleza.

- Su historia sugiere que la reducción de los estímulos externos puede propiciar el despertar interior.

- Es una invitación a atesorar los aspectos simples de la vida sin gastarse en la carrera hacia las cosas materiales.

El enfermo se convierte en portavoz de una nueva sabiduría que exhorta a 'humanizar' las relaciones y el tiempo...

- 'Paciente' es quien practica la paciencia, obligado a esperar el resultado de los análisis, la llegada del médico, el resultado de una terapia, el amanecer de un nuevo día después de una noche interminable, el regreso a casa... o la muerte".⁴⁵

5 – Silencio y contacto físico

Hace falta estar en silencio ante el dolor del otro. Las cosas realmente importantes del hombre se realizan en silencio: se piensa en silencio, se sueña en silencio, se espera en silencio, se ama en silencio, se lucha en silencio, se muere en silencio. El silencio es maestro de sabiduría. Las realidades más valiosas de la vida son inefables, no pueden describirse con palabras; sólo pueden compartirse en silencio.

"El silencio habla con su voz, con sus mil voces... hay silencios cargados de esperanza y silencios cargados de vacío... El silencio tiene su lenguaje propio, una variadísima gama de mensajes. En el silencio es donde Dios habla al corazón del hombre. Aquí, el silencio se convierte en una morada habitada por la escucha".⁴⁶

Este aspecto más significativo de la vida de Jesús fue resaltado en nuestro siglo por Carlos de Foucauld. Jesús, que era la Palabra de Dios hecha carne, estuvo callado prácticamente toda su vida, consagrando a la palabra sus últimos tres años. En Él habitaba el silencio. Lo eligió como compañero antes de comenzar su ministerio, retirándose al desierto durante cuarenta días. (Mt 4, 1-11) Repetidas veces buscó hacer silencio durante su vida pública para encontrarse con su Padre en intimidad y lograr así una unión más profunda con

⁴³ A.PANGRAZZI, Ib, 33.

⁴⁴ R. O'DONNELL. "La escucha", en AA.VV. "El mosaico de la misericordia " Sal Terrae, Santander. 1990, 35.

⁴⁵ A.PANGRAZZI, Ib., 35.

⁴⁶ A. ROVER. "El silencio", en AA.VV. "El mosaico de la misericordia", Sal Terrae, Santander, 65-66, 69.

los hombres. (Mc 1, 34-39) En sus encuentros más significativos Jesús hace silencio, como en el episodio de la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8, 1-11). A medida que se va acercando a su pasión Jesús se va callando. En Getsemaní, ante el Sanedrín, ante Pilatos, la Palabra se va transformando en Silencio (Mc 14, 60-61). Finalmente en la Cruz se convierte, muriendo, en silencio salvador.

Las conversaciones humanas están hechas de palabras, pero también de silencios. Hay momentos en la vida, especialmente ante un gran dolor, en los que el silencio se convierte en el signo más profundo de respeto, en el gesto más humano y cristiano de presencia. Pensemos en el tormento de un padre cuyo hijo se ha suicidado; en el dolor hondo, lacerante, hasta físico, de una familia que ve como se consume y se apaga rápidamente un ser querido.

A veces, el silencio del enfermo es manifestación de miedo o de angustia, otras veces de bronca y resentimiento, otros de depresión; a veces el silencio se debe a que el enfermo está sufriendo mucho físicamente, está muy dolorido; esto muchas veces es olvidado. Es importante estar atento para que las intervenciones propias no vengan dictadas por el malestar que se experimenta ante el silencio y para que las preguntas que se hacen no sean una manera de satisfacer inconscientemente necesidades y exigencias propias...

Unido al silencio está el costado físico. Uno puede "hablar" mucho y muy profundamente, con las manos, los labios (besando) y la mirada.

"Es importante descubrir el poder terapéutico de este recurso que Dios nos ha dado, confiando al mensaje de las manos la voz del corazón".⁴⁷

Recorriendo las páginas del Evangelio, vemos que Jesús hace con frecuencia uso del contacto físico como medio de curación. La curación de la suegra de Pedro (Mt 8, 14-15) y, sobre todo, la resurrección de la hija de Jairo. *"La tomó de la mano y le dijo: talitá kum..."* (Mc 5, 41) Y en medio de este pasaje, la hemorroisa que lo toca a Él y que queda curada (Mc 5, 28-30). En los relatos de curación de leprosos, que eran enfermos considerados "impuros", Jesús los toca para curarlos (Mt 8, 2-4; Lc 5,12-14).

Esto es muy importante en la relación pastoral con enfermos terminales con SIDA porque, aún hoy, hay un gran prejuicio a tocarlos por miedo al contagio. Esta actitud de prevención a tocar, además de manifestar una gran ignorancia sobre las vías de contagio de esta enfermedad, muestra como en esta pastoral, como en toda pastoral, uno tiene que tomar como modelo el Evangelio, siguiendo los pasos de Jesús. Los enfermos con SIDA son tremendamente sensibles y susceptibles a esto y prueban a quien los visita. Siempre que hablo sobre el SIDA, después que hablo de las vías de contagio, me gusta insistir y repetir que estrechar la mano o apretarla no contagia, acariciar no contagia, besar no contagia, sonreír no contagia, amar no contagia. Hay que demostrarles, con nuestros gestos y actitudes, que uno en verdad, está con ellos: dándoles de comer, poniéndoles o sacando la chata, limpiándoles la boca, etc.

"En efecto, el encuentro con enfermos de SIDA permite descubrir la necesidad de ser tocados, de tocar y el poder de este gesto... Es la mejor palabra que se puede pronunciar. Significa "estoy aquí", "siento contigo"; "te quiero"... El contacto confirma en la lucha contra el sufrimiento, anima, manifiesta la solidaridad, ahuyenta el sentimiento de marginación producido por el abandono de muchas personas. Renata Lesca dice, a propósito de la caricia: 'La caricia (que es una expresión del amor adulto) como lenguaje táctil, debe respetar las leyes de la coherencia y de la sinceridad... '. Muchas

⁴⁷ T. STEINERT, "El contacto físico", en AA.VV, "El mosaico de la misericordia", Sal Terrae, Santander, 1990, 57.

actitudes y reacciones afectivas de las personas encuentran su raíz en este diálogo silencioso".⁴⁸

Muchos estudios dicen que los sentidos siguen funcionando, aún en la inconsciencia, más de lo que nosotros imaginamos, y que los enfermos terminales son un verdadero radar ante los estímulos táctiles.

La Iglesia en su práctica sacramental tiene muy en cuenta esta necesidad que tiene el hombre del contacto físico. En el sacramento de la Unción de los Enfermos, antes de ungir con el óleo de los enfermos, el ritual dice que el ministro ponga su mano sobre la cabeza del enfermo, implorando que la fuerza del Espíritu Santo descienda sobre este hombre que sufre. Muchos enfermos experimentan en este gesto la mano protectora y sanante de Dios Padre.

6 – Sonrisa

Qué importante es que en una sala de enfermos terminales el agente de pastoral sea alguien que esté presente, muchas veces de modo silencioso, pero siempre con una sonrisa cálida. Es difícil expresar por escrito el poder de una sonrisa en un hospital. La sonrisa puede cambiar un ambiente depresivo, puede aliviar una situación dolorosa, puede infundir ánimo, dar esperanza, distender un ceño fruncido.

Junto a poner la mano en un hombro y apretarlo con afecto, la sonrisa ayuda a volver a empezar, a volver a levantar los brazos después que el desánimo los hizo caer. Nos hace decir: "*Este nuevo día es una nueva oportunidad que Dios me da para vivir lo mejor que pueda*". Llevar la sonrisa en el rostro significa transmitir la alegría del corazón. Estoy convencido que una de mis principales tareas en el hospital es transmitir con mi sonrisa que los hombres somos amados por Dios... en medio de la enfermedad y de la muerte.

También para la Madre Teresa de Calcuta la sonrisa tiene una dimensión sacramental.

"Hace algún tiempo, varios profesores de los Estados Unidos vinieron a Calcuta, y después de hablar un rato me pidieron: 'Díganos algo que nos ayude a crecer en santidad', y yo les dije: 'Sonríanse los unos a los otros; hagan un poco de tiempo para dedicarse los unos a los otros'. Uno de ellos me preguntó: '¿Está usted casada?' Yo le dije: 'Sí. Y a veces se me hace muy difícil sonreír a Jesús, porque es muy exigente conmigo'... Sonreír a alguien que está triste, visitar, aunque sólo sea por unos minutos, a alguien que está solo... éstos y otros pueden ser detalles mínimos, pero son suficientes, para dar expresión concreta a los pobres de nuestro amor a Dios".⁴⁹

"Es cierto que a veces, ante la enfermedad no es fácil sonreír. Sin embargo, tampoco se puede renunciar a la sonrisa... Significaría no ofrecer hospitalidad a la esperanza... De hecho la sonrisa es un arte que requiere libertad más que disciplina, sencillez más que cálculo".⁵⁰

La capacidad de sonreír guarda estrecha relación con la capacidad de captar el lado risueño y alegre de la vida y las distintas situaciones graciosas o alegres que pasan todos los días en el hospital.

7 - Empatía – compasión

⁴⁸ J. C. BERMEJO, "SIDA, vida en el camino", Paulinas, Madrid, 1990, 129.

⁴⁹ MADRE TERESA DE CALCUTA, "*La alegría de darse a los demás*", Paulinas, Madrid, 1981, 20.

⁵⁰ A. PANGRAZZI, *Ib.*, 47.

La empatía consiste en aprender a ponerse en el lugar del otro. En nuestro caso concreto, en el lugar del hombre que esta padeciendo una enfermedad incurable. Es dejarse conmover por el dolor, sentir con el hombre que sufre.

Bruno Giordani, hablando de la empatía, dice:

"Con la expresión 'comprensión empática' se quiere expresar un modo concreto de comprender a una persona, que puede ser puesto en práctica sólo por quien tiene la capacidad de ponerse en el lugar del otro, de ver el mundo como lo ve él" (K. Rogers)⁵¹

Esta actitud empática requiere liberarse de una cierta mentalidad, la del 'directivismo', que significa dirigir al otro en vez de acompañarlo. El reto es centrarse en 'la persona. Lo primero es comprender los sentimientos que afligen a la persona; acogerla. Hay que evitar centrarse de inmediato en el problema. Puede caer en el dogmatismo quien se engarza en una discusión con otro sin tener en cuenta sus sentimientos.

A la dificultad de acoger lo vivido por el enfermo se añade la tendencia a querer resolver los problemas de forma inmediata. Es muy difícil pasar de la escucha atenta a la fase de intentar ayudar al paciente en el discernimiento. Muchas veces el problema, la dificultad, es vivida más a nivel emotivo que a nivel intelectual; la persona sabe lo que tiene que hacer, pero se siente presionado por tironeo afectivos. Es muy apropiado en esta fase el uso de la confrontación. Consiste en poner al interlocutor frente a posibles incongruencias y contradicciones de su obrar, considerado a la luz de los valores que él mismo proclama y de la Palabra de Dios.

Como siempre el ejemplo de Jesús nos ilumina. Mientras que, frente a la dureza de corazón de los fariseos y sumos sacerdotes, se comporta con extrema vehemencia (Mt 23), se vuelve casi tímido a la hora de recordar los valores morales en los diálogos o encuentros con los pecadores (Jn 8, 3-11; Jn 4; Mt 21, 31). ¡Extraño modo de ejercer el profetismo y la corrección fraternal. Modo excelente, sin embargo, porque no encierra a la persona en la estrechez del legalismo, sino que la abre a un nuevo futuro.

Para un hombre lleno de compasión, nada le resulta ajeno: ni el gozo, ni la pena, ninguna forma de vida o de muerte. Ve que todo rostro humano es el rostro de un prójimo auténtico. La compasión da al hombre la posibilidad de perdonar a su hermano, porque el perdón es solamente real cuando lo otorga el que ha descubierto la debilidad de sus amigos y los pecados de su enemigo en su propio corazón. "Nos es preciso mirar el pecado y el mal como Dios lo ve. Allí donde nosotros vemos una falta a castigar o a condenar, Dios ve primeramente una miseria a socorrer."⁵²

Últimamente he descubierto que Jesús, muchas veces antes de curar, se conmueve ante el dolor del otro. Es muy claro esto en el texto de la curación de un leproso al comienzo del Evangelio de Marcos 1, 40-42: "*Jesús, conmovido, extendió la mano y lo tocó diciendo: 'Lo quiero'...*" (cf. Lc 7, 11-15; Jn 11, 33-38).

Este leproso es el signo de cada uno de nosotros y de toda la humanidad sucia, herida, rota, que se pone delante de Jesús para ser limpiada. Creo en este Dios. Dios es un Dios capaz de "conmoverse", de emocionarse ante nuestras heridas, ante nuestras miserias.

Mi experiencia me ha mostrado que hay dos explicaciones espirituales de la palabra "compasión". La primera, la más común, la de "*padecer con*" el que sufre, estar a su lado, se refiere más a las obras de amor y de misericordia. Es el "*compadecerse con las manos*" de Martín Descalzo. La emoción, el sentimiento, la conmoción interior, la conversión que lleva a la acción.

⁵¹ Cfr. R. GIORDANI, "*Encuentro de ayuda espiritual*", Atenas, Madrid, 1985, 171-195.

⁵² E. LECLERC, "*Sabiduría de un pobre*", Morova, Madrid, 1987, J 62.

Pero también está la "compasión" que es "*compartir*", el "*phatos*", la "*pasión de amor*" que tiene nuestro Dios por su creatura. Pasión sobre todo por el humilde, el pequeño y el pobre. "*Compartir*", participar del amor misericordioso de Dios que se encarna en el corazón de Jesús. "*Con-pasión*"; amar con pasión hasta dar la vida como el Buen Pastor (Jn 10, 11).

Por eso todas estas actitudes espirituales del que acompaña a los enfermos terminales se resumen en la caridad pastoral. "*Que sea tarea de amor apacentar al rebaño del Señor*". (San Agustín) (Cfr. PO 14).

La persona, cuando es escuchada, comprendida y ayudada a clarificar todo cuanto vive, se siente invitada a la acción, a entrar en la fase operativa. En el caso del enfermo, puede ser aceptar un penoso estado de soledad, una separación necesaria, una reconciliación con alguien después de mucho tiempo, una vuelta a la fe abandonada, o, incluso, la aceptación de la muerte.

Evitando tomar las decisiones en lugar de la persona interesada, el agente de pastoral ayuda a su interlocutor a descubrir sus propios valores, a vivir con confianza. La confianza es generada por la compasión. La confianza es como un acto de reposo; si yo confío en otro, me pongo en sus manos, me entrego; la confianza es una entrega. Pero nadie se entrega a otro si no lo ama; y nadie ama a otro profundamente si no confía mucho en él. Quien tiene alguien en quien confiar, reposa de sus angustias y sus miedos. Quien no tiene a nadie para confiar, no tiene reposo, es siempre atormentado por sus pequeños o grandes miedos y angustias.

Durante una enfermedad prolongada el enfermo logra valorar dimensiones de sí mismo que descubre como positivas. Casi todos los enfermos terminales de SIDA llegan, en un momento determinado de su enfermedad, a poner en práctica, muchas veces por primera vez, ideas concretas como la confianza, la amistad, la solidaridad. Se han dado reconciliaciones entre padres e hijos después de mucho tiempo, en los últimos estadios de la enfermedad, poco antes de morir, por iniciativa de los hijos moribundos.

Una tarde entré en una sala, y un muchacho, muy mal, me llamó. Me tomó de las manos y, señalando a un hombre enorme que estaba sentado a su lado, llorando me dijo: "*Es mi papá. Por primera vez le pude decir que lo quería*". Fue su última frase antes de entrar en la inconciencia final. Este fue el último acto de un largo proceso que habíamos iniciado juntos mucho tiempo antes.

CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS A LOS ENFERMOS

El agente de pastoral, al ofrecer los sacramentos, ha de respetar los niveles de fe cristiana de los enfermos y las etapas de su caminar en la fe para actuar gradualmente con discreción y pudor, evitando todo tipo de celo intempestivo o coacción, opuestos a la dignidad de la persona humana y a la libertad religiosa.⁵³ A veces el enfermo, en su deseo de curación, se aferra al gesto sacramental como a algo mágico, no como un encuentro con la persona viva de Jesús. Los sacramentos, signos que atestiguan el amor de Dios al enfermo, no deben ser ritos aislados sino gestos situados en el corazón de una presencia fraternal. Esta presencia fraternal del agente de pastoral, tiene un valor casi sacramental desde la perspectiva de una Iglesia, sacramento de salvación para el mundo.⁵⁴

Volviendo nuevamente a las enseñanzas del padre Martín Puerto, él me decía que un gesto hecho al enfermo con ternura y delicadeza en el amor, puede ser signo, para él, de que Dios está a su lado y lo ama. Me decía, ampliando analógicamente esta noción de sacramento: "*Si un enfermo te pide que le pongas la chata y vos lo hacés con amor, buscando su bien para*

⁵³ COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA, ib. N° 70.

⁵⁴ COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA, ib. N° 69b.

aliviar su dolor, esa chata puede convertirse para el enfermo en sacramento del amor de Dios para con él. La chata se convierte en sacramento. El sacramento de la chata".

Muchas veces se reclama la presencia del sacerdote en el hospital, pero no para administrar un sacramento; sino para ser signo de la presencia de Dios junto al misterio de la persona que agoniza. La tentación más común del agente de pastoral ante el moribundo es querer propiciarle todos los medios disponibles de salvación, perdiendo el sentido crítico que cabe en ello. Se trata de ayudar al otro a morir su propia muerte en sintonía con sus convicciones profundas; el agente de pastoral jamás intentará inculcarle su propia fe, sino servirle de apoyo para que vivencie la suya; este es el momento menos oportuno para "*conquistar almas*" mediante el proselitismo. En la hora de la muerte, como a lo largo de la vida, el respeto a la conciencia del otro es esencial.

En la administración de los sacramentos debe aparecer más claramente la gratuidad del amor de Dios en Cristo y la exigencia de una respuesta personal y libre del hombre a este amor. Por lo tanto, la primera tarea del agente de pastoral en el hospital no consiste en hacer aceptar los sacramentos, sino en suscitar la fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, que hace presente al enfermo el amor y la salvación de Dios en este momento de su existencia, y que posee un dinamismo propio que impulsa hacia la consumación sacramental.

Es el enfermo quien ha de solicitar o aceptar el sacramento con plena fe y celebrarlo en las mejores condiciones, conciente y activamente. Él mismo, según su nivel de fe, su estado de salud y sus fuerzas, es quien ha de marcar el ritmo de la celebración y, en lo posible, de las lecturas, oraciones, etc.

El agente de pastoral es quien debe discernir pastoralmente las motivaciones de los enfermos y de sus familiares al pedir, no pedir o rechazar un sacramento. Ha de discernir, también, sus propias motivaciones al ofrecerlo.⁵⁵ Así, la tarea pastoral más importante es la de hacer visible con nuestra presencia la compasión de Jesús sobre este dolor concreto de la persona moribunda.

Nosotros nos hacemos sacramentos, es decir, signos visibles y eficaces de la gracia, de la Misericordia, de la ternura, de la "*conmoción*" de Dios, ante el dolor y el gemido de su creatura, que es Su hijo: "*Yo he visto la opresión de mi Pueblo que está en Egipto, y he escuchado el gemido de dolor provocado por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos*"(Ex 3,7). Nuestro modo de presencia se hace sacramento cuando suscita la fe y la confianza en Dios que se hace cercano, que se inclina como un Padre para abrazar y consolar. Debemos transparentar con nuestra actitud el Consuelo, la Ternura y la Bondad de Jesús, un Dios que acompaña y, porque se "*conmueve*", salva.

LA ORACIÓN

Voy a tratar de ofrecer algunos puntos de orientación pastoral relativos a la oración con los enfermos.

En primer lugar quiero decir que la oración pertenece al ejercicio del sacerdocio común del enfermo bautizado (LG 10). La ofrenda de su vida en el sufrimiento, el dolor, la esperanza y la muerte son un sacrificio espiritual agradable a Dios en Jesucristo (Rm 12, 1-2; 1 Pe 2, 5). En donde el enfermo entrega su vida como ofrenda participando del sacerdocio de Cristo muerto y resucitado por amor (cfr. LG 34).

Aún el que personalmente no profesa fe religiosa alguna, no puede desconocer la validez del sentimiento religioso, que adora de manera especial en los momentos límites de la existencia, como son el sufrimiento y la cercanía de la muerte. La oración, a nivel

⁵⁵ COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA. ib. N° 72.

simplemente psicológico, constituye una forma de superación del estado de ansiedad y es una llamada a las realidades trascendentes.

A nivel teológico, como dice San Agustín: "La oración es la respiración del alma." Así como la respiración es necesaria para vivir, así también la oración es necesaria para la vida de un creyente. Esta comparación se hace dramática cuando uno atiende a tantos enfermos con graves dificultades respiratorias, que tienen que vivir unidos al tubo de oxígeno.

El agente pastoral debe tener presente la validez psicológica y teológica de la oración, como expresión de un encuentro con Dios que el enfermo a menudo espera y agradece. Sería un grave error defraudar esta expectativa. Por el contrario, y a pesar del clima secularizado, es muy útil tomar la iniciativa de proponer la oración. La propuesta de oración debe ser consecuencia de cómo el agente de pastoral se sitúa ante el enfermo, como signo sacramental del amor de Dios por medio de su disponibilidad y sensibilidad, nacidas de su propio espíritu de fe.

La oración manifiesta la fe; ayuda al enfermo a reencontrar en Dios el sentido y el valor de la vida; es una forma de reconocer la presencia de la gracia que acude en auxilio del enfermo. La oración también es una manera de evangelización: es más fácil encontrar a Dios orando que discutiendo sobre Él.

MODOS DE ORACIÓN CON LOS ENFERMOS

Ante todo hay que tener en cuenta que la propuesta de orar no puede hacerse sistemáticamente a todos. Sería ingenuo entrar en una habitación de uno o varios enfermos y recitar una oración en el primer encuentro. Es preciso, ante todo, buscar una relación de cercanía, de simpatía, que permita a los interesados manifestarse de algún modo. En general, cuanto más sufre el enfermo, más agradece el que se lo invite a invocar a Dios.

Habitualmente, en la etapa de angustia que precede a la muerte, que puede prolongarse en el tiempo, los enfermos piden dos cosas:

- * lo primero, que les enseñemos a rezar, porque no saben o no se acuerdan;
- * lo segundo, recibir la Confesión sacramental.

Ante lo primero, hay mostrarles que ellos ya saben rezar; que la oración no es algo complicado sino muy sencillo. Puede ser un grito del corazón a Dios o una simple mirada a una estampa hecha con fe y devoción. Después, ayudarles a recordar oraciones vocales que forman parte del rosario: Padrenuestro, Ave María y Gloria. Son muchos los que piden aprender a rezar el rosario. Impresiona y emociona cuántos moribundos toman el rosario como soporte de sus últimas horas y lo rezan y lo rezan... hasta el final. Cuántas veces el rosario es la oración de la vigilia de los familiares en la cabecera de la cama del moribundo, que se prolonga a veces horas, a veces días.

Los que estamos sanos y con nuestras fuerzas físicas intactas, no nos damos cuenta de la fuerza de esperanza que tienen las últimas palabras del Ave María cuando se espera la muerte: *"...ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén"*.

Cuando el enfermo está muy angustiado, y sobre todo, cuando le cuesta respirar y me pide: *"Padre, ayúdeme a rezar"*, *"Enseñeme a rezar"*. Le digo que repita despacio, pero una y otra vez, una adaptación de la oración de Jesús: *"Señor Jesús; te necesito, dame tu paz"*. He percibido muchas veces cómo el Espíritu Santo viene sobre el enfermo y trae la paz; no siempre es así.

Muchas oraciones contienen peticiones o súplicas de ayuda, de una curación, de un milagro, de auxilio ¿Qué sucede si parece que las oraciones no son escuchadas? ¿si la enfermedad o los síntomas no ceden?

Dios no es un mago. Pero a Dios le podemos decir todo: nuestros afanes, nuestros temores y nuestras alegrías. Exactamente como un niño, quien por lo general acude donde sus

padres cuando tiene una herida o un dolor, el creyente debe poder ir a Dios. Un niño sabe que el padre no puede borrar el raspón sobre la rodilla que se hizo al caerse, pero, el ir donde el padre y decir que le duele, al buscar al padre, el niño recibe consuelo. El acto de buscar consuelo hace la relación más profunda.⁵⁶

Acerca de lo segundo he constatado que mucha gente muy alejada, incluso aquellos que en los primeros contactos se manifiestan agnósticos o incrédulos, en el momento de la angustia piden la confesión, manifestando su deseo de que sea "buena".

Ser sacerdote en un hospital con enfermos terminales es una experiencia extraordinaria, porque uno palpa la acción de la gracia en el drama del misterio del hombre. ¡Cuántos quedan en paz después de haber vaciado su alma! ¡Cuántos buscan ser liberados; bañados, purificados de grandes pesos, de odios y rencores hondos, de dolores profundos! ¡De cuántos tipos de llanto es capaz el mismo hombre!

El valor de la oración no depende de su resonancia emotiva. He rezado "bien", no porque he gozado espiritualmente la oración sino porque la oración tiene un efecto iluminador en mi vida. Uno es consciente de la oración después de haber rezado.

Otro modo de oración que es bien sacerdotal y es muy requerido por los enfermos es la bendición. Bendición acompañada con el gesto de imposición de manos sobre la cabeza, invocando la protección de Dios y del Espíritu Santo sobre la persona enferma, su familia, sus seres queridos, pidiendo sobre todo la salud del espíritu, la fortaleza y la confianza en Dios. Muchas veces termino la bendición trazando la señal de la Cruz sobre la frente del enfermo; gesto que el enfermo interpreta como de protección y amparo paternal-maternal de parte de Dios (cfr. CEC 1078)

CONCLUSIÓN

"Y Jesús le dijo: 'Ve y obra tú de la misma manera' "(Lc 10, 37) "Las entrañas de misericordia de nuestro Dios" se hacen palpables en la compasión del Samaritano... "el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos... 'no ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino? '..."(Lc 24, 15-32).

Estos dos textos evangélicos hacen de telón de fondo de toda esta disertación escrita para iluminar la actitud pastoral básica de la Iglesia con los enfermos que es "acercarse", hacerse próximo, y el acompañar.

En realidad, ser católico es hacerse próximo. Próximo nunca es el hombre necesitado, sufriente, sino uno mismo frente a él en la medida que uno se comporte como próximo, como cercano.

"Quién de los tres te parece que se portó (se volvió) como próximo? (vs 36) El que tuvo compasión..." Palabra muy fuerte, "se compadeció", esta palabra está en el centro de la parábola del samaritano.

En la Biblia se usa para indicar el interior del hombre, el seno materno en la mujer y en el varón los riñones, sede de la procreación. En todos los casos que se encuentra esta palabra en los Evangelios expresa siempre la actitud interior del Señor ante el hombre sufriente, una misericordia que es ternura. Esta actitud de Jesús lo lleva siempre a la acción. El próximo es el que se hace próximo del que sufre. Lucas presenta la encarnación del Hijo de Dios como una manifestación sin precedentes de la misericordia divina.⁵⁷

Mientras que el doctor preguntaba por el objeto del amor: *"Qué tengo que hacer para ganar la vida eterna?"* (vs. 25) Jesús le pregunta sobre el sujeto del amor: *"Quién de estos*

⁵⁶ R. BUCKMAN, "¿Qué decir? ¿Cómo decirlo?", Centro Camiliano, Selare, Bogotá, 1993, 163-164.

⁵⁷ Cfr. S. BRIGLIA; "Misterio de la misericordia", El buen samaritano, en Teología 46 (1985), 137-187, y H. LONA, "La historia del Buen Samaritano. Observaciones sobre la ética de Jesús", en Proyecto 13 (1992), 307-322.

tres... ?" (vs. 36). El jurista quiere pensar el amor desde sí. Jesús le invita a que se coloque, en la "piel" del que necesita ayuda. Por eso se le repite que amar es hacer obras de amor: "Obras así y alcanzarás la vida" (vs. 28). Importa hacer (ortopraxis) y no sólo saber (ortodoxia). E importa saber 'hacer bien el bien'.⁵⁸

La actuación del samaritano se convirtió en símbolo viviente del Padre de la misericordia: "*Buen samaritano es todo hombre que se para junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que éste sea. Buen samaritano es todo hombre que se conmueve ante la desgracia del prójimo*" (SD 28).

San Camilo aconseja: "*Que nadie pretenda llegar a Dios por un camino distinto al de la caridad*" y "*una caridad con ternura*".

⁵⁸ M. BAUTISTA, "*Jesús: sano, saludable y sanador*", San Pablo, Buenos Aires, 1995, 86-87.

TESTIMONIO PASTORAL PENITENCIARIA

Pbro. Gabriel Carrón
Arquidiócesis de Santa Fe

Hace treinta años cuando llegue a Santa Fe Monseñor Vicente Zazpe me pidió ocuparme de la evangelización de los jóvenes de los barrios marginados. Por eso me envió a Buenos Aires para aprender de los sacerdotes que trabajaban en los medios más pobres, (barrios – villas – asentamientos). Acompañaba a este grupo el P. Tello. Era una evangelización con retiros espirituales, noches de oración en los mismos barrios, procesiones... Monseñor Zazpe siempre nos visitaba en los retiros espirituales o noches de oración. Hasta hicimos con 22 jóvenes de los barrios marginados de Santa Fe una peregrinación de Itatí a Lujan. Se camino durante 42 días.

Poco tiempo después me pidió trabajar también en las prisiones de la diócesis. Allí di los mismos tipos de retiros que a los muchachos de los barrios. Los presos acudían con mucho interés a realizar estos tres días de encuentro con Dios, con los demás y con ellos mismos, guiados por la Palabra del Señor

Los jóvenes de estos mismos barrios estaban allí encerrados porque no habían aceptado esta exclusión y se habían sublevado de manera violenta contra su situación inhumana.

A partir del año 1984, me he ocupado casi exclusivamente de la Pastoral de las cárceles al nivel de Santa Fe y del país.

Un poco más tarde abrí una casa para los niños en situación de riesgo en la ciudad y otra en la periferia que puse en posesión de la diócesis algunos años más tarde.

El anuncio del Evangelio en las cárceles fue una experiencia muy enriquecedora. En los encuentros con los hermanos privados de libertad tuve inmensas satisfacciones humanas y espirituales. Mi vida como sacerdote cambió. Allí encontré hombres y mujeres que tenían sed de la Palabra de Dios y un gran deseo de cambiar de vida. Organicé con religiosas y laicos, la Pastoral de las cárceles de Santa Fe. Hoy la Pastoral Penitenciaria cuenta con 80 laicos aproximadamente, que visitan cada semana, alrededor de 3000 hermanos y hermanas privadas de libertad, repartidos en 20 edificios de detención.

Llevé esta experiencia a las diferentes diócesis de Argentina. En la Conferencia Episcopal Argentina, fui nombrado secretario ejecutivo de la Pastoral Penitenciaria Argentina. Durante muchos años, recorrí el país para formar en cada diócesis, una comunidad responsable de la evangelización de esa porción de la Iglesia que son los más excluidos.

Llevar adelante esta tarea no ha sido siempre fácil, debido a la insensibilidad e ignorancia de diversos miembros de la Iglesia. He conducido esta pastoral a nivel nacional hasta el 2005.

La Pastoral Penitenciaria está organizada, posee una buena mística y continúa organizándose. Un excelente equipo de sacerdotes, religiosas, de laicos y laicas muy competentes la dirige.

Fui nombrado, en representación de la Comisión Internacional de la Pastoral Penitenciaria, delegado durante seis años para la América Latina. En los países donde no existía esta pastoral, hice casi lo mismo que en Argentina. Recorrí el continente en varias oportunidades.

Tengo la convicción y hice muchas veces la experiencia que Dios bendice a la Iglesia y a uno mismo cuando sus hijos mas pobres están atendidos.

“Vengan los benditos de mi Padre a tomar posesión del Reino” “Estuve preso y me visitaste”. Este Reino se hace presente ya. Lo pueden testimoniar los agentes de la Pastoral Penitenciaria. Vuelven de la visita a las hermanas y hermanos privados de libertad reconfortados, con paz hasta con una profunda alegría. Eso porque en esa visita se hace presente el Reino, se hace presente el mismo Señor Jesús.

P. Gabriel Carrón

"Cárceles Inadmisibles"

Este texto del Secretariado Nacional de la Pastoral Penitenciaria Argentina es un testimonio concreto del cómo la palabra de los agentes de pastoral en esta área intenta ser un aporte y un reclamo para mejorar las condiciones de vida de los encarcelados y el sistema penitenciario.

"El encarcelado tiene derecho a ser considerado una persona. Lejos de permanecer abstracta, esa consideración debe animar la política y el derecho, las instituciones sociales de prevención y las reglas carceleras, la intervención en las cárceles de los organismos de la sociedad civil. Desgraciadamente, en el mundo se verifican situaciones de encarcelamiento y modalidades de detención, incluso previas al juicio, que no incluyen aún la tutela más elemental de los derechos de la persona"⁵⁹.

Los años 2004 y 2005 nos ha golpeado con los graves hechos ocurridos en la Cárcel de Mendoza, que provocó la intervención de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; el grave motín del día 10 de febrero en la Cárcel de Córdoba con muertos tanto de encarcelados como de personal de seguridad; la muerte de 15 encarcelados los días 10, 11 y 12 de abril en la cárcel de Coronda, provincia de Santa Fe; los 350 muertos, casi uno por día, que contabilizó el Servicio Penitenciario bonaerense en el año 2004 y tantas otras situaciones de violencias a encarcelados, sus familiares y agentes de seguridad ocurridas en Argentina.

Estos hechos no son ajenos a la política carcelaria de los últimos años, implementada por los sucesivos gobiernos nacionales y provinciales en todo nuestro territorio nacional. Sus prácticas han llevado a la crisis y a la violencia dentro de penales y comisarías, que se cobrará aún una mayor cantidad de muertos y heridos si no se produce rápidamente una respuesta cristiana. Esas rutinas conducen al desentendimiento de la Sociedad que ve ya como normal y cotidiano las vejaciones y la pelea y muerte entre los encarcelados, pues impermeabiliza su sensibilidad hacia la dignidad humana y le imposibilita generar o reclamar un cambio a la clase dirigente. Sin embargo, no será a través de la violencia, de los juegos de poder o del oportunismo político, sino mediante la verdad sobre el hombre que la Sociedad encontrará el camino hacia un futuro de paz⁶⁰.

Como cristianos no podemos cruzarnos de brazos ni permanecer en silencio, ya que ello nos transformaría en cómplices por omisión de estas muertes y de las futuras que se producirán si no se modifican las causas profundas que motivan estas tragedias. Los cristianos católicos creemos en Dios, el Dios de Jesús y por ello, creemos también en la naturaleza divina del hombre, así como que somos co-creadores y parte del plan divino de salvación. Si no creemos en el hombre no somos de Jesús; porque Jesús, precisamente, se hizo hombre porque creyó en el hombre. La imagen de Dios está siempre presente en el Carcelado tal como lo define en el Evangelio de San Mateo capítulo 25 versículo 36 cuando nos dice que al visitar y preocuparnos por el encarcelado nos estamos preocupando por El. Jesús señala la humanidad que hay en cada encarcelado y que todos tenemos la misma capacidad de hacer el bien si se nos coloca en situación de hacer el bien⁶¹.

Como Pastoral Penitenciaria de la Iglesia Católica tenemos confianza en el hombre, porque creemos que Dios se hizo hombre, amó al hombre hasta hacerse un carcelado y morir

⁵⁹ Cardenal Renato Martino, presidente del Pontificio Consejo "Justicia y Paz", en el Seminario Internacional sobre los Derechos Humanos de los Prisioneros en Vaticano

⁶⁰ Puebla 551

⁶¹ Puebla 90

por él, y lo recreó por dentro en Jesucristo resucitado⁶². Tras esos pasos, en la Pastoral Penitenciaria bendecimos a quienes nos persiguen o nos dañan, nos alegramos con los que se alegran, lloramos con los que lloran y tenemos un mismo sentir para los libres y para los encarcelados⁶³. Creemos que en cada ser humano subsiste la imagen y semejanza divina., aunque esté ensombrecida y hasta escarnecida⁶⁴, y que ella es fundamento de su dignidad siempre vigente⁶⁵, que lo hace merecedor de nuestra dedicación en pos de su inserción en la Comunidad y su verdadero bien.

Siendo tan substancial, no es posible limitar la acción de la Pastoral Penitenciaria a las intervenciones de emergencia⁶⁶. Es necesaria la acción de la Iglesia toda para que los marginados de nuestra Carcelación no se constituyan permanentemente en ciudadanos de segunda clase, puesto que también en ellos anidan legítimas aspiraciones sociales y espirituales⁶⁷. Por más despreciables que los considere la Sociedad, tienen en sí una nobleza inviolable que la Iglesia debe respetar y la Pastoral Penitenciaria hacer respetar sin condiciones⁶⁸. La Evangelización, actividad esencial y misión propia de la Iglesia⁶⁹, no es completa si no tiene en cuenta la interpelación recíproca que se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre carcelado⁷⁰.

El tema de las cárceles es de causas profundas y requiere una continuidad y compromiso permanente de todos los miembros de la Iglesia⁷¹. Tenemos que construir lugares que sean como maternidades donde los que no han podido nacer, por las carencias que sufrieron desde la gestación, puedan por fin nacer a una vida nueva, de esperanza, de fe y de amor: a la Vida de Dios. Si entendemos la carcelación inevitable, hagamos lugares donde un preso pueda tener iniciativas constructivas y donde puedan ser útiles a su familia y a la sociedad que dañaron con su delito, si es que lo han cometido. Daños que han sido causados previamente por nuestra discriminación exclusión y ante lo que ellos se sienten impotentes y sin la posibilidad de poder repararlos.

La Convención Americana por los Derechos Humanos y la Convención Americana contra la Tortura, en armonía con nuestra Constitución Nacional, condenan la tortura o trato cruel, inhumano o degradante. Ni siquiera aceptan al dolor injusto aunque sea consecuencia de la aplicación de una medida legal. Ellas no autorizan las condiciones actuales de nuestras cárceles. El art. 18 de la Constitución Nacional Argentina exige cárceles sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los alojados en ellas, y dispone que toda medida que conduzca a mortificar a los encarcelados más allá de lo que la seguridad exija hará responsable al funcionario, político, juez, legislador o administrador, que la autorice. Sin embargo, nuestras cárceles no son sanas ni limpias ni seguras. Es público y notorio el hacinamiento y las condiciones insalubres en que viven los encarcelados en cárceles, comisarías, alcaldías y otros lugares de detención donde también se encuentran niños, adolescentes y mujeres. Respecto a la seguridad, es debida tanto a la Sociedad como a los encarcelados, que también tienen derecho a ella. Un solo vejamen, un solo contagio de enfermedad o adicción, una sola muerte violenta basta para violar la seguridad debida y para probar que nuestras cárceles son inconstitucionales, esto es, ilegales. La ley envía seres humanos a sitios fuera de la ley, pese a

⁶² Puebla 1141

⁶³ Cf Romanos 12, 14-15

⁶⁴ Puebla 1142

⁶⁵ Puebla 306

⁶⁶ Cf, Juan Pablo II, "El Secreto de la Paz Verdadera reside en el respeto por los Derechos Humanos (con motivo del 50º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos) n° 8

⁶⁷ Cf Documento de Puebla 1291

⁶⁸ Cf Documento de Puebla 317

⁶⁹ Puebla 4, Santo Domingo

⁷⁰ Cf Evangelii nuntiandi, 29

⁷¹ Puebla 1140.

que tan grave como estar ilegalmente encarcelado es estar encarcelado en situación ilegal⁷². Y esto es responsabilidad de todos.

Ninguna ofensa a la dignidad humana puede ser ignorada, cualquiera sea su origen, su modalidad o el lugar en que sucede⁷³. Es imprescindible trabajar intensamente por los derechos humanos y el respeto a la dignidad de las personas encarceladas, más allá que su situación responda al cumplimiento de condena por delito o a su proceso penal. Y como parte de ese construir, hacer y proponer, consideramos necesario informar las violaciones a la dignidad del hombre y denunciar el incumplimiento de la Constitución Nacional y los tratados internacionales ante quien corresponda, aunque ello nos acarree persecuciones y conflictos⁷⁴.

Además y en todo momento y circunstancia, queremos trabajar para transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, las líneas de pensamiento y las prácticas carcelarias que sustentan las Instituciones, que están en contraste con la Palabra de Dios y con su designio de salvación del Pueblo de la Carcelación⁷⁵.

Esta opción y compromiso solidario requiere de la conversión de todos⁷⁶ para consolidarse. Al desafío que nos impone la realidad queremos responder con la construcción de la Civilización del Amor que es hoy, más que nunca, una elección necesaria y, también, posible.

Pastoral Penitenciaria Argentina
Secretariado Nacional

Mons. Rafael Rey, Pbro. Javier Ladrón de Guevara, Hna. Carmen Latonda, Lic. Elvira Baigorria,
Dr. Alejandro Ramirez Llorens, Dr. Guillermo Marconi.

⁷² Documento de Asunción

⁷³ Juan Pablo II, El Secreto de la Paz Verdadera reside en el respeto de los Derechos Humanos, 2

⁷⁴ Puebla 1138 y 1139

⁷⁵ Cf.: Evangelio nuntiandi n° 29 in fine

⁷⁶ Puebla 1134

Alumbrar sin ser visto

*Pbro. Gustavo Montini
Diócesis de Rafaela*

Una experiencia agradecida

Agradezco a la gente de “Pastores” esta invitación a compartir esta experiencia en relación a mi tarea con jóvenes y por medio de ella, mi servicio al bien común de nuestra patria. Contarla significa pasarla por el tamiz del tiempo y de los hechos, y en el paso encontrar la mano de Dios, que siempre estuvo presente, no sólo indicando el camino, sino sosteniendo en dificultades, y llevando adelante algo que no era mío y del cual yo, era sólo un simple colaborar.

Historia de una experiencia

Desde joven forme parte de la pastoral de juventud de mi comunidad, un pequeña localidad de la provincia de Santa Fe, Humberto I°. En el seminario he colaborado en distintas tareas pastorales, la mayoría de la cuales en relación a jóvenes. Siendo ya sacerdote, he tenido una linda y rica experiencia trabajando con los jóvenes de las parroquias de María Juana y Clucellas. En 1998 el Obispo, Monseñor Héctor Romero me pide que sea responsable de la Pastoral de Juventud Diocesana. Responsabilidad en la que me confirmó en el año 2000, Monseñor Carlos Franzini al hacerse cargo de la diócesis. Posteriormente y junto con esto, los Obispos de la región pastoral del Litoral me solicitan el servicio de asesor de la región, durante 2002-2005. Finalmente en el 2004, y por circunstancias internas, Monseñor Jorge Lozano, responsable de la pastoral de juventud de Argentina, me encomienda el servicio de la asesoría nacional hasta finales del 2005.

Un aporte que “parece” no deslumbra

Pensar en el bien común, es pensar en un “trabajo de hormigas”, donde se hace necesario trabajar debajo de la tierra, convertirla en habitable y desde ahí almacenar recursos que, posteriormente, alimentará y será refugio para muchos. Ahora, el tiempo para que se haga visible todo esto, no es un tiempo breve, ni es un tiempo al que todos estamos dispuestos a brindar. Algunas veces podemos caer en la tentación de mostrar y por ello barnizar, haciendo supuestamente más atractiva y veloz nuestra tarea. A jóvenes y pastores esto, en oportunidades se nos hace verdaderamente difícil. Sentimos el peso de una indiferencia creciente y una situación social que en oportunidades es alarmante.

Mi experiencia tiene mucho que ver con esto, quizás mi origen de “campesino” me fue regalando esta intuición de que la planta, es el fruto de un oculto y largo proceso, la mayoría del cual forjado con sacrificio, pasado en la soledad del que trabaja la tierra, y en la oscuridad de un grano momentánea y necesariamente escondido, cuyo potencial futuro hasta el momento no tiene dimensiones.

En mi experiencia en relación con la pastoral de juventud, muchas son las cosas que puedo mencionar en este sentido, hemos intentado meter el “grano en tierra”, ahora su potencial futuro sólo Dios y cada uno será testigo⁷⁷. Pienso en el sincero interés de la Iglesia

⁷⁷ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega Mar Adentro*, n 80-82.

por los jóvenes, pienso en el tiempo dispensado a ellos, en la cantidad de creyentes que dedican esfuerzos, momentos... escuchando, alentando y orientando a éstos hermanos que necesitan de un andamiaje para caminar. Pienso en todo lo propuesto en relación a descubrirse y saberse “personas” llenas de potencialidades, a lo que significa el trabajo en común, el valorar al otro, a crecer junto con otros. Pienso en todo lo que valoramos la participación personal, el valor irrenunciable de cada aporte, como realidad con la que se construye una sociedad mejor. Pienso en lo que significa descubrir la riqueza de las personas, el intentar y hacernos capaces de “dar la vida” por su dignidad y felicidad. Pienso en la cantidad de emprendimientos, en el país, en la región y en la diócesis en relación a los más pobres, donde cantidad de jóvenes sostienen con su presencia emprendimientos, motivados sólo por la alegría de ver feliz al otro. Pienso en el valor de trabajar por los otros y no por el propio beneficio... pienso en el valor de una propuesta de vida austera, en la propuesta de defender la vida, en el respecto a lo diverso, etc., etc.

Todos éstos ejemplos y tantísimos más que no he mencionado, son pequeños grandes ensayos de una vida que tiene como objetivo fundamental, no engordar la Iglesia, sino y sobre todo construir una sociedad donde en nuestra patria, los creyentes tengamos como horizonte la colaboración y el sacrificio de todos para el bien común.

Nuestro aporte, ¿desde dónde?

Después de un tiempo en que quizás la pastoral de juventud, estuvo orientada “de puertas adentro”, quizás por circunstancias que escapan a esta experiencia y a este comentario, con alegría he visto cómo en los últimos años, empezó a despertarse un fenómeno de sensibilidad en el campo socio político. La motivación de tal realidad no fue sólo la insistencia de nuestros obispos⁷⁸, sino y sobre todo por una percepción que se hizo fuerte al ver figuras del quehacer ciudadano que no dejaban de repetirse. Como consecuencia de esto comenzó a darse un gran deseo de parte de los jóvenes de participar, de renovar, y de estar presente.

Estamos llamados a ser “sal y luz del mundo”⁷⁹, por ello es expresión de autenticidad cristiana nuestra participación e inserción en el mundo. Ahora junto con lo positivo de esta sensibilidad mencionada, es necesario recordar que nuestra participación es desde *nuestra identidad*... No es sólo un participar, sino, y por respeto a todos, hacerlo desde “quien soy”.

Nosotros, los creyentes tenemos la gracia, de que nuestra identidad, se nos es dada no en ideas ni en doctrinas, sino en una Persona... Su Persona descubre la nuestra, y Su Persona se convierte en referencia y medida obligatoria de nuestro ser y actuar. Ahora a Jesús nos identificamos y conformamos en un lento proceso, nutrido de encuentros, con Él y los otros. En esto es innegable el valor de la oración, de la Palabra y de los sacramentos, porque son ellos los hacen de nuestra participación un sacramento, portador de la Caridad de Dios capaz de convertir los corazones y con ello, transformar el mundo.

El trabajo con jóvenes es un trabajo de acción; las reuniones semanales, las planificaciones, los gestos solidarios, la catequesis, los eventos, los cursos, los campamentos de verano, las tareas en caritas, los distintos proyectos llevados adelante, etc., pero sobre todo, lo es de formación y de identificación. Es así como se forjan hombres y mujeres

⁷⁸ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega Mar Adentro*, n 95-97.

⁷⁹ Cfr. Mt 5, 13-16.

genuinamente capaces y maduros para construir el bien común⁸⁰. Sin esto, todo será “mucho ruido y pocas nueces”.

Nuestro mejor aporte

Teresa de Jesús, enterada de la seria crisis en que navegaba la Iglesia y el mundo de su tiempo, confiesa que viéndose tan frágil, su aporte a la sociedad, junto con el pequeño grupo de monjas del Carmelo de San José es “vivir con plenitud su vida contemplativa”⁸¹. Esta intuición de la Carmelita española es una lección de una mujer para los hombres y mujeres de todos los tiempos... en momentos difíciles, el mejor aporte que podemos hacer *es vivir en plenitud aquello que somos*, cuerpeando la tentación de hacer nosotros lo que tienen que hacer otros. Son muchas las tentaciones de la historia en este sentido, habría infinidad de ejemplos que harían evidente en hechos históricos, esta intuición teresiana. El mismo Juan Pablo II lo ha insistido, quizás con otras palabras, pero con el mismo significado de fondo; “no tengan miedo a ser santos”⁸². Siendo y haciendo aquello que somos, en el lugar donde Dios nos ha puesto.

Es en este sentido que con alegría he visto en el país, en relación a los jóvenes, un gran deseo de crecer, una gran sensibilidad de formación. En relación a la pastoral de juventud del país se hizo, y aún se continúa, un largo y trabajoso proceso de revisión de la propia acción pastoral; he visto la entusiasta participación en distintas instancias formativas; destaco la cantidad de proyectos de ayudas a espacios sociales desprotegidos; destaco la formación en DSI y en el campo socio-político; menciono la cantidad de jóvenes que desean y buscan una vida espiritual más auténtica y real, etc.

Nuestro aporte, nuestra cruz

La dificultad no deja de ser una verdadera y fecunda compañía. La dificultad es una realidad que se hace presente con diversos rostros; dificultad de escasos recursos; la dificultad de la escasez de personas; la dificultad de no llegar a tocar infinidad de jóvenes que no se identifican con nuestra propuesta; la dificultad de crecientes prejuicios en relación a la Iglesia. Pero sobre todo, la dificultad más dolorosa, es aquella que se gesta en el seno mismo de la Iglesia, manifestada en una cierta indiferencia, en ciertos prejuicios, en una cierta competencia, en un cierto individualismo religiosa incapaz de buscar juntos el bien de todos.

Nuestro aporte, fuente de alegría y plenitud

Es innegable que la palabra final de esta experiencia compartida, es aquella que saborea la alegría de un aporte, simple, sencillo, oculto pero real. La alegría de ser cristiano, de ser sacerdote y de ser argentino. La alegría de poner lo mío para hacer mejor a mi país. Un aporte que en realidad sólo quiere ser devolución; ciertamente lo que doy, es porque de otros, lo recibí. Un aporte, que junto a otros, como un dominó en caída, quiere generar una buena y bella movida.

⁸⁰ Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA, *Navega Mar Adentro*, n 74.

⁸¹ TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, Cap. 1, n 2.

⁸² Cfr. JUAN PABLO II, Mensaje a los jóvenes con ocasión de la XV Jornada Mundial de la Juventud año 2000, n 3

Cfr. JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, n 30-41.

Presentación del “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia”

Dr. Alejandro Bonet
Diócesis de Rafaela

En la diócesis de Rafaela fue presentado el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia a un grupo de intendentes de las ciudades más grandes y a otros políticos en general, que fueron invitados por su Obispo, Mons. Carlos Franzini. A modo de testimonio compartimos lo expuesto en aquel encuentro.

Introducción

Es un texto con características inéditas, ya que sintetiza, actualiza y propone al hombre contemporáneo, la experiencia vivida por un pueblo, la Iglesia Católica, a lo largo de veinte siglos, en relación directa con la vida del hombre real, concreto e histórico.

El hilo conductor para una interpretación adecuada de todo el Compendio es la unidad entre la Razón y la Fe. En todo su desarrollo se puede verificar como la Fe ayuda a comprender la realidad del hombre de una manera adecuada a la totalidad de los factores que se ponen en juego cuando el hombre vive su realidad cotidiana.

La clave de lectura está dada por la certeza de la cual parte la Fe de la Iglesia Católica: “Cristo revela el hombre al propio hombre”.

Vemos valorado este compendio en la primera encíclica de Benedicto XVI, punto 26 al 29, en especial en el punto 27, donde notamos que a partir del acento esencialmente antropológico de Juan Pablo II, desde una perspectiva Cristocéntrica (Punto 53 de Centesimus Annus), hay una continuidad y profundización, en una perspectiva más gnoseológica en Benedicto XVI (apuntando esencialmente a la unidad entre Razón y Fe).

1.- Estructura del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia.

Posee la introducción, tres partes que se dividen en doce capítulos y la conclusión.

En la introducción se marca el horizonte último de toda la Doctrina Social de la Iglesia Católica: “Al servicio de la Verdad plena del Hombre”.

La primera parte incluye los primeros cuatro capítulos: el designio de amor de Dios para la humanidad, misión de la Iglesia y doctrina social, la persona humana y sus derechos, y los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

La segunda parte de siete capítulos abarca: la familia célula vital de la sociedad, el trabajo humano, la vida económica, la comunidad política, la comunidad internacional, salvaguardar el medio ambiente y la promoción de la paz.

La tercera parte con un capítulo único desarrolla la Doctrina Social y Acción Eclesial.

La conclusión nos orienta “hacia una civilización del Amor”.

2.- La introducción.

La introducción califica a los hombres y mujeres de nuestro tiempo como “compañeros de viaje” del pueblo que es la Iglesia.

La Iglesia que es una realidad plenamente humana que porta dentro de sí el misterio de lo Divino, sabe claramente que “El Hombre es el camino de la Iglesia”, por eso se siente

compañera de viaje del hombre contemporáneo al cual quiere “proponer” lo que a lo largo de dos mil años a aprendido sobre el hombre.

Lo que la Iglesia nos dice sobre el hombre nace de su experiencia histórica, sometiendo la razón a la experiencia. Observando al hombre en su realidad más precisa y concreta. Colabora, al decir de Benedicto XVI en “Deus Caritas est – Punto 28.a”, a la purificación de la razón: “La Fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica”.

3.- **Primera Parte.**

Capítulo primero: El Designio de Amor de Dios para la humanidad.

Aquí aprendemos como el conocimiento de Dios se da a través de la Historia, es un Hecho, un Acontecimiento, y no un pensamiento ni un sentimiento.

Capítulo segundo: Misión de la Iglesia y Doctrina Social.

La naturaleza más profunda de la Doctrina Social de la Iglesia Católica consiste en la unidad entre la Razón y la Fe, por eso está dentro del ámbito de la Teología Moral, y en especial de la Antropología Teológica, que nos habla de Cristo y el Hombre.

Capítulo tercero: La Persona Humana y sus Derechos.

A partir de la certeza que nace de la Fe que el Hombre es Imagen y Semejanza de Dios, reflejo de su naturaleza más profunda, la Iglesia tiene la convicción que los Derechos del Hombre no son una concesión del Estado sino un reconocimiento que el hombre hace de la naturaleza que porta.

Capítulo cuarto: Los Principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

El Bien Común, el Destino Universal de los Bienes, la Subsidiaridad, la Participación, la Solidaridad, y los valores fundamentales de la vida social, verdad, libertad, justicia, y la vía de la caridad, no son para la Fe de la Iglesia, principios que nacen de una elaboración teórica, sino una verificación histórica de cómo el hombre puede lograr construir la sociedad de manera adecuada a su destino.

4.- **Segunda Parte.**

Capítulo quinto: La Familia Cédula Vital de la Sociedad.

Todo el enfoque sobre la familia tiene su raíz en una comprensión adecuada, profunda y verdadera sobre la experiencia del Amor Humano. De ahí que descubramos con sorpresa la Familia como el reflejo más bello, concreto y real del Ser. En lo profundo de nuestra naturaleza sexual hay una exigencia de integración total a otro y esto me viene de mí ser más profundo por ser imagen y semejanza de un Dios Trinitario que vive dentro de sí mismo una relación profunda de amistad entre las personas que componen la trinidad.

Aquí el aporte de Benedicto XVI, en la primera parte de “Deus Caritas Est”, es realmente novedoso, original y sumamente iluminador para el hombre contemporáneo.

La Fe nos educa a vivir en plenitud el “Eros” (amor concupiscente) a la luz del “Ágape” (amor benevolente), realidad que se hace verificable en la dinámica de la reciprocidad del Amor Humano. Son los mismos términos desarrollados por Karol Wojtyla (Juan Pablo II) en su inolvidable libro “Amor y Responsabilidad”.

Capítulo sexto: El Trabajo Humano.

Con el trabajo se abre la posibilidad de realizar plenamente mi propia humanidad. Es la ocasión de realizar en plenitud los talentos que me han sido dados, el despliegue más amplio de lo humano. Solamente puedo concebir la fatiga ordinaria del trabajo desde un horizonte tan amplio si lo concibo en relación al misterio de la Creación, de la Encarnación y de la Redención.

Capítulo séptimo: La Vida Económica.

La valoración profunda de la creatividad. El uso adecuado de los bienes que son fruto directo del trabajo. La utilización inteligente y fecunda del producto del trabajo es la economía. Hoy idolatrada por la lógica del mercado, adquiere toda su plenitud y significado cuando se vive en el contexto de una realidad humana que me educa a dominar la realidad de los bienes (el mandato original del creador) y no ha ser dominado por ellos (el mandato original del poder idolatrado del mercado).

Capítulo octavo: La Comunidad Política.

Al servicio de la Sociedad Civil. Aquí descubrimos el valor de la Política (explicitado y desarrollado magistralmente por Benedicto XVI en los puntos 26 a 29 de “Deus Caritas est”). ¿Para que sirve el poder? Para lograr la sociedad más justa posible, sin sofocar, sino potenciando a través del principio de subsidiariedad, la creatividad y el impulso de la misma sociedad.

Capítulo noveno: La Comunidad Internacional.

Pensarnos globalmente. Aquí verificamos la real naturaleza de la Iglesia, ella está globalizada desde su mismo origen. El conjunto de la humanidad es su horizonte permanente, por lo que nos educa a considerar cada problema puntual desde una perspectiva universal.

Capítulo décimo: Salvaguardar el Medio Ambiente.

Un estilo de vida que aprovecha todo lo que el hombre ha sido capaz de crear. Nos indica que la cuestión no es cuidar el medido ambiente sino aprovecharlo al máximo, justamente respetando su propia “naturaleza” que es servir al destino del hombre y no ser un obstáculo para el mismo.

Capítulo undécimo: La Promoción de la Paz.

La aspiración más profunda del corazón humano. Lo novedoso que aquí se introduce es ayudarnos a percibir la paz no como una cuestión abstracta de ordenación de la vida civil, sino como experiencia humana elemental, como aspiración profunda de mi propio corazón, como deseo de realización plena de mi propia humanidad. Esto se logra promoviendo la justicia, que consiste en ayudar a que cada uno realice su destino.

5.- Tercera Parte.

Capítulo duodécimo: Doctrina Social y Acción Eclesial.

Una experiencia humana de la Fe, la evangelización de la cultura y la inculturación del Evangelio.

A pesar que es un solo capítulo y está al final considero que es el punto más importante de todo el compendio porque habla del Sujeto que está llamado a vivir la Doctrina Social de la Iglesia Católica.

Aquí comprendemos que la misma no es una proclamación de tipo ideológica sino una propuesta a la libertad del hombre contemporáneo que se hace creíble si la “ven, tocan, oyen, palpan” en un sujeto humano concreto. Esto está llamado a ser la Iglesia.

Conclusión:

Hacia una Civilización del Amor. Recomenzar desde la Fe. La Santidad Comunal.

Podemos ver en esta conclusión como una ampliación de “Novo milenium Ineunte”.

El desafío del tercer milenio es hacer de la Fe una Experiencia real de vida que se haga encontrable en un acontecimiento histórico que se manifiesta en la Santidad Comunal de las personas que lo viven.

Lo mismo que dice Benedicto XVI, al inicio de “Deus Caritas est”, punto 1: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ella, una orientación decisiva”.

Semana Social en Mar del Plata

La Semana Social, organizada por la Comisión Episcopal de Pastoral Social y la diócesis de Mar del Plata, tuvo lugar del 9 al 11 de junio en el Hotel 13 de Julio (Mar del Plata, pcia. de Bs. As.). El tema de este año fue la capacitación para el trabajo, bajo el lema: "Capacitación para el trabajo, herramienta para el futuro".

En esta oportunidad participaron de la Semana Social alrededor de 400 personas, entre delegados de pastoral social, Cáritas, sindicalistas, empresarios de pequeñas y grandes empresas, diputados, concejales y miembros de cooperativas de trabajo. Estuvieron representadas 10 provincias, 24 diócesis y cerca de 45 ciudades del interior.

La figura preponderante y eje de las jornadas fue el Cardenal Renato Martino, Presidente del Pontificio Consejo Justicia y Paz, quien expuso acerca de "La capacitación desde la mirada de la Doctrina Social de la Iglesia".

A continuación publicamos el documento final de las Jornadas y las conclusiones de los talleres de trabajo.

UNA HERRAMIENTA PARA EL FUTURO

Queridos amigos:

Al terminar la Semana Social de Mar del Plata, los obispos del área social queremos hacerles llegar un mensaje de esperanza a todos los trabajadores, tanto a los que tienen trabajo como a los que procuran tenerlo.

El lema de esta Semana ha sido "La capacitación para el trabajo, una herramienta para el futuro". Hemos escuchado a miembros del Gobierno, ante todo al Ministro de Educación, Daniel Filmus, dado que la educación nos da una capacitación fundamental para el trabajo. También hemos escuchado a otros importantes funcionarios de otros ministerios, como Daniel Arroyo y Daniel Hernández. Una gran cantidad de participantes tuvieron la oportunidad de formularles preguntas o hacer comentarios sobre lo expuesto.

Tuvimos también interesantes presentaciones de Sindicalistas y Empresarios. El objetivo de esta Semana Social era ofrecer un espacio de diálogo, lo cual no siempre es equivalente a una sucesión de discursos, fijando posiciones. Hay diálogo cuando sabemos escucharnos y enriquecernos con lo que otros dicen. Y creo que todos, incluyéndonos los obispos, nos vamos con la sensación de haber intercambiado reflexiones que nos han hecho un gran bien. Quedamos también emocionados al escuchar algunos testimonios como el de una empresa de cartoneros que reciclan basura.

El diálogo también es camino para lograr consensos. Además de los consensos políticos, que permiten elegir autoridades y gobernar el país, están los culturales, como la aspiración de que todos completen la escuela primaria, y los sociales, como la exigencia de que no haya niños desnutridos en la Argentina.

Debemos continuar en la búsqueda de estos consensos para seguir construyendo entre todos un proyecto común, que nos permita vivir en mayor comunión y fraternidad entre nosotros, y también con los países hermanos.

Del trabajo en grupos hemos recibido una serie de propuestas, leídas en el acto de clausura. No ha sido posible discutir las una por una en el plenario, pero las ofrecemos como material de trabajo y pueden servir de ayuda a los grupos que estudian estos temas.

Durante toda la Semana Social hemos contado con la presencia del Cardenal Renato Martino, Presidente del Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, de la Santa Sede. Su exposición central sobre el humanismo del trabajo fue una fuente de inspiración para todos. La Iglesia, que es católica o universal, enriquece así a los de un país con la reflexión y la experiencia de los que trabajan en todo el mundo.

Hoy celebramos la fiesta de la Trinidad, que nos muestra a Dios como nuestro Padre, nuestro Hermano y nuestro Amigo. Que esta mirada hacia el Señor nos permita construir una sociedad más fraterna en la realidad del trabajo. Que nos ayude a ello el ejemplo de la Virgen María, esposa y madre de carpinteros.

Comisión Episcopal de Pastoral Social

Propuestas sobre capacitación a partir del trabajo en grupos

El Derecho a Capacitarse

Que la legislación garantice y promueva el derecho a capacitarse.

Cada uno debe ser partícipe de la propia capacitación.

Que la capacitación no se reduzca a una contención social.

Hacer accesible la capacitación a los más necesitados.

Que los destinatarios de la capacitación la reciban en un lenguaje que les sea accesible.

Acompañar todas las capacitaciones con la formación en valores, que promuevan la cultura del trabajo.

Propuestas Globales

No quedarse en una capacitación genérica sino tener presentes los sectores de necesidades: a quién va dirigida y cuál es el objetivo de la misma.

Tener presentes las particularidades locales y regionales.

Procurar una mayor conexión de los sectores responsables de la capacitación: gobierno, sindicatos, empresas y organizaciones no gubernamentales.

Descentralizar la gestión de los programas de capacitación, incorporando también el ámbito municipal.

Importancia de capacitar a los actores responsables de planificar y organizar las capacitaciones.

Para las empresas la capacitación no es un gasto sino una inversión.

Redefinición desde una mirada estratégica de las capacitaciones: en el corto, mediano y largo plazo.

Que la atención a los problemas urgentes, no nos haga olvidar las cuestiones importantes de la capacitación.

Asegurar la transparencia en la gestión de los programas de capacitación.

Que los capacitadores permitan la evaluación de su trabajo.

Adecuar los contenidos de la capacitación a las necesidades laborales actuales.

La necesidad de seguir trabajando un proyecto de país, con un adecuado marco educativo y laboral.

Propuestas Específicas

Crear una red informativa de entidades capacitadoras.

Que las entidades capacitadoras otorguen certificados de capacitación.

Revalorizar las experiencias locales de participación, como en el caso de las fábricas recuperadas.

Reforzar la capacitación en los ámbitos rurales.

Otorgar créditos fiscales a las PYMES para que capaciten.

Que las pasantías tengan un marco legal y ético.

Buscar una mayor conexión entre entidades capacitadoras de diferentes credos.

Mar del Plata, 11 de junio de 2006.-

Al servicio de la “pastoral sacerdotal”

(Entrevista al Presidente de la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) de la Conferencia Episcopal Argentina, Mons. Carlos María Franzini, Obispo de Rafaela)

En su último número Pastores dedicó varios artículos al tema de la “pastoral sacerdotal”. En este número completamos aquella reflexión con una entrevista a Mons. Carlos María Franzini, Obispo de Rafaela y Presidente de la CEMIN, para que cuente a nuestros lectores las actividades de la Comisión que, en el ámbito de la Conferencia Episcopal, tiene como tarea este importante campo de la pastoral en Argentina.

Past.: *Queremos informar a nuestros lectores qué lugar ocupa la “pastoral sacerdotal” en la estructura de la CEA y cuáles son los organismos que la llevan adelante a nivel nacional. ¿Podrías comentarnos algo al respecto?*

CMF: En conformidad con su propia identidad, la Conferencia Episcopal se organiza en distintas Comisiones Episcopales para atender distintos ámbitos de la pastoral en el país, ayudando a los obispos y a las diócesis, como instrumentos de comunión y servicio, para un mejor aprovechamiento de recursos y posibilidades. Nuestra Comisión tiene a su cargo el tema de los Ministerios ordenados en un sentido amplio. Así se encarga de la vocaciones al ministerio ordenado, los seminarios, los diáconos permanente y los presbíteros. Para ello estamos divididos en cuatro subcomisiones, cada una de las cuales cuenta con los respectivos organismos de colaboración: Secretariados Nacionales para la Pastoral Vocacional, para el Diaconado Permanente y para la Formación Permanente de los Presbíteros. Además la OSAR (Organización de Seminarios de Argentina) trabaja en dependencia de nuestra subcomisión para los Seminarios.

A cargo de la “pastoral sacerdotal” está la subcomisión para los presbíteros, que en este período integran Mons. Ricardo Faifer, Obispo de Goya y Mons. Carlos Tissera, Obispo de San Francisco. Con ellos colabora el Secretariado Nacional para la Formación Permanente, cuyo Director es el Secretario de la CEMIN, el Pbro. Gustavo Zanchetta (de la diócesis de Quilmes), un presbítero delegado de cada una de las ocho Regiones Pastorales y algunos peritos.

Past.: *¿Cuáles son los servicios que en este momento ofrece la CEMIN a la “pastoral sacerdotal” en el país?*

CMF: Podríamos decir que se trata de dos tipos de servicios. En primer lugar lo que hace al estudio, la reflexión y las orientaciones pastorales que puedan surgir de ese estudio en relación a los temas que son de nuestra incumbencia. Concretamente sobre la vida y el ministerio de los presbíteros. En segundo lugar están los servicios concretos que se ofrecen a las diócesis para ayudarles en el campo de la “pastoral sacerdotal”. En uno y otro caso vamos respondiendo, dentro de nuestras posibilidades, a las demandas y necesidades planteadas por los obispos y los presbíteros a través de diversos canales.

Así hemos estudiado y procurado promover el estudio de lo que significa la formación permanente, la espiritualidad propia de los presbíteros diocesanos, la problemática de la vida

y el ministerio sacerdotal en el actual contexto cultural. Estamos ahora programando el estudio de la identidad teológica de los presbíteros, según la enseñanza conciliar.

En lo que hace a los servicios concretos hemos ido haciendo un “ciclo” que se viene afianzando año tras año. Ya se han realizado cuatro **Encuentro Nacionales de Sacerdotes** (en Villa Cura Brochero), cuyo objetivo es promover el encuentro fraterno y también ir dando elementos de lo que configura nuestra propia espiritualidad sacerdotal. Dios mediante, el próximo encuentro será en 2008. También hemos organizado cinco **Encuentros Nacionales de Responsables de Clero**. Por Responsables de Clero entendemos aquellos presbíteros que colaboran más directamente con el Obispo en la “pastoral sacerdotal” (Vicarios, Delegados, miembros de Consejos Presbiterales o de equipos de FP, Decanos, etc.). En la mayoría de los casos no hemos sido preparados para este importante servicio y por ello nos ha parecido conveniente ofrecer este espacio de formación específica y de reflexión común sobre temas que hacen a esta “pastoral”. El próximo encuentro está programado para junio de 2007 y estará dedicado a reflexionar sobre la identidad teológica del presbítero, según el Concilio Vaticano II. Respondido a una necesidad sentida y reclamada a la CEMIN preparamos un **Curso prolongado de formación permanente**, con una duración de tres meses, se realiza cada dos años (en estos meses se está desarrollando el tercer curso) y ofrece una propuesta intensiva e integral de formación permanente. A estos servicios hay que añadir los **Talleres para Párrocos**, que se realizan todos los años y de los que ya han participado presbíteros de casi todas las diócesis del país. Finalmente hemos hecho algunas **publicaciones** y estamos preparando otras. De todas estas actividades ustedes, a través de *Pastores*, han sido difusores. Muchos se han enterado de las mismas gracias a la revista.

Past.: *¿Cuáles son las propuestas a futuro?*

CMF: Por lo pronto, con la ayuda de Dios, trataremos de continuar con las actividades del “ciclo” que describí anteriormente. Pero para este año tenemos dos actividades que me parecen muy importantes y que quisiera explicar brevemente para motivar el apoyo y la participación de los lectores de *Pastores*.

La primero es un **Taller sobre la dimensión económica de la pastoral** que organizamos en conjunto con el Consejo de Asuntos Económicos de la CEA. Como Ustedes saben los obispos estamos empeñados en llevar adelante la reforma económica de la Iglesia en Argentina. Para ello es decisiva la participación activa y responsable de todos los presbíteros y por eso queremos ofrecerles este Taller que les aportará herramientas adecuadas para responder a este desafío pastoral. A menudo se oye la queja de sacerdotes por no haber sido preparados en los Seminarios para la recta y eficaz administración de los bienes eclesiásticos. Y, en alguna medida, es cierto. Ahora queremos reparar esta omisión ofreciendo este espacio formativo. Por ello los invitamos a informarse y participar. Para lo cual pueden comunicarse con nuestro Secretario Ejecutivo, en la sede de la CEA.

La segunda propuesta es lo que hemos llamado **Novena vocacional-eucarística**, propuesta como preparación al 140º aniversario de la ordenación del Cura Brochero, el próximo 4 de noviembre. Creemos que esta fecha es una buena ocasión y nos puede ayudar a recuperar la imagen sacerdotal que hoy es tan “castigada” por distintos medios. El “bombardeo” constante a la figura sacerdotal debe ser respondido no con actitudes violentas o superficialmente apologéticas. Más bien debemos volver a considerar con mirada creyente y agradecida el don y el misterio del sacerdocio, como un regalo de Dios para la Iglesia y el mundo. Sin triunfalismos ni clericalismos, en primer lugar nosotros sacerdotes, pero también todas la comunidad cristiana debemos reflexionar y rezar, agradeciendo este don y redescubriendo su lugar irremplazable en la comunidad. Al mismo tiempo lo haremos pidiendo por los sacerdotes y por quienes se preparan a serlo y –fieles al mandato del Señor- rogando al dueño

de los sembrados que envíe más trabajadores. Creemos que nos hará bien este gesto común a todas las Iglesias particulares de Argentina y creemos que será un mensaje positivo y de esperanza para todas las personas de buena voluntad.

Past.: *¿Creen estar respondiendo con estas acciones a todas las necesidades de los sacerdotes del país?*

CMF: Por supuesto que no. En primer lugar porque no es la CEMIN la que deba hacerlo, ya que –como señalé al comienzo- es un organismo de servicio para apoyar lo que haga cada diócesis en su propia realidad. Pero, además, asumimos nuestra pobreza de recursos humanos, económicos y pastorales y hacemos con mucho seriedad lo que podemos. Somos conscientes de que habría mucho más por hacer, pero aceptamos nuestra realidad y vamos poniendo algunos signos del compromiso que los obispos argentinos tenemos con la “pastoral sacerdotal”.

Past.: *¿Algún otro comentario que quieras hacernos?*

CMF: Sí; no quiero terminar esta entrevista sin dejar de señalar el valioso aporte que *Pastores* ofrece desde hace años a la formación sacerdotal en general y a la tarea de la CEMIN en particular. Por ello muchas gracias a ustedes que también, con pocos recursos y mucho compromiso nos están regalando este hermoso instrumento.

Un camino de comunión

La experiencia del Plan Compartir
en la vida de una comunidad parroquial

Pbro. Guillermo Vido⁸³
Diócesis de San Martín

Nos pidieron un pequeño aporte para el presente número de Pastores, desde el Plan Compartir, pero no desde una presentación teórica del mismo, ni desde una explicación técnica de cómo dicho Plan se lleva a cabo; tampoco es la idea de hablar de las luces y de las sombras de cómo una estrategia eclesial – pastoral se lleva adelante.

El objetivo es más sencillo y quizá más profundo por ser una experiencia de vida: **Mostrar cómo una comunidad parroquial puede vivir la realidad de la comunión para la misión cómo una experiencia de fe eclesial a partir de la mediación de un método concreto.**

Una experiencia eclesial

La experiencia de aplicar el Plan Compartir fue el ámbito teórico – práctico que nos permitió apuntalar y organizar una tarea comunal en la parroquia.

Desde mi llegada a la parroquia La Sagrada Familia, de Ciudad Jardín⁸⁴, traté de impulsar un trabajo que lleve a todos a la comprensión de la Iglesia como “Casa y Escuela de comunión” (es verdad que esta expresión es posterior a aquel momento, pero bien puede ser usada para expresar la línea teológica que guió toda la opción pastoral), a la vivencia de ser Iglesia comunión: comunidad de fe, de encuentro, de servicio.

Al comenzar la tarea pastoral en la parroquia puse como marco teológico – pastoral algunas líneas fundamentales que sirvieran para orientar y guiar la vida de la comunidad. Varios fueron los acontecimientos eclesiales que sirvieron de impulso a una pastoral de parroquia; varios fueron los textos que sirvieron de fuente inspiradora para encarar un plan pastoral que exprese la vida y la misión de la comunidad parroquial; varias fueron las líneas maestras (en el decir de K. Rahner, Cambio estructural de la Iglesia) que enmarcaron el caminar de todo el Pueblo de Dios congregado en la comunidad.

Una mirada conciliar de la Iglesia

No es éste un espacio de eclesiología, además no lo sabría hacer; pero sí creo que es el lugar de insistir en lo que venimos hablando hace tantos años: el Concilio nos regaló una nueva mirada (o renovada mirada) sobre ella: la famosa eclesiología de comunión, una Iglesia que se redescubre Pueblo de Dios, donde la dignidad bautismal es la única que existe, donde la misión es responsabilidad de todos y la santidad es vocación de todos; una Iglesia donde la

⁸³ Párroco del Sagrado Corazón de Jesús en Villa Ballester, Diócesis de San Martín.

⁸⁴ La experiencia que se comparte fue la tarea realizada en la Parroquia La Sagrada Familia en Ciudad Jardín, de la misma Diócesis de San Martín. Allí estuve de párroco desde el 14 de marzo de 1999 hasta el 5 de marzo del 2005. En el 2001 se inicio el trabajo con el Plan Compartir.

autoridad es expresión servicial de la paternidad de Dios y continuidad de la pascua sacerdotal y diaconal de Jesús. La enseñanza conciliar, y sobre todo su eclesiología (no está de más decir que unimos *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*) encarnacional, pasaron a ser el primer eslabón de una pastoral parroquial; este modo de “concebir” la Iglesia es la fuente que quiere inspirar el estilo pastoral de la parroquia. Tengo que reconocer que es difícil pensar la pastoral y traducir pastoralmente una eclesiología; tengo que reconocer que la historia de la parroquia no siempre favorecía una nueva mirada eclesial.

Recordemos la propuesta de Pablo VI cuando, en el año 1963, al presentar su primer encíclica nos llamaba a la *conciencia* que la Iglesia tiene que tener de sí misma.⁸⁵ Este tema lo trabajó el Concilio Vaticano II haciendo una presentación magistral de la Iglesia como Pueblo de Dios en clave de diálogo con el mundo y con la cultura, es decir, con el hombre. Estos elementos de la eclesiología conciliar trató de ser “experiencia teológica” de la gente de la comunidad. Pasar de un dato especulativo a una realidad vivida, sentida y capaz de cambiar la mente y el corazón.

Comunión y Participación, dos ejes centrales

Mi inicio en el seminario se da con el acontecimiento de Puebla. De hecho sus dos caminos fundamentales: Comunión y Participación fueron claves en mi etapa de formación, tanto la inicial como la que continuó a mi ordenación. Pero lo importante es que estas dos categorías teológicas y pastorales quisieron marcar el camino de toda la Iglesia en América Latina. Una relectura latinoamericana de *Evangelii Nuntiandi*, tratando de encarnar en nuestras tierras el proyecto evangelizador de Pablo VI. Este acontecimiento, que fue un momento privilegiado de la vida del Continente y quiso mover un nuevo dinamismo eclesial; desde la Nueva evangelización, encausó todo el pensar, el sentir y el obrar pastoral de la parroquia. Llevar a una experiencia de comunión como encuentro real, desde la Iglesia, con el Señor de la Vida, con los hermanos de comunidad y con el mundo y la historia, que se realiza en este tiempo y en este lugar. Una participación en donde todos sean y vivan como Iglesia: “Porque la Iglesia no es el lugar donde los hombres se sienten sino donde se “hacen” –real, profunda, ontológicamente- Familia de Dios” (DP 240)

Una parroquia que se va renovando

La parroquia siempre fue para mí el lugar privilegiado que la Iglesia tiene para vivir la fe y para hacerse presencia sacramental en medio de todos los hombres; por eso cuando se la invita a su renovación, uno descubre su confirmación como “signo e instrumento de la íntima comunión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí” (LG1). Tanto la experiencia personal como la reflexión a partir de dicha experiencia y de los documentos de Iglesia me han llevado a priorizar la vida y la misión de la parroquia. Pero al mismo tiempo no es la aceptación de la misma sin espíritu crítico, sino todo lo contrario, llevando a esta instancia eclesial a una permanente purificación.

Ya es muy conocido el texto de Líneas Pastorales para la Nueva evangelización que abre el tema de la parroquia. “Ente todos los medios creados por la Iglesia para evangelizar al hombre y su cultura, guarda un lugar destacado la parroquia... las parroquias son el instrumento para que la Iglesia esté visible, encarnada y operante ente los hombres.” (LPNE 43). En el mismo documento se ve la totalidad de la tarea pastoral que la parroquia está

⁸⁵ *Ecclesiam Suam*, 3-8, Pablo VI. 1963

llamada a realizar: “para todos” como un marco universal de destinatarios, pero también de convocatoria; “darlo todo” como desafío de amplitud y riqueza pastoral. Es el mismo documento que invita a una necesaria y urgente “profunda conversión”, es decir los cambios necesarios que permitan que ella sea el espacio básico de **“comunidad y participación”**, donde todos se sientan llamados a ser y hacer la iglesia en su propio lugar.

Fueron estos tres “signos de los tiempos”: la Iglesia Conciliar; la llamada a la Comunidad y Participación; y su concreción en la Iglesia parroquial, lo que me llevaron a asumir la propuesta del Plan Compartir, porque su fundamento es ese, su proyección favorece la realización de un estilo eclesial de corresponsabilidad y promueve un modo que se vuelve “creíble” para el hombre contemporáneo.

Una estrategia muy práctica: Compartir

Aquí se abre el primer desafío a pensar: El Plan Compartir como una experiencia teológica que encausa el Reino de Dios. Que no sea una mera estrategia de trabajo, unas técnicas de recaudación ni un modo de “conquistar” gente para nosotros, sino una camino en el Espíritu para realizar una Iglesia según el corazón de Jesús Buen Pastor.

Fundamentación del Plan Compartir (PC)

Actitud teológica de parte de todo el Pueblo de Dios

Este fue el primer objetivo en el planteo de Compartir en la parroquia: tratar que se haga desde la pertenencia cordial a la Iglesia misionera, para hacerla rica en participación de todo el Pueblo de Dios y creíble a través de una actitud y una acción transparente.

De hecho, la llamada “pastoral orgánica” va siendo una búsqueda intensa en la Argentina. “Y para fundarla, hace falta una buena teología (de la Iglesia: eclesiología), de la cual surgen en consecuencia actitudes “teológicas”, que no se pueden olvidar, ni conviene suponer ya logradas”.⁸⁶ Por eso, considero muy necesario recordar hoy los motivos de fe que sustentan esta tarea, y animarnos a mejores actitudes evangélicas que la confianza y el amor son capaces de suscitar, al brotar de un corazón realmente creyente.⁸⁷ “Propongo pues comenzar a partir de la Comunión que es el misterio de la Iglesia, no sólo recordado teológicamente, sino revivido de manera que mueva nuestros corazones y cuestione la vida desde la reflexión y el diálogo”⁸⁸.

Esta temática teológica como reflexión desde la fe de la realidad de la Iglesia nos abre a una actitud de vida. Cuando hablamos de una actitud teológica estamos diciendo que el hombre está llamado a vivir, a realizar su existencia a partir de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad; y en este contexto la idea es que este Plan Compartir supone de parte de aquellos que lo llevemos adelante una mirada y una comprensión de la vida que surja de la experiencia personal y eclesial de Dios.

El caminar de la Iglesia, la acción evangelizadora, el esfuerzo permanente de la inculturación no es una mera actividad humana, el resultado de un voluntarismo, sino sobre todo el resultado de la acción del Espíritu Santo, que capacita al hombre para actuar según el

⁸⁶ Arancibia José María. Ponencia en el VI Encuentro Nacional de Compartir

⁸⁷ Ídem.

⁸⁸ Ídem.

corazón de Dios. Es el Espíritu que nos participa los pensamientos de Cristo (cfr. 1 Cor 2, 16), los sentimientos de Cristo Jesús (cfr. Flp 2, 5) y las opciones de Jesús (cfr. Mt 9, 13; Mc 10, 45; Jn 4, 34; 10, 18; 15, 12-17) para que se manifiesten en un actuar según el Reino de Dios.

Superación de una mera pastoral organizada a una pastoral de comunión

Este fue el segundo objetivo en el planteo de Compartir en la parroquia: Imbuir de su espíritu a toda la estructura eclesial de la vida parroquial; tratar de que esa eclesiología impregne a toda la vida de comunidad. Cfr. CMGD 29, 2

La pastoral orgánica no es una simple (o compleja) coordinación. No es reunirse para ponerse de acuerdo en algunas tareas. Nos dice Santo Domingo: “ Es indispensable (en la Iglesia Particular) impulsar procesos globales, orgánicos y planificados, que faciliten y procuren la integración de todos los miembros del pueblo de Dios, de las comunidades y de los diversos carismas, y los oriente a la Nueva Evangelización”.⁸⁹ Este **estilo de vida y de pastoral** supone una mirada global a la Iglesia y a su tarea evangelizadora. La clave fundamental es comprender a todo el Pueblo de Dios como agente único de la evangelización. Es captar el sentido real de un Cuerpo que es todo responsable del anuncio del Evangelio y de la transformación cultural desde el Evangelio.

Indudablemente hay que resaltar un aspecto importantísimo: **la formación permanente de toda la comunidad cristiana en clave de comunión y la conversión de la mente y del corazón a un nuevo (o renovado) estilo eclesial de pastoral**. A modo de ejemplo recordemos una de las autocríticas que Navega mar adentro nos propone: “...lo común es que no nos integramos con entusiasmo a emprendimientos comunitarios que suponen trabajar en equipo, formular proyectos en común y superar individualismos”⁹⁰.

Una pastoral de comunión desde la corresponsabilidad pastoral

Este fue el tercer objetivo en el planteo de Compartir en la parroquia: Todos tienen que saberse y sentirse parte activa de la comunidad; es la pertenencia afectiva y efectiva en la vida y en la misión de la parroquia.

Uno de los mayores desafíos de este momento eclesial, teológica y pastoralmente mirado, es **la verdadera promoción del laico en la Iglesia y sus estructuras de participación**. Esto exige: a) una más clara teología del laicado; b) una reubicación prioritaria de la responsabilidad temporal / cultural del laicado. Aquí siempre viene bien volver la mirada al pensamiento de Pablo VI que se nos presenta en Evangelii Nuntiandi 70 y 73 c) una verdadera realización de las estructuras de comunión y participación en la Iglesia. Respecto de este punto sería clave repensar a nuestros Consejos Pastorales, Consejos de Asuntos Económicos. También este aspecto reclama una mayor formación y capacitación de los hermanos laicos. Ellos tienen que ser participes de la tarea de llevar adelante la vida de la comunidad; consulta, deliberación, diálogo, aún tomas de decisión en las cuales ellos sean parte real. Esto no disminuye la responsabilidad propia del pastor, sí exige un nuevo modo de conducción.

En el marco de la esencia de la Iglesia: la evangelización

⁸⁹ Santo Domingo 57.

⁹⁰ Navega mar adentro 25.

Este fue el cuarto objetivo en el planteo de Compartir en la parroquia: la prioridad de nuestra parroquia era la evangelización; ella era el criterio de discernimiento, tanto para la organización de los agentes de pastoral como para el uso de los bienes materiales.

Quizá sea este el punto principal: “Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia... Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”⁹¹. Toda la existencia de la Iglesia está orientada a esta tarea; ser Pueblo de Dios, Misterio de Comunión Misionera llamado a ser presencia de Aquel que es Buena Noticia.

Encontramos en esta realidad el corazón y el sentido mismo del PC: él se inició para hacer realidad este compromiso evangelizador, para que la Buena Noticia que cambia al hombre, la cultura, la historia llegue con más fuerza a todos los hombres. No es responde a un simple marketing, ni es una mera estrategia sociológica, ni un mero plan de tarea: *es el compromiso eclesial de ser testigo de Jesús, desde una experiencia de comunión y desde una responsabilidad misionera.*

Camino recorrido en la implementación del Plan Compartir

1. Promoción

El PC necesita una clara presentación. Siendo un espíritu, pero además un proyecto con objetivos, metas, actividades, necesita todo un tiempo de difusión. Lograr que los agentes de pastoral capten el sentido más rico de PC reclama un tiempo. Creo que una de las causas de que en tantos lugares haya fracasado el mismo fue el quemar esta etapa. No se presentó correctamente (en muchos lados se insistió desmedidamente el aspecto económico); no se respetó el ritmo de inicio (en algunos lugares fue muy rígido el tiempo de apertura y los pasos sucesivos). Aquí es vital la comunicación: hay que impregnar de Compartir la vida de la Comunidad, sin cansar pero demostrando que es una verdadera opción eclesial (y esto exige que todos sus fundamentos se vivan)

Hay que llegar a todos; esto es fundamental. Pero no del mismo modo ni en el mismo tiempo. Si la comunidad eclesial está mínimamente organizada los primeros que tienen que ser “seducidos”, “motivados” y “catequizados” son los agentes de pastoral. Diría más: el primer gran trabajo es hacer que el Consejo Pastoral Parroquial asuma “afectiva y efectivamente” el PC; que entienda su espíritu, su finalidad, su estrategia; que no se presente como un movimiento o área más de la pastoral sino como un modo (simplemente esto) de realizar lo que la Iglesia hace siglos está intentando.

2. Catequesis

Sigue siendo uno de los grandes problemas de la Iglesia: sacamos cosas nuevas que no tienen una camino de formación, un itinerario madurativo en la asunción de esa novedad. Las cosas hay que fundamentarlas, las opciones que hacemos en el camino pastoral de la Iglesia necesitan un trabajo de “encarnación” a las comunidades con su lógica explicación; y esto necesita tiempo, profundización, volver cada tanto. Utilizar todos los medios posibles para que el PC se incorpore en la vida de la comunidad y no sea una proyecto más o un área nueva.

a. Convocatoria

⁹¹ Pablo VI Evangelii Nuntiandi 14. 1975

El PC no pertenece a una elite privilegiada, ni está limitada a un campo (como puede ser el CAE); es de toda la comunidad parroquial, por eso la clave para penetrar en el corazón de la comunidad es la promoción de los talentos: demostrar que el objetivo primario del PC es alentar, promover, convocar a todos a la maravillosa experiencia de la fe eclesial. Cuando le permito a la gente sentirse, saberse y vivir como Iglesia, cuando le genero los espacios reales de Comunión y Participación, estoy logrando el objetivo de fortalecer nuestras comunidades para que sean fraternas y evangelizadoras. Aquí es donde más se nota la verdadera renovación de las parroquias. “Por naturaleza la parroquia está llamada a ser ‘una comunión de fe y, una comunidad orgánica’, de comunidades, de familias y de personas; especialmente una comunidad misionera, dado que la parroquia es para todos”⁹² En el fondo estamos hablando de un modo de ser Iglesia, de un modo de construir una comunidad diocesana o parroquial.

b. Planificación

El PC propone una estrategia determinada, un camino que fue estudiado, ejecutado, evaluado; esto no quita que el mismo pueda ser revisado u modificado, en la medida que se adapte maduramente a la comunidad y que respete el espíritu y las líneas fundamentales del mismo. Así lo hicimos y la comunidad reconoció que no se estaba haciendo un esquema frío y rígido, sino una propuesta que “servía” para que la comunidad viva su vocación de Comunión Participativa para la Nueva Evangelización.

c. Comunicación

La marcha del PC debe estar siempre manifestada a la comunidad; todos los procesos, los resultados tienen que comunicarse a la totalidad de la Iglesia para vivir la coherencia con el mismo plan. Tanto el crecimiento (o no) de los talentos (áreas nuevas que se pueden abrir, servicios que se pueden empezar a dar, etc.) como el desarrollo y administración de los recursos económicos tienen que estar al alcance de los miembros de la comunidad. La presentación, tanto de los balances como de la marcha de la vida pastoral (muchos no saben qué hay y qué se hace en nuestras parroquias), debería ser una obligación permanente y cuidada con delicadeza.

d. Evaluación

En un camino pasa de todo. En el camino del PC suele haber distintos momentos que tienen que ser conocidos, interpretados y respondidos. Conocidos significa que hay que ver la realidad como es, con sus logros y sus fracasos; interpretar significa buscar las causas reales y el alcance que tiene esta realidad (aquí radica un gran problema que ha quemado muchos procesos del PC en las comunidades: error de interpretación de resultados parciales); responder implica realizar las opciones fundamentales para el desarrollo del PC y los cambios necesarios para optimizar su realización.

Conclusión

El camino que se inició en aquel momento hoy continúa; ha cambiado el párroco, y con las diferencias normales de todo cambio, la comunidad parroquial continúa con el PC y su estilo eclesial. La gente descubrió el valor de un plan; su fundamentación; sus pilares; su

⁹² Líneas pastorales para la Nueva Evangelización, 43. CEA. 1990

metodología; su realización. La comunidad parroquial pudo ver sus frutos: **crecimiento de los talentos**: nuevas áreas pastorales como respuesta a los desafíos pastorales de hoy; **organización de los tiempos**: mayor disposición de los agentes pastorales por una mejor organización de los tiempos y de las tareas de las personas; **incremento de los bienes materiales**: la gente cree en la parroquia por su transparencia, su solidaridad, su esfuerzo y coherencia en la prioridad de la evangelización.

Sigo convencido que el Plan Compartir es un instrumento importante, probado y actual para una seria renovación de la Iglesia en la Argentina y de su tarea pastoral.⁹³

No es la panacea, no responde a una actitud mesiánica; es simplemente una propuesta seria, continua y flexible para promover Comunidades vivas, capaces de compartir talento, tiempo y dinero, para que puedan asumir la maravillosa responsabilidad de evangelizar.

⁹³ Cfr. Navega mar adentro, 99. 2003

Sacerdotes en Dachau: la fuerza de la debilidad

*Pbro. Gerardo Rodríguez
Arquidiócesis de Rosario*

El año pasado se cumplieron 60 años de la liberación de los detenidos en el campo de concentración de Dachau, la mayoría sacerdotes. La vida de los sacerdotes en ese lugar fue retratada en una película alemana estrenada a comienzos de este año 2006, llamada “El noveno día” del director V.Schlöndorff (se puede conseguir en video o DVD). Queriendo recordar el testimonio de tantos sacerdotes mártires publicamos este artículo del P.Rodríguez ilustrado con imágenes de la película.

El año pasado hemos recordado los sesenta años de la liberación del campo de concentración de Dachau, cerca de Munich (29 de abril de 1945).

¿Quién podía imaginar que el apacible pueblo de Dachau iba a estar asociado al horror y al espanto en el ominoso período del 1933 al 1945?

Dejemos el trabajo a los historiadores e investigadores acerca del origen del campo, su funcionamiento y las lúgubres estadísticas de destrucción y muerte.

Si hoy se quiere hacer memoria de este acontecimiento es precisamente por un hecho muy poco conocido o al menos no tan difundido. Y es que en la estadística de este campo debemos contar con la presencia de 2720 eclesiásticos, de ellos 2571 católicos. Allí murieron 1034, pero la mayor ofrenda fue la de los sacerdotes polacos: 868.

La muerte se presentaba de diferentes formas: agotamiento físico, hambre, malos tratos y torturas hasta llegar a provocar la muerte, experimentos pseudo-médicos (flemones provocados, malaria), tifus, disentería y también la cámara de gas. A este último método se lo denominaba “transporte de inválidos”, eufemismo típico del cinismo nazi. A la cámara de gas en Hartheim, cerca de Linz (Austria) fueron llevados 304 miembros del clero polaco, seis checos, cinco alemanes, tres luxemburgueses, tres holandeses y dos belgas.

Cabe destacar que muchos murieron por el simple hecho de ser sacerdotes como se diría en los procesos de beatificación de los mártires del nazismo: “in odium fidei” Por lo tanto la iglesia ya ha proclamado a algunos mártires y otros se hallan en proceso.

Queremos entonces dejar constancia de esta nueva actas de mártires no ya en las arenas del circo romano, sino en el Gólgota del siglo XX que fueron los campos de concentración, en particular Dachau, sin olvidarnos del santo que nos legó Auschwitz: San Maximiliano Kolbe. Fue precisamente el Padre Maximiliano María que inauguró la página de este nuevo martirologio que contiene los nombres de los santos mártires del difícil siglo XX, en expresión de nuestro recordado y amado Juan Pablo II.

El propósito de este memento es recordar a todos los que padecieron y murieron por su sacerdocio, pero como dice la inscripción en bronce que está en el muro externo de la capilla de la Agonía de Cristo: “Aquí en Dachau, entre las personas enviadas al suplicio, uno de cada tres era polaco, y entre los sacerdotes polacos prisioneros uno de cada dos sacrificó aquí su vida. Los sacerdotes polacos compañeros de cautiverio honran su santa memoria”.

Efectivamente en el campo había un gran número de sacerdotes diocesanos, procedentes de veintidós diócesis polacas, capellanes militares, sacerdotes y religiosos pertenecientes a diecisiete órdenes religiosas y una multitud de seminaristas provenientes de varios seminarios. Allí sufrieron torturas reservadas únicamente a ellos. Muchos de ellos dejaron este mundo

condenados a la cámara de gas por el simple hecho de ser sacerdotes. Muchos por este solo motivo sufrieron innumerables padecimientos de parte de los guardias de turno que descargaban un odio brutal cuando el *Häftling* era un sacerdote.

Todo sacerdote ex prisionero siempre recordará la Semana Santa de 1942: mil cuatrocientos sacerdotes polacos realizan un pavoroso Via Crucis: desde el Lunes Santo al Lunes de Octava de Pascua inclusive tienen lugar todos los días y las 24 horas ejercicios de castigo en medio de la nevada y de la lluvia. Otra vez hay víctimas en las filas de los sacerdotes...

Nadie olvida en la historia del campo el memorable 18 de septiembre de 1941 cuando en su totalidad- había 850 eclesiásticos polacos- nadie se inscribió en la lista de nacionalidad alemana. Sólo el silencio tenaz fue la única respuesta a las tres convocatorias de los hombres de las SS para inscribirse en la infame lista. Esto significaba para todos un acto de valentía y heroísmo porque esta negativa se tradujo en sufrimientos tanto en el cuerpo como en el alma. Y estos sufrimientos fueron muy numerosos, muy diversos y muy largos, porque duraron meses y años.

Recordándolos una vez más también nosotros queremos honrar la santa memoria de aquellos cuyos nombres están inscritos en el cielo.

Así el Padre Enrique Kaczorowski, de la diócesis de Wloclawek que, antes de subir al camión que lo llevaría a la cámara de gas y aprovechando un descuido de los guardias se despidió con estas palabras: “Diles a todos que no se entristezcan. Nosotros no nos ilusionamos. Sabemos lo que nos espera. El Señor es mi pastor nada me puede faltar. Aceptamos de la mano de Dios todo lo que nos ocurra. Recen por nosotros, para que perseveremos, y también nosotros rezaremos por ustedes- allá” y señaló con la mano el cielo. Tal lo recuerda aún hoy el entonces seminarista Ladislao Sarnik.

El Padre Maximiliano Binkiewicz por reemplazar a sus colegas más ancianos y más débiles llevando los pesados calderos con comida fue golpeado por el guardia dejándolo inconciente. El 23 de junio de 1942 fue la última vez que pudo reemplazar a sus compañeros de desgracia ya que el kapo con dos fuertes golpes de puño en el vientre lo dejó inconciente. Al día siguiente moría en la enfermería del campo.

La pulmonía era como una sentencia de muerte en ese cuerpo devastado por las terribles condiciones del campo. El Padre Juan Nepomuceno Chrzan puede recibir por última vez a Jesús sacramentado, a escondidas, y gracias a los buenos oficios de un sacerdote alemán. Solamente los sacerdotes de esa nacionalidad tenían acceso a la capilla del campo y así pudo llevarle el viático y administrarle la unción. Todavía en los últimos momentos de su agonía logra incorporarse de su cama y dice con voz clara: *¡Viva Cristo Rey!* Luego se desploma y con voz muy débil, como un susurro, dice: *¡Alabado sea Jesucristo!* ¿Se despedía o ya saludaba? Era el 1 de julio de 1942 cuando fue al encuentro de su Señor.

La gestapo presenta al sacerdote dos condiciones para poder obtener la liberación del campo. Su familia en un intento desesperado logra llegar hasta las autoridades del campo. Y aquí está el Padre José Kut delante de quienes tienen el poder de vida o de muerte imponiéndole condiciones inaceptables. En efecto, tiene que renunciar a lo más querido y a lo más sagrado y en último término a lo esencial, a su vocación sacerdotal. La segunda condición también es humillante, debe firmar la lista de nacionalidad alemana.

Regresa a la barraca sin renunciar a su vocación y sin estampar su firma. Extinguiéndose lentamente llegó al final de su vida y murió el 18 de septiembre de 1942.

El 2 de diciembre de 1942 el Padre Mariano Konopinski recibió junto a otros sacerdotes, veinte en total, una inyección de pus en el muslo de la pierna derecha en una cantidad de 3 centímetros cúbicos. Fue operado por primera vez el 12 de diciembre con el objeto de drenar la acumulación de pus en el muslo. El 20 de diciembre le siguió una segunda operación. Así declaró bajo juramento el Padre Enrique Kaliszan: “El Padre Mariano estaba unido a Dios

mediante la oración. Diariamente durante los primeros días rezábamos el rosario por diferentes intenciones. Pero después de algunos días se intensificó el dolor y dejó de rezar. En medio de dolores agudísimos su oración se limitaba a piadosos suspiros, ofreciendo los sufrimientos a Dios por la Iglesia y por la Patria”. El 27 de diciembre ambos sacerdotes se despiden con un fuerte apretón de manos y de labios del mártir brota un “Hasta vernos en el cielo”. El 28 de diciembre perdió el conocimiento, y su muerte sucedió el 1 de enero de 1943 a las cinco de la mañana.

El Padre Francisco Dachtera se está muriendo. Alguien llamado doctor se dedica a experimentar con cobayas humanas. El experimento consiste en inyectar sangre palúdica. Para estos “experimentos” lo llevaron cuatro veces a la estación experimental y lo retuvieron durante varios períodos de distinta duración. La víctima yace moribunda en el hospital del campo. Junto a otro sacerdote que puede ingresar gracias a un sobrino que trabaja allí rezan el rosario y el vía crucis. El padre Antonio Majchrzak lo confiesa, le lleva la Eucaristía y le administra los últimos sacramentos. También recibe sus últimas palabras. “Saluda a mi familia. Que no lloren, Dios así lo quiere. Estoy totalmente de acuerdo con su voluntad, aunque mi corazón esté con los míos. ¡Comunícales todo lo que has visto y sabes!”. Muere el 22 de agosto de 1944.

El padre Waclaw Kaminski ya poco puede hacer por su amigo, a pesar de los solícitos cuidados y de los extraordinarios esfuerzos por conseguir los medicamentos. Esta vez el tifus exantemático cobra una nueva víctima. Hoy, jueves 25 de enero de 1945, el padre Antonio Swiadek está conciente y recibe la absolución y el viático de manos de este buen samaritano y compañero de desgracia. Cuando el Padre Kaminski se retira de la enfermería el Padre Antonio pide al enfermero el rosario, que éste guardaba celosamente por temor a un robo. Comenzó a rezar el rosario y después de unos momentos de tenerlo en sus manos murió serenamente.

Cuando el Padre Kaminski regresó después de comer, a las 13.25 ya encontró el cadáver de su amigo envuelto en una sábana. Luego lo dejaron desnudo en el llamado *Totenkamer* donde se encontraban ese día 160 cadáveres.

En todos ellos, hoy beatos, y en esa “nube de testigos” de los campos de concentración se cumple el adagio latino parafraseándolo: *Dulce et decori pro Deo et Patria mori!*

Después de la guerra una periodista americana Dorota Thomson en las entrevistas que realizó a los sobrevivientes hizo esta única pregunta: “En medio de aquel infierno que era la vida en Dachau, tan privada de humanidad, tan brutal y envilecedora, ¿quién conservó más largamente la propia humanidad y salud mental? ¿Quiénes, olvidándose de la propia miseria y humillación, sirvieron a los demás hombres que sufrían aquel sistema diabólico? ¿Quiénes mantuvieron la propia identidad, la propia dignidad y esperanza...cuando los demás desaparecían de este mundo perdiendo la confianza y la vida”. La respuesta fue una sola, siempre la misma: “Los sacerdotes católicos”.

Ellos conocían la razón por la que se encontraban allí. Sabían que quedaría su testimonio, su dedicación su vocación. Sabían que todos esperaban su testimonio: los compañeros de prisión, los brutales perseguidores, Dios mismo. Sabían que su vocación consistía en dar testimonio, el cual, por encima de las circunstancias y el tiempo, dependía exclusivamente de la imitación del único Modelo, de la única Persona, de la única Vocación que es Jesucristo, eterno y sumo Sacerdote, Testigo fiel de Dios.

Gloria Victis!

Número de sacerdotes diocesanos polacos por diócesis que se encontraban en Dachau, entre paréntesis los que murieron

Poznan. 302 (143)

Wloclawek: 223 (148)
Lodz: 164 (112)
Gniezno: 128 (58)
Chelmno: 98 (32)
Katowice: 69 (21)
Czestochowa: 63 (38)
Plock: 61 (27)
Lublin: 43 (18)
Varsovia: 37 (23)
Lomza: 32 (10)
Cracovia: 29 (12)
Podlasie: 28 (12)
Tarnow: 20 (6)
Przemysl: 16 (10)
Kielce: 14 (5)
Sandomierz: 11 (9)
Luck: 9 (5)
Lwów: 7 (4)